



*Mónica Maier*

# A un latido de ti

*A veces el mayor obstáculo es amar demasiado*

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, junio 2017

© 2017 Mónica Maier

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Paula](#)

[Capítulo 2](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 3](#)

[Paula](#)

[Capítulo 4](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 5](#)

[Paula](#)

[Capítulo 6](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 7](#)

[Paula](#)

[Capítulo 8](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 9](#)

[Paula](#)

[Capítulo 10](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 11](#)

[Paula](#)

[Capítulo 12](#)

[Paula](#)

[Capítulo 13](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 14](#)

[Paula](#)

[Capítulo 15](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 16](#)

[Paula](#)

[Capítulo 17](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 18](#)

[Paula](#)

[Capítulo 19](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 20](#)

[Paula](#)

[Capítulo 21](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 22](#)

[Paula](#)

[Capítulo 23](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 24](#)

[Paula](#)

[Capítulo 25](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 26](#)

[Paula](#)

[Capítulo 27](#)

[Paula](#)

[Capítulo 28](#)

[Aitor](#)

[Epílogo](#)

[Paula](#)

[Aitor](#)

[Agradecimientos](#)

Para Julio y Diego, por ser mi corazón.

«No sé por qué, pero hoy me dio por extrañarte, por echar de menos tu presencia. Alguien dijo que el olvido está lleno de memoria»

**Mario Benedetti**

# Prólogo

*Llueve en Madrid. El otoño ha llegado impregnándolo todo con su melancolía y me pierdo por las calles, tratando de encontrarle algún sentido a tu ausencia. No existe nada más absurdo que la idea de no volver a verte; todo mi ser se rebela contra ello. Cómo no hacerlo cuando en casa las paredes me devuelven el eco de tu risa, tu olor me encuentra en cada habitación y la cama todavía guarda el calor de mi piel cubriendo la tuya cuando hacíamos el amor.*

*Pero ya no estás y tengo que salir. No para escapar, sino para reencontrarte en las calles que vivieron nuestro amor; en mañanas de comernos con los ojos sentados en cualquier terraza aguantándonos las ganas; en tardes de caminar abrazados con pereza y noches de besos robados al amparo de algún portal; porque la memoria es traicionera y te aleja de mi lado a cada momento un poco más.*

*Los peores son los días cualquiera. Uno de esos en los que de pronto me veo sujetando una caja de chokolatinas rellenas de menta que acabo de comprar en el supermercado, a pesar de que siempre las he odiado porque me saben a pasta de dientes, y, sin previo aviso, el recuerdo del gusto a chocolate en tus labios estalla en mi cabeza oprimiéndome el corazón y la garganta, y recordándome que el mundo es menos mundo hoy que no estás aquí. Al menos para mí, que trato de averiguar qué hacer con mi vida ahora que no es tuya.*

*Te extraño. Te quiero. Siempre.*

*Aitor*

# Capítulo 1

## Paula

La vida supone evolución, cambio constante. Es un camino plagado de baches, intersecciones y desvíos que nunca sabes con exactitud a qué destino te van a hacer llegar. La mayoría de las veces todos esos vaivenes no dependen de nosotros y nos vapulean, confunden y abruma.

Aquí estoy yo, andando una nueva parte de ese camino. En realidad, ahora mismo me encuentro sentada en un taburete colocado de forma estratégica en un rincón apartado, donde no pueda estorbar, reflexionando sobre lo humano y lo divino, y observando con disgusto cómo mi familia al completo transporta, desembala y organiza mis enseres y objetos personales. Se asemejan a un pequeño ejército de eficientes hormigas, capitaneado por la hormiga reina —que en este caso no es otra que mi madre ejerciendo su autoridad e impartiendo órdenes a diestro y siniestro—, que trabaja de buen humor y sin descanso.

Doy un pequeño trago desganado de la botella de agua que, unos minutos antes, mi padre ha puesto entre mis manos. La situación no coincide en nada con la idílica imagen que había dibujado en mi mente la semana anterior, cuando telefoneé a mi hermano Jaime para pedirle que me echase una mano con la mudanza.

La idea inicial consistía en que él y Víctor se encargarían de las cajas más pesadas y el resto sería cosa mía; quería disfrutar el momento, llenar cada armario, cada cajón, tomándome tiempo para hacer míos los espacios y rincones del que es mi nuevo hogar. El primer lugar que solo me pertenece a mí.

El gesto de disculpa en el rostro de mi hermano al bajar del coche esta misma mañana debería haberme puesto sobre aviso, justo antes de que el resto de puertas se abriesen y viera descender a mis progenitores seguidos de mi prima, Alicia; a la que supongo que Jaime ha convencido con la intención de usarla como escudo ante mi más que probable furia.

—Cariño, ¿dónde quieres que ponga esto? —la voz de mi madre me saca



de mis cavilaciones y se eleva alta y clara sobre el desorden de ruido y murmullos que llena el salón. Sujeta con las dos manos, bien visible, un corsé de cuero negro y un ligero a conjunto que recuerdo haber comprado en un ataque de locura con la intención de darle una sorpresa a Víctor a su regreso a España, pero que nunca he tenido ocasión de estrenar y no entiendo cómo ha podido ir a parar a una caja rotulada en grandes letras mayúsculas con las palabras: «COSAS TRABAJO».

El silencio inunda la sala y todas las miradas vuelan desde la pieza de lencería hasta mi cara que, a juzgar por el calor que desprende, debe de haber tomado una coloración cercana al púrpura. Salto de mi asiento y le arrebató la prenda de las manos a mi madre entre las risas, apenas contenidas, de mi hermano y mi prima.

—Yo lo guardo. —Víctor se encuentra situado a mi espalda, por lo que no puedo ver su expresión —y casi lo prefiero— y a mi padre evito mirarlo por motivos obvios.

Recorro el pasillo a toda velocidad, entro en el dormitorio y, tras abrir varios cajones, suelto la escueta prenda en el primero que encuentro vacío; tarea nada fácil, puesto que mi madre ha pasado por allí con antelación y se ha encargado de colocar en un perfecto orden toda mi ropa, que ya llena armarios y cajoneras.

Me dejo caer sobre el edredón que cubre la enorme cama de matrimonio y mi mirada se pierde en la recién aplicada pintura blanca del techo. De fondo, escucho el característico crujido de la puerta al abrirse y unas ligeras pisadas sobre la tarima. No me muevo y al instante el colchón se hunde bajo el peso de otro cuerpo.

—Lo estás llevando muy bien.

Resoplo y Alicia me rodea con uno de sus brazos.

—Solo están preocupados. Tienes que darles tiempo. Necesitan saber que te encuentras a salvo —dice mientras coloca la cabeza sobre mi hombro—. Es su manera de demostrarte que te quieren. Un amor un tanto excesivo y asfixiante a veces, pero amor al fin y al cabo. Además —se incorpora apoyándose sobre un codo y hunde el dedo índice en mis costillas—, no sé de qué te quejas. Daría mi brazo izquierdo. —Alicia es zurda—, porque mi madre se ofreciese a ordenarme la casa.

Mis labios se extienden en una sonrisa; mi tía no está tan loca, dentro de las virtudes de su hija, el orden no ocupará nunca un lugar destacado. Solo hay

que ver su piso, una suerte de bazar caótico y ecléctico en el que la única capaz de encontrar algo es ella misma.

Se tumba de nuevo sobre el colchón imitando mi posición y dejamos que el silencio nos envuelva en la cómoda familiaridad que da toda una vida compartida. Sobre el papel, Alicia, es mi prima, la hija mediana de la única hermana de mi madre. En todo lo demás es mi mejor amiga, mi hermana, la persona que mejor me conoce y en quién más confío. Nos criamos juntas, a un par de calles de distancia, y ese vínculo de la infancia se ha fortalecido con el paso del tiempo hasta convertirse en un lazo indisoluble. Tanto que desde hace unos años también compartimos trabajo. Su formación como publicista y la mía en Bellas Artes se complementan a la perfección en el pequeño negocio de ilustración y comunicación con el que nos ganamos la vida.

—Con que cuero —dice alzando una ceja—. Fíjate que yo siempre pensé que tus gustos eran más del tipo seda y encaje. Claro que todo el mundo tiene derecho a cambiar. A decir verdad, llevas unos meses bastante rara, muy mandona y de mal genio.

Me giro para mirarla y arrugo la frente en un claro de gesto de incompreensión.

—Ay, Paula, me parece que te han puesto el corazón de una *dominatrix* —exclama llevándose las manos al pecho con aire dramático.

Estiro el brazo y, con fuerza, le estampo un cojín en la cara. Las carcajadas se escuchan ahogadas bajo la tela.

—Tú tómatelo a broma —me advierte cuando consigue detener el ataque de risa. Acomoda el cojín sobre la almohada e incorporándose se recuesta contra el cabecero—, pero el otro día leí un reportaje en la revista QUO que hablaba de la memoria celular del corazón y aseguraba que se habían dado casos en los que el trasplantado adoptaba facetas de la personalidad del donante —su expresión se torna seria—. Esperemos que tu ama dominante, al menos, no fuera adicta al sexo. Aunque eso casi le iba a compensar a Víctor el tema de los azotes.

Le pellizco la pierna y se queja tratando de contener las carcajadas.

—Quieres dejar de decir tonterías.

—Tienes razón. En tu caso la mala leche ya te venía en los genes. —Me da un beso, salta de la cama y sale corriendo hacia la puerta huyendo de mi venganza.

—Ali —la llamo y se detiene antes de cruzar el umbral—. ¿Sabes que te

quiero? —lo digo de corazón, porque siempre es capaz de leer en mi interior y sacarme una sonrisa, incluso en el peor de los momentos.

Su gesto se dulcifica al escuchar mis palabras.

—Y yo a ti, cielo. Pero tienes que prometerme que me regalarás el corsé, creo que es más de mi estilo. —Me tira un beso y abandona la habitación dejándome con una sonrisa pintada en los labios y la desazón anterior ya muy lejos de mis pensamientos.

Unas horas después las pesadas puertas metálicas del ascensor se cierran ocultando a mis sonrientes padres que se despiden agitando la mano. Espero a que su imagen desaparezca por completo e inspiro con fuerza. No quiero pecar de desagradecida, sé que es su buena intención lo que les mueve, pero necesito un poco de paz.

El día ha resultado agotador. Quién se iba a imaginar que consumiría más energía controlar el mal humor que colocar todas las cajas de una mudanza. Más aún, porque no he podido mover un dedo bajo la severa mirada de ceño fruncido de mi madre, que me clavaba al asiento cada vez que intentaba ocuparme de algo. Mi hermano y mi prima, alegando una cita ineludible, se han quitado de en medio con mi tercer gruñido de la tarde. Sin embargo, mi madre resulta más difícil de amedrentar y solo ha accedido a marcharse cuando no ha quedado una sola caja por vaciar.

Cierro la puerta y tarareando feliz pongo rumbo al salón. Víctor, se ha acomodado en un rincón del sofá con un brazo extendido sobre el respaldo y mira ensimismado la pantalla del televisor. Observo su pelo castaño claro, algo revuelto y su cara de facciones dulces, casi aniñadas, cubierta en algunos puntos por una suave barba que apenas se aprecia. Me encanta su belleza serena y su aire, a medio camino, entre lo intelectual y lo *friki*.

Pienso en la primera vez que lo vi. Lo nuestro no fue un flechazo, ni mucho menos, sino que más bien se cocinó a fuego lento. Nos presentó un amigo común en un cumpleaños. Poco a poco la amistad dio paso al amor y aquí seguimos, cuatro años después. Claro que no todo ha sido de color rosa.

El año que pasó trabajando en Alemania supuso una dura prueba. Durante el transcurso de esos meses, en los que apenas nos pudimos ver, la sensación de que nos estábamos alejando sobrevoló más de una vez mi mente, haciendo que las dudas acerca de la fortaleza de nuestra relación me acosaran. Entendía que no tenía opción, que con el estado del mercado laboral del país no podía oponerse a las directrices de su empresa —a no ser que quisiese verse

engrosando las cifras de parados—, pero aun así no lograba no sentirme insegura. Por suerte, conseguimos sobrevivir a la distancia.

Mi repentina enfermedad justo a su vuelta tampoco lo puso fácil. Víctor estuvo a mi lado desde el primer momento y fue uno de mis mayores apoyos ante el miedo y la impotencia. Hasta ahora hemos conseguido superar los malos momentos y continuamos juntos. Espero que por mucho tiempo.

Cojo carrerilla y me dejo caer a su lado, acurrucándome en el hueco de su cuello.

—Creí que no se iban a marchar nunca.

Víctor me envuelve con su brazo, atrayéndome más cerca.

—Existía la posibilidad, pero tu padre aprecia demasiado la noche de salsa como para permitir a tu madre saltársela.

—¿Y tú qué opinas de esta nueva costumbre?

—Pues que voy a opinar, que me parece fenomenal que vivan su vida como quieran ahora que no tienen responsabilidades ni niños a los que cuidar.

—¿Crees que nosotros seremos así de marchosos cuando seamos viejecitos?

—A ver, viejecitos no es la palabra que yo usaría para definir a tus padres —dice divertido—. No lo sé, cariño, queda mucho para eso.

—Cierto, porque somos jóvenes. —Despacio trepo sobre sus piernas hasta quedar sentada a horcajadas—. Y la gente joven disfruta de la vida. — Me acerco a sus labios y los beso con suavidad.

Víctor coloca la mano en mi nuca e intensifica el beso. Nuestras bocas encajan a la perfección. Burlo el borde de su camiseta y deslizo la palma de mi mano por la piel caliente de su abdomen. Sus dedos recorren mi espalda, delineando las protuberancias de mi columna. Nos gira dejándonos caer hasta que su cuerpo queda apoyado contra el mío sobre los cojines del sofá. Acaricio su pelo mientras me miro en sus ojos castaños, oscurecidos por el deseo.

—Te quiero.

—Y yo —me susurra.

Arqueo la espalda para darle mejor acceso cuando hunde su rostro en mi cuello, dibujando con labios delicados el camino hasta mi escote. Quiero tocarlo, perderme en las líneas de este cuerpo que tan bien he llegado a conocer. Tiro de su camiseta y se la quito, dejándola caer de cualquier manera sobre el suelo. Puedo notar los latidos poderosos de mi corazón bombeando

con fuerza, llenando de vida mi pecho.

El timbre de un teléfono se eleva por encima de nuestras respiraciones agitadas y el leve murmullo proveniente del televisor. Víctor se incorpora, provocando una reacción física de rechazo en mi cuerpo ante la pérdida de su calor.

—Mierda, es mi alarma. —Se estira y desliza un dedo por la pantalla para silenciar el Smartphone que descansa sobre la mesa—. Tengo que terminar los planos para la reunión del lunes. —Se pasa una mano por entre los desordenados mechones y se retira por completo de encima de mí.

Me elevo sobre los codos y contemplo cómo recupera su ropa.

—¿No puedes quedarte un poco más? Mañana es domingo, tienes todo el día.

—Me encantaría, pero este proyecto es muy importante. Tiene que estar todo perfecto y aún me queda mucho por revisar. No me gustaría cagarla —se gira para mirarme—. Además, ha sido un día muy largo, seguro que te vendrá bien descansar —compongo una mueca de desacuerdo.

Víctor sonríe y se inclina para dejar un beso tierno sobre mis labios que me sabe a poco. Me aferro a su cuello haciendo más profunda la caricia. Sus brazos me rodean, apretándome contra su pecho. Un gemido ahogado brota de su garganta cuando mi mano le acaricia por encima de la tela tensa de los pantalones vaqueros.

—Paula, tengo que irme. De verdad. —Desenrosca mis manos de su cuello y yo me dejo caer contra los mullidos cojines dándome por vencida. Me sonríe con ternura—.Vamos, te prometo que el próximo fin de semana acabaremos lo que hemos empezado. —Se pone en pie y me tiende la mano.

—Me has dado tu palabra —digo entrelazando mis dedos con los suyos y permitiéndole que tire de mí.

—Por supuesto y pienso cumplirla —rodea mi cintura y sus labios se posan sobre mi sonrosada mejilla—. Y ahora ven a despedirme y deja la puerta cerrada con llave.

—Sí, papá.

Espero a que salga y, tras seguir su consejo, voy directa al cuarto de baño con la idea de darme una ducha, a poder ser fría, lo más fría que sea capaz de aguantar. Todavía puedo notar el sabor de sus besos en la boca y la sangre corriendo a toda velocidad por mis venas. No quiero obsesionarme, sin embargo, cada vez me cuesta más trabajo acallar la inquietud que suele

mantenerse agazapada hasta que la huella del deseo insatisfecho me sorprende de nuevo.

La intimidad dentro de nuestra pareja comienza a resultarme preocupante o quizá la falta de ella. Trato de recordar cuántos meses llevamos sin hacer el amor. Si no me equivoco, la última vez fue un encuentro rápido antes de que Víctor tuviera que marcharse al aeropuerto para coger el avión que le llevaría de vuelta a Múnich. Antes de mi repentina enfermedad y sus posteriores consecuencias. Antes de su regreso a Madrid. Desde esa ocasión han pasado demasiados meses y el caso es que este único hecho no supondría un problema en sí mismo, si no fuera por la sensación de que oculta un trasfondo que tiene mucho que ver con los sentimientos y me temo que pueda suponer solo la punta del iceberg.

Me concentro en los latidos algo acelerados todavía, aunque regulares, de este corazón que me ha devuelto la esperanza. La vida me ha dado una segunda oportunidad. Y sea lo que sea lo que ocurra con Víctor me alegra saber que poseo el tiempo necesario para poder solucionarlo.

## Capítulo 2

### Aitor

El sonido del despertador me taladra los tímpanos y retumba en mi cabeza instalando de inmediato un dolor pulsante en las sienes. No tengo conciencia de la hora que es, pero sí de que no debo haber dormido más de treinta minutos en toda la noche. Me giro con los ojos aún cerrados y alargo el brazo hacia el otro lado del colchón. Frialdad y vacío. Mi cerebro aletargado me ha jugado una mala pasada. Otra vez.

Aprieto los párpados con fuerza, soy consciente de que debo levantarme, le he prometido a Sebastián que bajaría al restaurante. Nadia, nuestra encargada, se ha puesto enferma y los chicos puede que necesiten ayuda. El *brunch* de los domingos suele ser uno de los momentos más concurridos de la semana.

Haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad y en un esfuerzo titánico consigo salir de la cama y dirigirme a la cocina. Tomo una cápsula del cajón, la introduzco en la cafetera y trato de vaciar la mente, mientras observo como el líquido oscuro y caliente va llenando la taza. Es en vano, ni siquiera hace falta que consulte el calendario. Solo lo sé.

Iba a ser un día especial, su entrada en la treintena, la edad adulta solía decirle. Y ella fingía enfadarse y replicaba que ya era una adulta. Eso es absurdo, contestaba yo, los adultos no tienen el tamaño de un niño. Y la besaba para borrar la indignación que se había dibujado en su cara. La besaba porque resultaba imposible no hacerlo. Porque formaba parte de mí, era mi alma y mi corazón.

Y ya no está. Se ha ido.

Esas tres palabras resuenan en mi cabeza ocupándolo todo, como un grito.

Noto la presión de la cerámica al aplastarse contra mi carne. Tengo que parar antes de que el dolor y la rabia sobrepasen los muros en los que trato de mantenerlos confinados, inundándolo todo.

El teléfono suena en algún lugar alejado de la casa distrayendo por un

momento a mi mente. Cuando consigo encontrarlo y descolgar la voz cálida de mi madre llena mis oídos.

—Hola, cariño ¿Cómo estás? —Y aunque su pregunta no tiene mayor significado en sí misma, el matiz de preocupación que no logra esconder del todo y el espeso silencio al final me indican que hoy no quiere decir lo mismo que otros días.

Me paso la mano por el pelo y respiro hondo.

—Hola, mamá. Estoy bien. ¿Y vosotros? —no me contesta de inmediato, como si estuviese sopesando el grado de sinceridad de mi respuesta.

—También bien, cariño. Papá se ha ido a jugar al tenis y las niñas están pasando el fin de semana en una casa rural con sus amigos.

La mención a mis hermanas pequeñas me llena de añoranza por un momento. Me vuelven loco con su cháchara y sus discusiones, pero las adoro.

—¿Y con quién han ido? ¿Llevaban ellas el coche?

Mi madre ríe con suavidad.

—Puedes estar tranquilo. Son mayores y listas —añade—. Saben cuidarse solas.

No lo dudo, pero no puedo evitar preocuparme. A veces se me olvida que ya no son dos niñas. La vida continúa para todos, sigue su curso, inalterable, aunque para mí se haya convertido en una sucesión de días que a veces no sé ni distinguir.

—¿Necesitas algo, cariño?

Aprieto el teléfono con fuerza entre mis dedos y cierro los ojos. Necesito que acabe esta pesadilla. Necesito que vuelva mi mujer. Joder, la necesito. Pero no lo digo, expresarlo en voz alta no lo va a convertir en realidad y cargar de preocupación a mi madre queda descartado. Trago el nudo que me aprieta la garganta y consigo sacar voz suficiente para contestar.

—No, mamá. No te preocupes.

—Aitor, sabes que siempre estamos para ti, ¿verdad? Si quieres venir unos días a casa. Alejarte de Madrid. Todavía no hace mucho frío aquí en Bilbao, podrías ir al estudio con tu padre, echar una mano, distraerte. O solo descansar y dejar que te cuide.

—Tengo que trabajar, mamá. No puedo dejar solo a Sebastián, ya sabes que sin mí no es capaz de encontrarse la mano derecha —bromeo y el sonido de su risa suave me reconforta—. Quizá en algún puente o, si no, en Navidad.

—Está bien, cariño. Como quieras —acepta conciliadora.



—Tengo que ir a trabajar, mamá. Hablamos pronto.

—Claro. No te entretengo más. Cuídate. Te quiero.

—Yo también.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono sin verlo en realidad. Me imagino el bullicio, las conversaciones y las risas. La actividad incesante que se vive en una casa llena y feliz como lo es la de mi niñez. Niego en silencio. No puedo. Ahora eso no es para mí.

Dejo la taza en el fregadero y me dirijo al cuarto de baño. Acciono el grifo de la ducha y me coloco bajo el chorro de agua caliente con la esperanza de que disipe el hielo que ha invadido mi piel y se va filtrando hacia el interior. No me entretengo demasiado, ya tendría que haber salido de casa.

Con la toalla envuelta alrededor de las caderas cruzo el umbral y avanzo con rapidez por la habitación. Abro el armario y el olor de su perfume me rodea, nítido. Una sensación de irrealidad me invade como si pudiera girarme y encontrarla de nuevo aquí. Me quedo inmóvil, con la respiración acelerada, una mano sujeta al tirador de la puerta y la vista clavada en el interior de perchas vacías y estantes desiertos. Vacío y silencio. Mis compañeros de viaje.

Doy unos pasos atrás hasta que noto la cama contra las piernas y me siento. Apoyo los codos sobre los muslos y me froto el rostro con fuerza. Inspiro hondo hasta que el aire llena el último rincón de mis pulmones y espiro. Repito el movimiento varias veces. Permanezco así unos minutos y la presión va cediendo. Cuando me siento de nuevo dueño de mi mismo me pongo en pie, me visto y, sin perder un segundo para que los recuerdos no me atrapen de nuevo, me marcho a trabajar.

Justo antes de cruzar la puerta del TTeam me detengo un instante. Necesito este tiempo para colocarme la máscara. Durante muchos meses he escuchado una y otra vez el mismo discurso: «tienes que superarlo», «tienes que seguir con tu vida». Me quieren, se preocupan por mí y no sé cómo hacerles entender que lo único que yo quiero es regresar, volver al lugar donde estaba, no seguir adelante. No puedo explicárselo, no lo pueden comprender y escojo el camino más fácil para todos: enseñarles lo que necesitan ver. La mayoría de las veces lo consigo. Solo unas pocas personas muy allegadas son capaces de ver por debajo de este disfraz.

El resto del día pasa rápido. El trabajo me ayuda a mantenerme centrado. Como preví, todas las mesas se encuentran completas y los chicos respiran

aliviados cuando me ven aparecer. No tengo un segundo para perder, mucho menos para pensar. No obstante, la calma resulta engañosa y en el instante en el que la soledad de mi hogar se cierne sobre mí de nuevo el dolor reaparece con tanta fuerza que soy incapaz de controlarlo. Recojo las llaves que acabo de dejar sobre la mesa del salón y salgo de casa. No quiero sentir.

Me pierdo por las calles de Madrid. Camino sin rumbo. Un pensamiento se repite en bucle. Teníamos planes, cientos de cosas por hacer. El dolor se va transformando en ira. No quiero sentir.

Las luces de un bar brillan en la oscuridad en un solitario callejón. No quiero sentir.

Es tarde y el local se encuentra casi vacío. Elijo un taburete en un lugar aislado al fondo de la barra y pido un chupito de tequila y un güisqui con naranja. Normalmente soy más de cerveza, pero necesito algo que apague, aunque sea de forma temporal, la furia ácida que me quema por dentro.

Los sonidos parecen amortiguarse a mi alrededor y el mundo se desdibuja. He perdido la cuenta de lo que llevo bebido y no me importa, porque me siento mejor. La hoguera en mi interior se ha reducido a unas pocas brasas ardientes que me provocan un escozor sordo.

La camarera se acerca y con tono amable me indica que van a cerrar. Me pregunta si quiero que me pida un taxi; una forma muy sutil de indicarme que he bebido demasiado. Le agradezco el detalle, pero declino la oferta y le tiendo varios billetes. Me parece distinguir una mirada compasiva en sus ojos cuando los recoge. El alcohol ha mitigado el dolor, sin embargo, a la vez permite que se muestre sin maquillaje.

Doy un último trago a mi copa pensando solo en sumirme en el sopor alcohólico que me proporcionará una noche sin sueños. Me levanto de la banqueta y al girarme veo a la camarera forcejear con un tipo que la sujeta por la muñeca. A todas luces está borracho. Me acerco con la clara intención de impedir que le siga molestando.

No sé muy bien como ocurre, pero al segundo siguiente mi puño golpea al tipo en la mandíbula haciendo que se tambalee hacia atrás y suelte a la chica. Noto una quemazón en el pómulo y con sorpresa descubro que me ha golpeado. Y entonces pierdo el control. Dejo salir todo el miedo, la rabia y la furia que llevo meses conteniendo y le golpeo una y otra vez, hasta que percibo una voz que me pide que me tranquilice y el tacto de unas manos pequeñas y delicadas que intentan contenerme. El calor de otras manos sobre

mi piel me paraliza. Me detengo. El corazón pulsa contra mis costillas sin descanso. La culpabilidad me golpea con más fuerza que si hubieran sido los puños de mi oponente.

Ayudo a la camarera a levantar al otro hombre, que se queja sentado en el suelo, mientras me disculpo. Salgo a la calle y el frío de la noche me envuelve. Me subo las solapas del abrigo, meto las manos en los bolsillos y dejo que mis piernas cansadas me guíen de vuelta a casa. Siento lo que ha pasado, nadie se merece ser el destinatario de mi furia. Un pecado más a añadir a la lista.

## Capítulo 3

### Paula

Nueva vida. Nuevos hábitos. El deporte nunca ha sido una constante en mi vida, no obstante, ahora, como tantas otras cosas, ha pasado a formar parte de mi día a día. Eso, al igual que diversas rutinas que tras la operación he tenido que incluir en mi cotidianeidad. Me consuelo pensando que estas concesiones y esfuerzos suponen un pequeño precio a pagar por el hecho de seguir viva. Ese es el verdadero premio.

Me agacho y compruebo que los cordones de mis recién estrenadas zapatillas de *running* se encuentran bien atados. Tras los primeros meses de reposo y luego de ejercicio suave ahora quiero cambiar, esforzarme un poco más para demostrarme que todo marcha bien en mi interior. Que estoy sana y seguiré estándolo por mucho tiempo.

Me coloco el brazaletes que medirá las pulsaciones y distancia recorridas —tampoco es cuestión de hacer el loco y sobrepasarme— y llena de energía abandono la calidez de mi hogar. Dudo durante unos segundos entre coger el ascensor o bajar a pie los tres pisos que me separan de la calle. Al final, gana la primera opción. Prefiero tomarlo con calma, pues tengo que caminar un trecho antes de llegar al Parque del Oeste.

Entro en el pequeño cubículo y pulso el botón que señala la planta baja. Mientras el ascensor desciende me pierdo en mis pensamientos tratando de planificar el caos de tareas que tengo que llevar a cabo en el día. El característico pitido suena al alcanzar mi destino y empujo la puerta que se abre con demasiada fuerza hacia el exterior. Antes de que consiga poner un pie fuera escucho un quejido ronco y la hoja metálica vuelve hacia mí.

Todavía me estoy preguntando qué ha ocurrido cuando la puerta se abre de nuevo y el rostro magullado de un hombre me mira sorprendido desde el vestíbulo. El pómulo levemente hinchado y enrojecido resalta entre una espesa sombra de barba oscura. Aunque lo que de verdad me llama la atención son sus ojos. Oscuros como una noche sin luna. En este momento lo que deseo es que me trague la tierra.

—Lo siento mucho, yo no quería..., no pensé... —las palabras brotan solas sin ningún control.

El desconocido se limita a mirarme en silencio y cada vez me voy poniendo más nerviosa bajo el intenso examen de esas pupilas en las que no hay un rastro de luz. Aun así, avanzo un par de pasos y salgo del refugio que me proporciona el ascensor.

—Vivo en el edificio, en la tercera planta, si quieres puedo..., podemos subir y ponerte hielo o... —Alargo la mano de manera inconsciente con intención de examinar el golpe.

En un gesto casi imperceptible todo su cuerpo se pone alerta; los músculos de su rostro se tensan y su mirada se endurece. Da un pequeño paso hacia atrás, tan pequeño que no aumenta la distancia entre nuestros cuerpos.

Avergonzada dejo caer el brazo a mi costado.

—Lo siento —repito. No se me ocurre que otra cosa decir. Su aspecto me intimida, desde su estatura, me saca casi una cabeza, hasta la oscuridad de su vestimenta. Toda su ropa es negra empezando por las botas y terminando en la cazadora de cuero. Conjunta con su mirada.

Da un paso adelante y aprieto los labios impactada por su contundencia física. Cierro los párpados y aguanto la respiración. Cuando los abro, al segundo siguiente, me ha rodeado y entrado al ascensor. Su gesto refleja un cansancio inmenso.

—No te preocupes, no ha sido culpa tuya. El golpe ya venía conmigo cuando entré en el portal. De todas formas, gracias por el ofrecimiento — pulsa uno de los botones del panel y se apoya contra la pared trasera. No aparta su mirada de mí hasta que las puertas me ocultan su imagen.

—No hay de que —respondo a la nada, pues él ya no se encuentra aquí para escucharme.

Tardo unos segundos en reaccionar. Me siento ridícula aquí parada mirando la puerta que ocupa el espacio donde instantes antes se encontraba el ascensor. Una leve sonrisa se dibuja en mis labios por lo extraño de la escena que acaba de suceder. Sacudo la cabeza y me encamino de nuevo a la salida.

Piso la acera y la calle me muestra la habitual agitación matutina de un barrio céntrico de la capital como es el de Conde Duque. Me encanta la zona. Con sus edificios de líneas clásicas y las tiendas y bares que con su cuidada estética y productos artesanales llenan de encanto los escaparates.

Hace años que deseaba vivir en el centro de Madrid, pero por unos u

otros motivos siempre terminaba cambiando de opinión cada vez que me creía decidida a dar el paso: el precio de los alquileres; el miedo a la soledad, ya que Víctor se niega a marcharse de casa de sus padres hasta que su situación laboral se estabilice; la distancia con mi familia, que vive en un barrio de la periferia.

Solo lo vi claro en el momento que regresé a casa tras salir del hospital. Quería mi propio espacio, lo necesitaba, y esa necesidad iba más allá de la opresión que me provocan las excesivas atenciones de mi familia y amigos que se preocupan en extremo, hasta casi asfixiarme, metafóricamente hablando, claro.

Al pisar la que llevaba siendo mi habitación durante veintisiete años entendí que ya no era ese mi lugar. Siempre sería el hogar de mi infancia y juventud, pero llevaba demasiado tiempo posponiendo buscar mi independencia y en ese momento la deseaba más que nunca. Anhelaba tiempo a solas para poder acostumbrarme a los cambios y reconocirme en la nueva Paula más vital y positiva y a la vez más consciente de la volatilidad del tiempo y el momento que habita en mi interior. Porque aunque pueda parecer la misma siento que no lo soy, algo ha cambiado a nivel elemental en mí. El ver que tu vida puede terminar de un día para otro, sin previo aviso, por una enfermedad que mata tu corazón sin remedio con apenas veintiséis años; y el hecho de reconocer la buena voluntad de alguna familia que está sufriendo la pérdida de un ser querido, pero con todo y con eso tiene la generosidad de entender el sufrimiento de otra persona y superar el suyo propio para decidir ayudarla, te hacen replantearte muchas cosas.

Un repartidor que descarga unas cajas con paquetes de café, a juzgar por el diseño de su envase, me guiña un ojo al pasar por mi lado y no puedo evitar reír. Me mezclo animada entre las personas que transitan por la acera y comienzo a caminar. Ahora me encuentro aquí, esta es mi nueva vida y empieza a gustarme.

Tardo quince minutos en llegar hasta el parque. No me detengo cuando mis pies dejan el piso de cemento para pasar al sendero de arena que lo recorre. Voy incrementando poco a poco el paso, disfrutando del sol de un otoño recién estrenado que reparte sus rayos desde lo alto, jugando al escondite con las nubes que simulan brochazos pintados por un pintor inexperto sobre el brillante cielo azul.

Inspiro y espiro siguiendo el ritmo que marcan los firmes latidos de mi

corazón. Me siento bien. Disfruto de la estampa de colores que me muestran los arboles que comienzan a vestirse de ocre. Me sobrecoge la belleza de la vida, su fuerza, que incluso tras los peores momentos se abre paso tenaz, demostrando su energía.

El timbre del teléfono acalla la voz de Emelie Sandé que suena por los auriculares. Desacelero, aunque sin llegar a detenerme, y descuelgo. La voz de Alicia me da los buenos días a su peculiar manera.

—¿Dónde estás?

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—He salido a correr un rato.

—Genial. Me he dejado las llaves en casa y no puedo entrar.

Sonrío; mi prima y su mala cabeza. Antes de mudarme nuestra oficina se ubicaba en un pequeño local alquilado cerca de nuestro antiguo barrio. Pero con mi cambio de domicilio, y ya que mi piso cuenta con tres habitaciones que yo sola no iba a ser capaz de llenar, entre otras cosas porque lo que no consideré imprescindible se quedó en casa de mis padres, decidimos que usaríamos uno de esos cuartos como despacho-estudio. La zona más céntrica nos permite una mejor movilidad, sobre todo a Alicia que es la que se encarga de visitar a los clientes, pues yo paso la mayor parte de mi tiempo diseñando y dibujando.

—Vale, desastre —me burlo con cariño—, en diez minutos estoy allí. Espérame en la puerta.

—Como si pudiera ir a algún otro sitio —la oigo refunfuñar justo antes de terminar la llamada. Sonrío y la música vuelve a inundar mis oídos. Comienzo a desandar el camino mientras pienso que mi prima tiene que tomarse un café de manera urgente.

Necesito darme una ducha, así que desaparezco en el cuarto de baño nada más entrar en casa y dejo que Alicia vaya preparando el desayuno. El calor me resulta un tanto sofocante en contraste con el aire más frío de la calle. Me doy prisa en desvestirme y me meto bajo el agua templada que al instante enfría mi piel.

Quince minutos después entro en el estudio vestida con unos pantalones cómodos de algodón, una camiseta y el pelo, aún húmedo, recogido en un moño suelto en lo alto de la cabeza. Ahora que trabajo en casa la ropa cómoda y las zapatillas deportivas han desbancado a los pantalones, faldas y zapatos más formales.

Alicia se encuentra al teléfono. Tomo asiento frente a mi mesa y pulso el botón de encendido del ordenador. Mientras espero a que arranque me dedico a observar lo que me rodea. Me gusta lo que veo, refleja mi personalidad. Una mezcla equilibrada de cosas antiguas y muebles nuevos, tal como me siento. Giro la silla buscando el calor de los rayos de sol que entran por la ventana, inundando de luz la estancia. Cierro los ojos y me recreo en la placentera tibieza que acaricia mi piel. Los abro de nuevo y contemplo la vida que discurre serena e incesante abajo en la calle.

Recuerdo la extraña sensación de inmovilidad que se apoderó de mi vida tras el diagnóstico de mi enfermedad. Fue como si el mundo se hubiera detenido en seco, como si nos hubiésemos salido del espacio temporal a un lugar dónde parecíamos encontrarnos desconectados del universo entero. Es en ese momento donde lo trivial deja de tener importancia y te das cuenta de que la escala de valores con la que medías tu vida quizá estuviese equivocada. Luego todo sigue, lo peor pasa y yo trato de hacer un esfuerzo por no olvidar lo esencial de nuevo.

No llevo ni media hora trabajando cuando el estruendo del timbre del teléfono me hace saltar en la silla. Como siempre que dibujo me abstraigo tanto que a veces incluso olvido el lugar en el que me encuentro. Estiro el cuello y vislumbro la palabra «mamá» en la pantalla del Smartphone. Pulso el botón del volumen y lo pongo en silencio. Una conversación de media hora en este momento mandaría mi concentración al garete, así que ignoro la pantalla iluminada y continúo con lo que me ocupa.

La tranquilidad me dura poco. A los treinta segundos el teléfono vuelve a reclamar mi atención, está vez retumbando sobre la superficie reluciente de la mesa. Aguanto tensa como un cable a la espera de que la llamada se corte. Sin embargo, antes de que llegue a hacerlo, me doy por vencida, a quién quiero engañar, si no contesto mi madre es capaz de enviar a los bomberos. Cuanto antes le de el parte del día y se asegure de que su niña sigue sana y salva, antes podré retomar mi trabajo.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. Menos mal que me lo has cogido, estaba a punto de llamar a Alicia —el cariñoso tono de reprimenda me hace poner los ojos en blanco.

—Perdona, es que estaba en la cocina y no lo he oído —miento.

—¿Qué tal has dormido? ¿Cómo te encuentras hoy? Habrás tomado todas



las medicinas, ¿verdad?

—Bien, bien y sí. —Se trata de una rutina ensayada. Ella formula las mismas preguntas unas detrás de otras y yo contesto todos los días con idénticas palabras.

—He pensado que el domingo podía cocinar...

—Mamá, este fin de semana no voy a ir a comer —lo digo con voz suave, aunque firme. Me lo he propuesto e incluso he recreado la conversación en mi cabeza. Adoro a mis padres y siempre he disfrutado de las comidas familiares, pero tengo que romper el círculo vicioso de codependencia en el que nos vemos inmersos desde mi operación y este pequeño acto me parece tan bueno como cualquier otro para comenzar. Quiero enviar una señal sutil reclamando mi espacio. Espero que les llegue.

El silencio en la línea se prolonga durante unos segundos.

—¿Ocurre algo, cariño? —aunque disimulado el temor se puede palpar en su voz.

—No, mamá. Es solo que tengo cosas que hacer en casa y, además, Víctor va a pasar aquí el fin de semana y no quiero tener que estar cogiendo el coche... —murmuro una excusa tras otra y aunque todo lo que digo es cierto, siento como si tuviera que justificarme y es lo que hago.

—Pero, Paula, cielo, ni que viviésemos en la otra punta de España y a Víctor ya sabes que le encanta mi asado. No creo que quiera perdérselo. Y si no os apetece conducir, le digo a tu hermano que pase a recogeros y problema resuelto.

Cierro los párpados y aprieto con fuerza el teléfono. Es una batalla perdida de antemano. La culpabilidad que siento por todo lo que les he hecho pasar asoma su fea cabeza y desisto. Al fin y al cabo, solo les preocupa mi bienestar, no puedo recriminárselo.

—Claro, mamá. Tienes razón. No te preocupes, no le digas nada a Jaime. Iremos a comer. Seguro que Víctor no quiere perdérselo. —Uso sus mismas palabras—. ¿Te importa que te llame luego? Estoy trabajando en un diseño y tengo que enviarle la prueba esta mañana al cliente. —Apenas dejo que comience su acostumbrada retahíla de frases de despedida que se encadenan unas con otras en un bucle sin fin y con un escueto «luego hablamos» termino la llamada.

Suelto el teléfono encima de la mesa y apoyo la frente en mis manos que descansan una sobre la otra en el borde de la mesa. Encontraré la manera, solo

tengo que tener paciencia.

# Capítulo 4

## Aitor

La claridad que entra por la ventana traspasa la piel de mis párpados y termina por despertarme. No abro los ojos, mi cráneo parece a punto de estallar sin necesidad de más estímulos. Noto la lengua y la garganta como si me hubiese tragado un rallador. Me giro y coloco el antebrazo sobre el rostro. Una punzada de dolor recorre mis nudillos hasta unirse con las que me taladran la cabeza. Imágenes del final de la noche se proyectan en mi mente. No me siento orgulloso. No fui capaz de mantener mis emociones bajo control. Quiero pensar que el alcohol jugó un papel importante, porque, lo cierto, es que mi vida se ha reducido a una sucesión de horas durante las cuales mi mayor empeño consiste, precisamente, en no sentir.

Desconozco qué hora es; a juzgar por los sonidos que emite mi estómago he debido de saltarme alguna de las comidas principales, lo cual ya no constituye ninguna novedad. De pronto recuerdo que es lunes y doy gracias porque hoy el restaurante se encuentre cerrado. No me iba a resultar fácil explicar mi estado; por la tirantez de la piel de mi cara el golpe que recibí anoche ha debido dejar marca. Me acomodo en la almohada y trato de dormir de nuevo, pero la sensación de náusea me hace desistir y tengo que levantarme.

Voy a la cocina, lleno un vaso de agua hasta el borde y me lo bebo de un trago. El líquido frío parece calmar mis alterados jugos gástricos, no obstante, la sensación de bienestar dura solo unos minutos. Me acerco a la nevera y examino su desolador contenido. Al final, termino comiéndome los restos de unos macarrones de hace varios días y de postre un paracetamol. Derrotado, me tumbo en el sofá y me dedico a pasar las horas navegando entre los canales sin prestar demasiada atención a lo que emiten en ninguno de ellos.

Hoy no es un buen día, pero tampoco es de los malos y eso ya significa mucho. Es uno de esos días en los que la soledad me resulta reconfortante. De hecho, si he de ser sincero, en los últimos tiempos se ha convertido en una aliada. Un refugio en el que puedo escapar sin tener que fingir una conexión

emocional con el resto del mundo que ya no siento. No obstante, dentro de ese mundo existe alguna excepción y parece ser que una de ellas ha decidido interrumpir mi tiempo de recogimiento y reclamar mi atención, a juzgar por el pitido que emite el teléfono móvil.

## Abre la puerta, capullo.

Leo el texto del mensaje y, sin mucho entusiasmo, abandono el sofá. Los ojos de Sebastián reparan en mi pómulo hinchado antes de despegarse de la pared en la que se encuentra apoyado.

—¿No piensas arreglar nunca el dichoso timbre?

—¿Para qué? Trato de evitar las visitas indeseadas.

Ignora mi puya y se abre paso hacia el interior de la casa. Coloca la cazadora en el respaldo de una de las sillas que rodean la mesa del comedor y se deja caer en el sofá, en el sitio que yo mismo ocupaba un minuto antes.

—Parece que te haya atropellado el AVE Madrid- Sevilla.

—Yo también te quiero —le doy un puntapié para que aparte las piernas y me siento en el sillón que queda libre a su lado.

—¿Qué tal fue ayer?

Le cuento los pormenores del día a la vez voy a la nevera y saco dos botellines de cerveza. La idea de montar el TTeam fue suya y creo que nunca podré agradecérselo suficiente; constituye una de las pocas cosas que me mantienen en pie hoy en día, aunque como socio sea un desastre absoluto. La mayoría de las veces pienso que si yo no estuviese cerraría en una semana; la organización y la economía no son lo suyo ¿Quién lo hubiera pensado de un arquitecto? Claro que tanto él como yo estudiamos la carrera más por tradición familiar que por vocación. Lo que no le puedo negar es su talento como relaciones públicas, tiene un encanto innato que lo mismo encandila a una señora de ochenta años, que se mete en el bolsillo a un padre de familia de mediana edad.

Advierto que mientras charlamos su mirada se detiene en un rincón vacío cerca del balcón. Ella adoraba sentarse allí a leer bajo la caricia de los rayos de sol de media tarde. Yo, a mi vez, simulaba entretenerme con cualquier cosa y me dedicaba a observarla durante horas, a recorrer la línea de su cuello, a perderme en el negro de su pelo y morirme por besar el rubor de sus labios. Eso era antes. Ahora el hueco que ocupaba su butaca solo sirve para acumular polvo.

Abandono mis recuerdos y al mirar a Sebastián leo la tristeza en sus ojos, a veces se me olvida que Ella no me dejó solo a mí. Se conocían desde el colegio. Fue él quien nos presentó en un concierto. Y probablemente Sebastián extraña a su amiga tanto como yo a mi mujer.

No hablamos de ello. Ya no. De forma tácita pasamos por el tema de puntillas como si el no mencionarlo le quitase consistencia a la realidad. No obstante, sé que Sebastián se preocupa por mí. Sus inesperadas visitas me lo demuestran. Son la forma de ofrecerme su apoyo.

Me incorporo un poco para dejar la cerveza sobre la mesa y al volver a mi posición advierto una marca rojiza en el cuello de mi socio.

—¿Y tú qué hiciste todo el día?

—Nada interesante. Estuve en casa.

—Apuesto a que acompañado y sin salir de la cama.

No puede evitar una pequeña sonrisa y sé que he dado en el clavo. Sebastián se frota la barba. Suele hacerlo cuando trata de decidir algo y no creo equivocarme al decir que piensa en si debe contarme la verdad.

—Conocí a alguien hace unas semanas. Es increíble. Preciosa, divertida —se pasa la mano por el pelo, niega con la cabeza y su sonrisa se ensancha—. Y no sé qué hacer con ella.

Le miro sorprendido. Tan ciego he estado que no he sido capaz de darme cuenta de que mi mejor amigo se ha enamorado o, al menos, encaprichado. Me duele no ser capaz de constituir para él el mismo sostén que supone su amistad para mí.

—Si te tiene así solo con unas semanas yo te aconsejaría que buscaras la forma de atarla a ti de todas las maneras posibles. —Sé bien lo que digo. Ese tipo de amor solo ocurre una vez en la vida. Yo lo tuve, sin embargo, en ningún lugar está escrito que vaya a durar para siempre.

—Ese es el problema. Solo quiere sexo, sin ataduras. Me lo dejó muy claro el primer día.

—Nunca hubiera creído que te escucharía decir en la misma frase las palabras problema y sexo sin ataduras.

—¿Te he dicho ya que eres un capullo?

—Sí, pero como no lo has hecho con flores el halago no ha surtido efecto. No se molesta en contestarme.

—¿Sabes? Nunca pensé que me fuera a pasar a mí. Pero, joder, es tan increíble. A su lado me siento —hace una pausa—, no sé... Invencible. Me

siento invencible.

Sus palabras evocan recuerdos de otra época cuando todo era bonito y estaba lleno de luz. Recuerdo el hormigueo que sentí la primera vez que la vi. La sensación de haber sido alcanzado por un rayo cuando mis labios rozaron los suyos esa misma noche. Los paseos abrazados por las calles de esta ciudad a la que adoraba más que a ninguna y los besos robados en cada esquina, que nos dejaban temblorosos y con ganas de más. Las notas llenas de corazones y te quiero pegadas en cada espejo, en cada pared del hogar que comenzamos a compartir a las dos semanas de conocernos. Y las lágrimas que vertimos abrazados en este mismo salón cuando pronunció las palabras «si quiero». Teníamos magia, nos sentíamos parte de un mismo todo. Juntos éramos invulnerables. Y aun así, me queda la sensación de no haberla besado suficiente, de no haberle recordado bastante lo mucho que la quería y lo importante que era para mí. Me arrepiento de no haber adorado su cuerpo cada noche. Ahora ya no tiene solución, nadie puede cambiar el pasado.

Estudio a Sebastián y su expresión a medio camino entre la felicidad y la preocupación. Le envidio, en cierto modo, por sentir lo que yo ya no puedo. Por mucho que duela nunca cambiaría lo que viví por evitar el sufrimiento. Cada instante junto a ella me compensó. Y volvería hacerlo así tuviera cien vidas más. Cuando has conocido la magia ya no puedes conformarte con otra cosa.

## Capítulo 5

### Paula

Miro de reojo el reloj del microondas al escuchar el sonido del timbre. Marca las ocho y veintisiete. Me seco las manos en el paño de cocina que cuelga sujeto a mi cintura y lo dejo sobre la encimera. Cuando abro la puerta lo hago con una sonrisa, sé de antemano a quién encontraré al otro lado.

—Perdona, llego tarde. —Víctor se inclina y me da un breve beso en los labios. Trae los mechones castaños desordenados y los ojos enrojecidos, y una oleada de ternura me sacude cuando lo miro. Nada puede ir mal si después de tantas dudas y preocupaciones todavía consigue hacerme sentir así.

—¿Un día duro? —me retiro de la puerta y le permito pasar.

—Bastante. He tenido que repasar las últimas modificaciones del diseño del prototipo. Y he encontrado bastantes errores que tenemos que subsanar esta semana sí o sí, si quiero cumplir los plazos fijados.

Conozco la importancia que entraña para él este encargo. Por primera vez, se encuentra al mando de un proyecto y si sale bien podría suponer su consolidación en la empresa. Confío en que dejará impresionados a sus jefes, porque conozco su valía, su capacidad de esfuerzo y sé lo mucho que le apasiona la ingeniería. Puede hablar de engranajes durante horas si le dejas. Adoro esa vena que, de vez en cuando, me muestra al Víctor más apasionado.

—Tranquilo. Ya verás como consigues sacarlo adelante —le animo y su expresión se relaja. Se acerca y rodea mi cintura atrayéndome junto a su cuerpo.

—Seguro —dice besando mi frente con suavidad.

Nos quedamos así unos instantes disfrutando de la cercanía del otro. Y no sé por qué, me parece que hace una eternidad que no tenemos un momento de conexión como este, donde solo somos nosotros dos sin trabajo, enfermedades, familia y demás preocupaciones que nos han rodeado día tras día en los últimos meses.

Es Víctor quien rompe el contacto. Se separa de mí y se deja caer en el sofá.

—¿Y a ti qué tal te ha ido?

Lamento durante un segundo la pérdida de su calor; parece absurdo sentir que echas de menos a una persona cuando la tienes delante y, sin embargo, la sensación de pérdida resulta muy real. Inspiro sacudiéndome la tonta nostalgia que me ha invadido y me siento a su lado.

—Bien. Me encanta trabajar en el estudio. La luz natural es todo un lujo. Creo que no voy a extrañar en absoluto la ratonera sin ventanas que teníamos antes.

—No estaba tan mal —dice pulsando el botón de encendido en el mando a distancia de la televisión.

—Porque tú no trabajabas allí —puntualizo acomodándome en un rincón del sofá y estirando mis largas piernas hasta dejarlas apoyadas sobre sus muslos.

—Exagerada —concluye con una sonrisa y la mirada perdida en la pantalla.

Vemos la televisión durante un rato en un silencio cómodo, solo roto por algún pequeño comentario aquí y allá. Cuando la sensación de hambre se hace patente en mi estómago, abandono el cómodo refugio que me proporcionan los cojines y la manta de lana que me he echado por encima y me pongo en pie.

—¿Cenamos?

Víctor asiente e imitándome se levanta del sofá. Me sigue a la cocina y mientras termino de alinear la ensalada que he preparado un rato antes, él pone la mesa.

—Me ha llamado mi madre para que vayamos a comer el domingo —digo antes de llevarme el tenedor a la boca por primera vez.

—Vale.

—El caso es que de inicio le he dicho que no íbamos a ir, pero ya la conoces, ha insistido...

—No pasa nada, Paula. Vamos todos los domingos.

—Ya, pero este es el primer fin de semana que vamos a pasar juntos aquí y pensé que quizá preferirías que nos quedásemos tranquilos en casa.

Alarga la mano y coge la mía que descansa sobre la mesa.

—No te preocupes. Hay tiempo para todo —me da un apretón suave y vuelve la atención a su plato.

Yo fijo la vista en el mío, sin embargo, no soy capaz de comer nada más. Un nudo de desilusión me atenaza la garganta. Se supone que su buena



disposición debería hacerme feliz. No es así. ¿Es que él tampoco lo ve? ¿No se da cuenta de cuánto necesito un poco de aire? Recuerdo otros tiempos en los que una sola mirada hubiese bastado para que percibiese mi malestar, mi preocupación.

Terminamos de cenar acompañados por el sonido de los cubiertos y la televisión de fondo. Víctor me ayuda a recoger la cocina y mientras trabajábamos en una coordinada armonía lo miro y decenas de buenos momentos de los dos juntos desfilan por mi mente, recordándome todo lo que hemos compartido. Le quiero y él a mí, lo demás pasará.

Despierto desubicada, enredada entre las sábanas calientes. La luz de la mañana llena la habitación. Palpo el colchón vacío a mi lado y recuerdo que Víctor se ha marchado a dormir a su casa. Tenía que madrugar para llegar pronto a la oficina y no ha querido molestarme tan temprano con su despertador. El corazón me late desenfrenado y coloco la palma abierta sobre mi pecho en un intento de aplacarlo. Solo ha sido un sueño.

Cierro los ojos e inspiro y espiro despacio varias veces, concentrándome en el aire que entra y sale de mis pulmones. Otra pesadilla. Trato de recordar su contenido, pero las imágenes se escurren esquivas en mi memoria. La que todavía resiste, vivida en mi mente, es la sensación de angustia, de alarma, como si algo muy malo me fuese a ocurrir. Alargo el brazo buscando la botella de agua que siempre dejo en la mesilla de noche antes de acostarme y cuando la alcanzo, me deshago de la tapa y doy un largo trago, seguido de otros dos más pequeños. El líquido frío bajando por mi garganta me sosiega. Ahueco la almohada y permito que me engulla en su blandura. Fijo la vista en las imágenes que los rayos de sol, que se cuelan desde el exterior a través de la ventana, dibujan en el techo y vacío mi mente.

Comenzaron unos meses atrás. No ocurren todos los días y no tienen lógica alguna; no reflejan ningún hecho que guarde relación con mi día a día. No obstante, siguen sucediendo y no logro acostumbrarme. Cada poco tiempo me sorprende al amanecer con los puños crispados e incluso lágrimas en las mejillas y una sensación de inquietud que no me abandona en horas.

Debo moverme, salir de la cama y dejar que la rutina vaya desterrando poco a poco el pánico que me aprieta la boca del estómago como un si un puño gigante se hubiese colado en mi interior. Levanto las sábanas y el aire más fresco de la habitación disipa el calor que se concentra sobre la piel desnuda, apenas cubierta por un ligero pijama de algodón y camiseta de

tirantes; las cálidas temperaturas de final del verano se resisten a abandonarnos.

Camino descalza hasta la cocina sintiendo el tacto suave de la madera en los pies. Lleno de agua la cafetera, pulso el botón de encendido para que comience a calentarse y me dirijo al cuarto de baño. De camino me detengo para buscar una lista de reproducción en Spotify. Pulso el botón de *play* en mi teléfono y la delicada melodía se derrama desde el altavoz inalámbrico que Víctor me regaló por mi último cumpleaños. El agua caliente y la música actúan como un bálsamo y cuando abandono la ducha me encuentro mucho más relajada.

Entro de nuevo en la cocina tarareando junto con la voz de Adele, que le canta a un antiguo amor, y terminando de recogerme el pelo en una trenza suelta que dejo caer sobre uno de mis hombros. Alicia ya se encuentra aquí, sentada en la mesa frente a una taza de café y al verme me dedica una sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días —me acerco y la beso en la mejilla que me ofrece—. Has venido pronto. —Saco una taza de loza del armario, la lleno de café recién hecho, pongo tres pastillas de sacarina y un chorro de leche y me acomodo en la mesa frente a ella.

—Me he despertado temprano. Mi vecino sigue con la obra. Ese hombre no descansa nunca —se queja arrugando los labios en una mueca—. Te juro que no sé qué es lo que está haciendo allí dentro. Por Dios, si son cincuenta metros cuadrados... Yo tardé un par de semanas y eso que lo hice todo nuevo.

Mi prima vive en el último piso de una finca justo enfrente de la castiza plaza de Cascorro, en pleno Rastro madrileño. Compró la casa casi cinco años atrás y la primera vez que me llevó a verla me dieron ganas de llorar. La vivienda se encontraba en un estado deplorable y no solo por lo antiguo del edificio, sino que los anteriores propietarios no debían haber invertido un céntimo en restaurarla desde quién sabía cuánto tiempo antes. Sin embargo, ella estaba encantada y disfrutó de cada martillazo y cada brochazo, porque quitando lo imprescindible, como la caldera, el cuarto de baño y los muebles de la cocina, de todo el resto se encargó ella solita. Bueno, ella y todos los que pasamos a verla en ese tiempo.

—Tú tampoco tienes cara de haber dormido mucho. ¿Se quedó Víctor anoche?

—No, no podía. —Llevo la taza a mis labios y me escondo tras ella. No

tengo ganas de dar explicaciones y Alicia siempre las pide. A menudo y debido a esa obsesión suya de indagar en la cabeza de los demás, bromeo a su costa llamándola Sra. Freud, apodo que por cierto le hace mucha gracia y quita toda la diversión al asunto.

—Hum...

Alzo una ceja y la miro.

—No voy a decir nada. Ya sabes lo que pienso —toma un sorbo de su café y se recuesta en la silla con la taza sujeta entre las palmas extendidas de sus manos.

Por supuesto que lo sé, he escuchado sus argumentos una decena de veces desde que comencé a salir con Víctor. El hecho no tiene nada que ver con mi novio en sí, no es que le caiga bien o mal, que, por cierto, le cae bien. El problema radica en una estúpida teoría que mi prima defiende a capa y espada y tras la que yo la acuso de esconderse para no tener una relación seria que incluya cierto compromiso.

La llama la teoría musical y viene a resumirse en una frase estrella: «es la persona adecuada cuando, de repente, todas las canciones de amor cobran sentido» y según ella a Víctor y a mí eso no nos ha pasado.

Terminamos el desayuno sin decir una palabra más acerca del tema y cada una se sienta frente a su mesa en el estudio. Abro el último boceto en el que he estado trabajando y me dispongo a continuar con el diseño. Media hora después sigo en el mismo punto. No logro concentrarme. Me noto dispersa y nerviosa, sin duda fruto de la mala noche pasada. Suspiro y aparto la mano del ratón. No me gustan nada estos días. Giro la silla y miro por la ventana buscando inspiración. A través del cristal del balcón puedo ver buena parte de la calle. El anhelo por sentir el aire y el sol acariciando mi piel; de pasear sintiendo mis pasos firmes al golpear contra la acera me invade y siento que tengo que salir.

—Ali —llamo sin despegar los ojos del exterior.

—Dime.

—Voy a ir a dar un paseo.

Mi prima está más que acostumbrada a mis bloqueos creativos. Cuando las ideas no acuden lo que mejor me funciona para despertar a las musas es cambiar de entorno. De esta manera —y no entiendo en qué consiste el misterioso mecanismo de mi mente que lo llevaba a cabo— la solución suele aparecer por sorpresa poco rato después.

—¿Quieres compañía?

—No, solo necesito que me dé un poco el aire.

No me molesto en cambiarme de ropa. Cojo la primera chaqueta que encuentro en el perchero y salgo de casa mientras me la pongo. Al principio camino deprisa, como si pudiera dejar la angustia atrás si me muevo con la suficiente rapidez, luego, poco a poco, voy relajando el paso, empapándome de los sonidos y aromas de mi ciudad, fundiéndome con los colores de sus calles.

No sigo ningún itinerario prefijado. Me limito a dejar que mis pies me lleven y mi mente se libere y expanda con la multitud de estímulos que me rodean. Cuando alzo la vista mis ojos se topan con las altas columnas del Templo de Debod.

Me pierdo por los jardines que lo rodean buscando tranquilidad. Me adentro por un sendero y paseo sin prisa disfrutando de los sonidos y aromas. Pienso que me encuentro sola hasta que mi mirada se topa con la figura de un hombre sentado en un banco; me ha pasado desapercibido hasta el momento. Él tampoco parece ser consciente de mi presencia. Su atención se centra en un pequeño bloc de notas que apoya sobre las rodillas, totalmente ajeno a lo que ocurre a su alrededor.

Mis ojos se quedan enganchados a su imagen. Me recuerda a un cuadro de Van Gogh que me fascina por su intensidad a pesar de la sencillez del trazo. Se trata de un dibujo de una mujer desnuda, sentada y apoyada sobre sus rodillas. Claramente la figura del cuadro no comparte ningún parecido físico con el hombre alto —a pesar de estar sentado destaca su envergadura— que se esconde en este rincón, sin embargo, me transmite la misma sensación de soledad, de desamparo que percibí la primera vez que vi la obra del pintor holandés.

¿Qué le ocurrirá? Mi naturaleza no es curiosa de por sí, sin embargo, el desconocido me intriga. Le observo durante unos minutos tratando de desenmarañar el misterio. Lo que más me llama la atención es que a pesar de todo parece cómodo en su burbuja de melancolía. Quizá en su soledad encuentra un buen refugio para lamerse las heridas de lo que sea que le atormente.

De aislarse del miedo y el dolor yo sé bastante. Cuando pasas día tras día cautivo en una habitación de hospital sabiendo que el instante actual puede ser el último, buscas trucos para engañar al miedo y la desesperación. Lo difícil

consiste en desprenderse de ellos, llegado el momento, para poder seguir viviendo.

No alcanzo a ver su rostro, solo un atisbo de su perfil, su espalda ancha y parte de su nuca. El aura que lo rodea me atrae como un imán. No soy consciente de que me he ido acercando hasta que me encuentro parada a medio metro escaso de donde se encuentra sentado. Si solo desviara la vista me encontraría clavada en el sitio como una estatua de sal, observándole.

Busco un lugar por dónde poder escapar sin tener que pasar por delante de él. Me doy cuenta que no tengo más opción que volver por el mismo camino que me ha traído hasta aquí. Muy despacio, doy un paso hacia atrás y luego otro sin quitar la vista del desconocido. Siento que uno de mis pies no encuentra el apoyo esperado y profiriendo un exclamación me balanceo hacia atrás tratando de guardar el equilibrio para no acabar tendida en el frío suelo.

El grito le alerta de mi presencia. Leo la sorpresa y luego la confusión en sus ojos cuando los alza hacia mí. Parpadea un par de veces como si acabase de salir de un sueño, se aclara la garganta y se pasa la mano por el pelo. Luego me la tiende.

—¿Estás bien? —se pone en pie a la vez que tira de mi cuerpo para incorporarme.

Su palma grande y cálida rodea la mía con suavidad y la sorpresa casi me hace saltar. No entiendo por qué absurda razón me sorprende un contacto tan humano en alguien que estoy segura de que ha perdido el alma y el corazón en algún lugar del camino.

—Sí, gracias. Solo he tropezado.

La nada que endurece el marrón de sus pupilas me mantiene enganchada a su mirada. Allí no hay más que un vacío desolador. Un leve cosquilleo de reconocimiento se agita en mi cabeza. Otra imagen de esos mismos ojos viene a mi memoria. Nos hemos visto antes. Un encuentro fugaz en mi portal. Fue a él a quien creí haber golpeado con la puerta del ascensor. Me fijo en su pómulo. La coloración más oscura en la piel, casi imperceptible ya. Es él, seguro.

—Me alegra que no te hayas hecho daño. —Retira su mano de la mía con delicadeza y se inclina sobre el banco para recoger sus cosas.

Una sensación irracional de alarma me invade, no quiero que se vaya.

—No es la primera vez que nos vemos.

Interrumpe el movimiento y se gira. Ladea la cabeza y me observa con

atención.

—¿No?

Niego con la cabeza.

—Nos encontramos ayer en mi portal —trago saliva antes de continuar—. Me llamo Paula.

Mantiene sus ojos fijos en los míos unos segundos que me parecen siglos y tal como me pasase la mañana anterior un cosquilleo nervioso se extiende desde mi estómago.

—Aitor —dice finalmente—. Cuídate, Paula. —Termina de coger sus cosas y alza la barbilla a modo de despedida.

Levanto la palma y le observo mientras se aleja. Dicen que los ojos son el espejo del alma. Si eso resulta cierto no quiero pensar lo que se debe de esconder en el interior de Aitor. Y a pesar de todo, siento una curiosidad irrefrenable por averiguarlo.

# Capítulo 6

## Aitor

Recorro el sendero que me llevará de vuelta al mundo real con la sensación de que la chica del parque me está mirando. No voy a darme la vuelta para comprobarlo. Menuda tontería. Con todo, tengo que contenerme para no girar la cabeza.

El encuentro me ha dejado con una sensación extraña que no sé muy bien cómo describir. Llevo meses acudiendo a este rincón perdido en busca de algo parecido a la paz y lo suelo encontrar. Hoy, por el contrario, regreso con un poso de inquietud y algo más.

*Paula.* Me sorprendo pensando su nombre. Repaso su imagen en mi cabeza tratando de descubrir qué tiene de particular para que me haya causado tal impacto. Creo que era guapa. Con unos ojos verdes enormes. Al menos media cabeza más baja que yo. No obstante, ninguna de esas cualidades la hacen especial.

Llego a la conclusión de que ha sido su forma de mirarme. En ella no he podido encontrar la compasión e incluso lástima que puedo leer de manera constante en los ojos de los que me rodean. Provocar esos sentimientos en los demás me inflige un daño que soy incapaz de tolerar. Prefiero aislarme, me resulta más llevadero. Sin embargo, ella me ha mirado como si entendiese las heridas de mi alma hecho jirones y el deseo de conectar ha prendido por un segundo en mi interior. La sensación me resulta extraña e incómoda.

Camino pensativo y mucho antes de lo que quisiera he llegado a mi destino. Me detengo, tomo aire y observo unos segundos la puerta del portal mientras reúno el coraje suficiente para atravesarla.

—¡Aitor! —Una sonrisa se dibuja en el rostro de mi suegra un instante antes de que me rodeé con sus brazos.

—Hola, Mayte. —La abrazo y me dejo envolver por el cariño que me regala. Con ella siempre ha sido sencillo, desde el primer día. Me acogió como si fuera un miembro más de la familia. Y así me sentía. Experimento una punzada de culpabilidad por haberlos abandonado durante tanto tiempo. Hace

meses que he dejado de venir a verlos.

Nos separamos y enmarca mi rostro con sus manos; puedo percibir el amor que desprenden sus ojos. Son iguales a los de su hija. El mismo color avellana. Las mismas pestañas interminables. Solo que a estos los vela la pátina que dan las experiencias de toda una vida vivida y la aflicción. Algo se quiebra en mi interior.

—Vamos, prepararé café —enlaza su brazo con el mío y nos dirige hacia la cocina.

—¿Cómo estás, Mayte? —Tomo asiento frente a la mesa que ocupa uno de los extremos de la estancia y la miro mientras se mueve de un lado a otro.

—Bueno, ya sabes cómo es esto. Hay un poco de todo. Momentos malos y otros que lo son menos, pero vamos tirando.

Se acerca con dos tazas, que deja sobre la mesa, y se sienta junto a mí. Nos mantenemos en silencio mientras me sirvo el azúcar y lo remuevo para que se disuelva.

—Tenía que haber venido antes. Lo siento mucho. —Me giro para poder mirarla a los ojos. Esboza una sonrisa triste y con su mano cubre la mía.

—Aitor, no tienes porque disculparte. Está siendo muy duro para todos y cada uno tratamos de sobrevivir a nuestra manera.

—Lo sé, pero no está bien. Sois parte de mi familia y os he fallado. Es solo que... Me resulta demasiado doloroso. Ella os quería tanto, erais una parte tan importante de su vida que no soporto venir y que no esté —la voz se me quiebra.

—Escúchame, cariño. No pasa nada. Lo entendemos. A veces los recuerdos se interponen y sientes que debes huir de ellos para ponerte a salvo —se inclina y su cercanía me resulta reconfortante—. No olvides que eres fuerte. No te escondas, aférrate a todo lo bueno que compartisteis. Tienes que darte permiso para seguir adelante. Teresa lo hubiera querido así.

En mi interior reconozco la verdad de sus palabras, pero me encuentro tan perdido que no sé cómo conseguirlo. Todavía duele demasiado.

Charlamos durante un buen rato. Ahora que estoy aquí no quiero marcharme. Hay un poco de todo: reímos y lloramos compartiendo recuerdos. Nos ponemos al día y cuando quiero darme cuenta ha llegado la hora de irme. Me cuesta un triunfo despegarme de la silla. Al final, encuentro las fuerzas, pero antes de volver al mundo real necesito serenarme.

Voy al cuarto de baño y me mojo la cara. Agradezco la caricia helada que



calma mis ojos y me sosiega. Me paso las manos húmedas por el pelo y la nuca y salgo al pasillo. Camino medio metro y me vuelvo a detener. Dudo unos segundos antes de posar la mano en el pomo y girarlo.

Entro en la amplia estancia y contemplo lo que me rodea. El sol se cuele por la ventana e incide sobre el edredón con flores rosas. A sus pies, sobre un arcón, descansa una chaqueta como si su propietaria acabase de dejarla ahí. Doy unos pasos y avanzo hasta la pared donde cuelga un tablón de corcho. Acaricio con suavidad las entradas del concierto en el que nos conocimos y decenas de recuerdos de nuestra vida. En una esquina distingo una foto de los dos juntos. Nos estamos besando y me parece sentir el tacto de sus labios sobre los míos. Aquí todo sigue igual y por un momento creo despertar de la pesadilla en la que se ha convertido mi vida. Miro esperanzado a la puerta esperando ver a Teresa atravesarla para venir a acurrucarse entre mis brazos. La ilusión dura solo unos segundos, hasta que mi cerebro me recuerda la cruda realidad. Teresa no va a volver. Ha muerto. Y aceptarlo provoca que mi corazón vuelva a sangrar.

# Capítulo 7

## Paula

Cruzo el umbral y la calidez que me recibe me resulta reconfortante. La luz llena los rincones de mi hogar. Camino hasta el centro del salón, dónde sendas cascadas de sol impactan con mayor intensidad y me detengo un instante permitiendo que calen en mí y destierren los fantasmas de melancolía que siento pegados a la piel desde que abandoné el parque.

No puedo negar que el breve encuentro me ha afectado de una forma inusual, despertando una intensa voluntad de protección poco común dado que se trata de un desconocido. La razón se impone y decido aparcar el asunto. Me conozco, tengo cierta tendencia, preocupante según Alicia, a tratar de salvar a las ovejas descarriadas y me cuesta un mundo desvincularme de los asuntos sin resolver. Me reprendo con firmeza, no puedo preocuparme por cada persona que se encuentra perdida en el mundo. Con una sensación agrídulce de aceptación ocupo mi puesto frente al ordenador y me pongo a trabajar.

Una hora después me doy por vencida. De forma definitiva las musas no quieren prestarme su inspiración, al menos de momento. Me recuesto en el respaldo de mi butaca y estiro los brazos por encima de la cabeza para desentumecer los músculos de la espalda. El musical tintineo de la campanilla del portero automático me sorprende en mitad del movimiento. Abandono mi asiento y me dirijo al recibidor. Contesto, pero no recibo respuesta. Extrañada espero por si vuelven a llamar.

El timbre de la puerta suena y me giro sobresaltada. Quién quiera que fuese ha optado por subir directamente. Me asomo por la mirilla y abro la puerta. Mi hermano Jaime me mira con la misma cara que el gato de Shrek. Frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Vengo en son de paz. —Me tiende un paquete y al cogerlo un delicioso olor se cuela por mis fosas nasales haciéndome salivar. Relajo la postura y me aparto para dejarle pasar.

—Que conste que solo te perdono porque traes comida —aseguro tratando de esconder la sonrisa que baila en mis labios.

—Lo siento, peque, pero ya conoces a mamá, cuando algo se le mete en la cabeza no hay manera de hacerle cambiar de opinión.

Tiene razón, si mi madre cree que está haciendo lo correcto ningún obstáculo que encuentre en el camino será capaz de detenerla.

—Al menos podrías haber avisado de que venían. Y para colmo luego salís corriendo. Cobardes. —Me refiero a Alicia y a él, por supuesto. Apoyo el paquete sobre la encimera de la cocina y saco una cerveza y un botellín de agua del frigorífico.

Mi hermano me quita la cerveza de la mano y esboza una pequeña sonrisa traviesa, a la vez que alza la botella en una especie de brindis.

—Más bien inteligente, Paulita.

—No me vas a convencer, Jaimito —recalco el diminutivo con retintín y sonrío al escuchar su ronca carcajada.

—No te quejes, enana. Al final no fue para tanto, no llegó la sangre al río y la casa se quedó ordenada en un tiempo record.

Ni siquiera me esfuerzo en rebatirle. No lo entendería. Nadie parece hacerlo y Jaime menos que ninguno. Su relación con nuestros padres siempre ha sido diferente a la mía. De alguna manera todas las decisiones que mi hermano toma cuentan con la aprobación de nuestros progenitores. Lo que para mí supuso una lucha constante por ir ganando parcelas de independencia desde la adolescencia a la edad adulta —hablo de cuestiones que comprendían desde la hora de llegada a casa hasta qué carrera quería estudiar—, para él, solo dieciocho meses mayor que yo, fue un paseo. Incluso cuando decidió que no quería estudiar más al terminar bachillerato y se decantó por entrar a trabajar en una panadería contó con su apoyo, sin replicas ni reproches. Y el tiempo ha colaborado para reforzar esa confianza dando sentido a las decisiones de mi hermano, que ahora posee un horno tradicional en el que elabora un producto ecológico de altísima calidad y muy valorado en el mercado.

En lo más profundo siento una cierta envidia por esa especie de simbiosis que el resto de mi familia comparte y de la que yo, para sentirme participe, tengo que luchar con uñas y dientes. Ahora más que nunca, cuando siento que la manta de amor fraternal me asfixia sin remedio y ninguno parece tenerlo en cuenta. A pesar de todo ello, adoro a mi hermano y él a mí.

Comemos juntos y dando por perdido el día le permito que me convenza para pasar la tarde tumbados en el sillón poniéndonos al día de los capítulos atrasados de Juego de tronos. Jaime llega al horno casi en plena noche y pasa

hasta el alba preparando los productos que ese mismo día se despacharán en la tienda y se servirán a los diferentes restaurantes con los que colabora. Suele marcharse sobre las doce, dejando a cargo a dos empleados que llevan varios años con él, después de haber atendido los pedidos de proveedores y asegurarse de que todo queda listo para la jornada siguiente, por lo que el resto del día suele tenerlo libre.

Pasamos unas cuantas horas con los ojos pegados a la pantalla sin movernos del sofá más que para reponer nuestras bebidas. Antes de mi enfermedad, la relación con mi hermano no era tan estrecha, pero desde mi operación pasamos más tiempo juntos. Suele aparecer por casa de improviso para inducirme a holgazanear sin remedio y yo suelo ceder a la tentación que eso supone.

Mi hermano pulsa el botón de apagado en el mando a distancia, alza los brazos por encima de la cabeza y se estira con un bostezo.

—Creo que me voy a marchar. A no ser que quieras compañía para cenar.

El día ha sido extraño y todavía cierta sensación de fatalidad permanece latente. No me apetece demasiado estar sola y casi cedo a la tentación de pedirle que se quede, pero recuerdo que en unas horas tendrá que levantarse y no soy capaz de hacerlo. Además, Víctor debería llegar en cualquier momento.

—No, vete a casa. Tienes que madrugar.

Mi hermano asiente y se inclina para besarme en la mejilla.

—Y tú deberías descansar. Esas ojeras que tienes no me gustan nada.

—Me encuentro bien, Jaime. Ya sabes, mala hierba...

—No bromees con eso —me amonesta dándome un cachete, luego se inclina y me envuelve entre sus brazos con suavidad.

Le sigo con la mirada mientras abandona el salón y escucho con atención hasta que oigo el chasquido de la puerta al cerrarse. Me estiro en el sofá, me coloco la manta que se ha movido dejándome los pies al descubierto y presiono el botón de inicio en el mando a distancia de la televisión.

La penumbra se ha colado en el salón como un invitado silencioso cuando alzo los párpados pesados por el impertinente sueño de media tarde. Desorientada, consulto el reloj y compruebo que he dormido más de lo que pensaba y es la una y media de la madrugada. Alargo el brazo y cojo el teléfono que descansa silencioso sobre la mesa de centro. El haz de luz que emite la pantalla al activarse resplandece en la oscuridad que ha traído la noche. La aplicación de mensajería instantánea muestra varias notificaciones

de mensajes.

El primero que leo lo ha enviado Alicia. Me avisa de que no va a tener tiempo de volver al estudio. Lo recibí unas cuantas horas atrás.

El chat que comparto con Víctor también indica que hay un mensaje pendiente de leer.

## Tengo que trabajar hasta tarde. Mañana hablamos. Besos.

También tengo una llamada perdida desde su número. Acallo la desilusión por no haber hablado con él y me froto los ojos. Contengo un bostezo y abandono el cálido refugio que me proporciona la manta. Todavía adormilada me lavo los dientes y me pongo el pijama lo más rápido que puedo buscando el acogedor cobijo de mi cama. Me acurruco con el edredón tapándome hasta la barbilla y permito que mis párpados se cierren. La última imagen que veo son dos ojos oscuros que me acompañan mientras entro en el reino de Morfeo.

Me parece escuchar el sonido del timbre tras el estruendo del secador de pelo. Detengo el aparato y espero. En efecto, el sonido atraviesa de nuevo el silencio de la mañana. Cuando abro la puerta una sonrisa de placer se extiende por mis labios.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

Víctor da un paso hacia mí y me besa.

—Traigo el desayuno —me muestra un paquete con un envoltorio de papel y un olor que identificaría en cualquier parte. Trato de hacerme con él, pero lo esconde a su espalda—. Cortesía de tu querido hermano que se ha apiadado de mí y ha pensado que con unos *croissants* te tomarías mejor la noticia.

—¿Qué noticia?

—Tengo que irme unos días a Londres.

No me hace falta que diga nada más, el cliente que les ha solicitado el proyecto en el que trabaja Víctor tiene establecida su sede en «La City». La alegría que me ha causado encontrarle tras la puerta se disipa un tanto.

—¿Cuántos días?

—Serán solo dos. Volveré para el fin de semana. —Con suavidad recoge

un mechón que danza delante de mi cara y me lo sujeta tras la oreja—. No hagas pucheros. Son cuarenta y ocho horas.

Borro la expresión de tristeza de mi rostro y esbozo una pequeña sonrisa.

—No los hago. Es solo que te voy a echar de menos. Me da la sensación de que hace siglos que no nos vemos.

—Por eso he venido, para disfrutar del desayuno con mi preciosa chica y poder despedirme antes de ir al aeropuerto —me besa en la punta de la nariz—. Además tendremos el fin de semana para resarcirnos —tira de mí y me abraza—. Te lo prometo.

Confío en su palabra. Serán solo unos días y cuando vuelva podremos pasar dos días completos con sus noches, juntos y a solas sin que nadie nos moleste.

# Capítulo 8

## Aitor

*Consulto el cronómetro que continúa avanzando sujeto a mi muñeca. Ya tenía que haber llegado. Mi respiración ha vuelto a su ritmo normal, no obstante, mi cuerpo acusa el esfuerzo que ha supuesto la carrera. Ha constituido un reto, pero he conseguido terminarla en un buen tiempo.*

*Me siento en el bordillo. Si en diez minutos no ha cruzado la línea de meta voy a ir a por ella y me da igual si se enfada, ya le dije que todavía no está preparada para correr una distancia así. Mi chica es demasiado terca para su propio bien. Las agujetas le van a durar una semana. Sonrío. No es que necesite excusas, pero administrarle los cuidados necesarios para que mejore va a proporcionarme una para no quitarle las manos de encima a su precioso cuerpo.*

*¿Dónde está? He desandado casi un cuarto del recorrido y todavía no la he visto. Busco su rostro entre los corredores con los que me cruzo y al no encontrarlo una sensación desagradable me recorre la columna vertebral. Camino unos metros más.*

*Un grupo de personas que se agolpan en uno de los lados de la calzada llama mi atención. La sensación de alarma se convierte en un clamor que resuena en mi cabeza al distinguir el amarillo fluorescente de los servicios del SUMMA. Un nudo me atenaza la garganta y el corazón late desesperado cuando dejo de caminar y comienzo a correr.*

*Lo primero que distingo es su pelo oscuro extendido como una mancha en el gris del asfalto. Trato de abrirme paso, quiero ir junto a ella, pero uno de los técnicos sanitarios me lo impide.*

*—Señor, no puede acercarse.*

*—Es mi mujer. —Las palabras salen como un grito lleno de angustia.*

*—Tiene que dejar a los médicos trabajar.*

*Intento apartarlo y me sujeta. Tengo que ir con ella. Las lágrimas calientes y pesadas, fluyen por mi rostro sin que me dé cuenta. Tiene que ser una pesadilla. Me pitan los oídos y me siento como si una fuerza enorme me*

*aplastase contra el suelo impidiéndome respirar.*

*El característico olor a hospital me asfixia. Resulta tan denso que creo que hasta puedo palparlo. La sala de espera se encuentra abarrotada. La cabeza me palpita. Sebastián se acerca y me ofrece un vaso de papel con café. Niego con un gesto. Sentados a mi lado, los padres de Teresa, tratan de mantener la calma, pero a duras penas lo consiguen.*

*El tiempo se estira y deforma haciéndome perder la noción de su paso y me parece que llevo media vida sentado en esta silla cuando nos avisan por megafonía. Nos incorporamos con brusquedad, sobresaltados, y caminamos hacia el mostrador de información. La esperanza y el miedo se confunden en los rostros de mis suegros que se aferran el uno al otro como si no hubiese otra fuerza en el mundo que fuese capaz de conseguir que sigan en pie.*

*Nos acompañan a una sala más pequeña donde un médico nos espera. Su gesto grave me anticipa que mis peores temores se han convertido en realidad. Siento que mi interior estalla en pedazos. Solo retazos de palabras y frases sueltas consiguen traspasar el muro de dolor que me cerca: «accidente cerebro vascular», «donante», «fallecida».*

*No soy capaz de pronunciar una palabra, seguro de que nadie va a oírme. Mi mundo ha dejado de existir y yo con él. Me siento desconectado, flotando a la deriva en una vasta oscuridad.*

*Me despierto sudando con las sábanas enrolladas a los pies de la cama. El mismo sueño que se vuelve a repetir. Retazos del pasado que aprovechan la inconsciencia para saltarse las barreras con las que de día consigo mantenerlos alejados. Son tan reales que me quiebran devolviéndome una y otra vez al foso de la desesperación.*



## Capítulo 9

### Paula

Escucho el suave repiqueteo de los tacones de Alicia al golpear contra la tarima, pero no despego los ojos del espejo del cuarto de baño.

—¿Lista?

Termino de delinear la línea negra sobre mi párpado superior, me miro para comprobar el resultado y asiento satisfecha. Cuando me giro mi prima suelta un silbido.

—¿Te gusta?

—Estás impresionante, nena.

Una risa nerviosa escapa de mi garganta. Me siento torpe y excitada a la vez. Hace así como mil años que no salgo en una noche de chicas. Bueno, en una noche en general que conlleve algo diferente a ir a cenar y al cine o algún plan similar. Víctor nunca ha sido de salir mucho y con el postoperatorio todos nuestros planes comenzaron a poder incluirse en la categoría de sosegados o sosos, si le preguntamos a mi prima.

Me giro sobre mi misma y observo la imagen que me devuelve el espejo. Zapatos altos de tacón y *leggings* negros de cuero que estilizan mi figura haciendo que mis piernas se vean interminables. Top lencero de tirantes en blanco bajo una casaca de estilo militar entallada con ribetes dorados en las mangas y unos pendientes largos de oro completan el conjunto. Pelo suelto y un poco de maquillaje.

Contemplo a la chica que me sonríe desde la brillante superficie de vidrio. Me veo guapa y lo que es más importante también me siento así. Y eso hace mucho tiempo que no me ocurre. De alguna manera desde la operación me encuentro extraña en mi cuerpo y la cicatriz que me cruza el pecho no ayuda demasiado. Nadie sabe que está ahí más que yo que soy incapaz de olvidarme de ella. Sin embargo, hoy, mientras contemplo el resultado de mi tarde de compras, algo parece encajar de nuevo. Una pieza que vuelve a su lugar.

Guardo el pintalabios en la cartera de mano que descansa sobre la

encimera del lavabo y cojo el teléfono que se encuentra justo al lado. No puedo evitar mirar la pantalla. Nada. No hay ningún mensaje. No dejo que la desilusión se abra paso. Víctor ya me ha advertido que iba a tener que trabajar hasta tarde todo el fin de semana. En Londres.

En el instante que he escuchado su voz al otro lado de la línea he intuido que algo iba mal. El silencio que ha seguido a su saludo ha activado todas las alarmas. Me ha parecido que no sabía cómo decírmelo. Lo he notado tan agobiado que he sido yo la que ha terminado dándole ánimos.

He cortado la llamada con una extraña sensación de vacío. Y tras media hora rumiando ese desasosiego me he levantado del sofá, he cogido la chaqueta y el bolso y, a la vez que le enviaba a Alicia un mensaje con el texto: «Esta noche salimos», he puesto rumbo a la calle dispuesta a hacer buen uso de mi tarjeta de crédito. Carpe Diem. No obstante, ahora no puedo evitar extrañarlo. Me digo que habrá muchos más fines de semana para pasarlos juntos y arrincono la tristeza. No pienso dejar que me estropeeé la noche.

La mayoría de las personas creemos que estamos viviendo la vida y la realidad es que son solo unos pocos casos los que consiguen hacerlo. Los demás simplemente permitimos que ocurra, nada más, dejándonos llevar por los acontecimientos y adaptándonos a ellos, sin saber disfrutar de cada logro y pequeño detalle, porque las cosas grandes pueden darte un momento de felicidad, pero son las pequeñitas las que conseguirán que seas feliz cada día. Ahora quiero que cada momento importe y sea valioso en sí mismo y pretendo disfrutar mi tiempo, mis amigos, mi familia y cada cosa buena que la vida ponga al alcance de mi mano. Ese es el motivo principal de que me haya arreglado esta noche y vaya a permitir que Alicia me arrastre por los locales de medio Madrid.

Aguanto el ritmo durante unas cuantas horas, pero a las tres de la mañana decido volver a casa, la noche ya ha dado suficiente de sí para mí. Alicia me acompaña en un taxi. Nos despedimos en mi portal y ella continúa su camino. Descarto la escalera, los pies me están matando y pulso el botón de llamada del ascensor.

Cuando salgo en mi planta sosteniendo en la mano los zapatos de tacón, el frío de las baldosas que traspasa el delgado tejido de las medias me eriza la piel y, a la vez, calma mis plantas doloridas. Lo he pasado bien, realmente bien. No recordaba lo divertida que puede llegar a ser una noche de chicas.

A estas horas de la madrugada en el edificio reina el silencio. Recorro el

pasillo tratando de no romper la quietud y deslizo la llave en la cerradura a la vez que contengo un bostezo que delata lo poco acostumbrada que estoy a trasnochar. Un estruendo que resuena por encima de mi cabeza y quiebra la calma que proporciona la noche me sobresalta y me detengo sin girar la llave. Proviene de la planta de arriba, más en concreto del piso que se encuentra justo encima del mío. En el poco tiempo que llevo viviendo aquí es la primera vez que tengo evidencias de que alguien reside allí, pues hasta el casillero del buzón destinado al nombre se encuentra vacío.

El sonido se repite. Creo identificarlo con cristales rompiéndose. Siguiendo un impulso, subo el tramo de escaleras y me detengo frente a la sólida puerta acorazada. Las dudas me asaltan e interrumpo el movimiento milímetros antes de que mis dedos rocen el timbre, pero el miedo a que alguien pueda encontrarse herido me espolea y lo presionó con fuerza. No escucho ningún sonido, así que utilizo los nudillos. Espero unos segundos y vuelvo a llamar. Tengo que hacerlo cuatro veces antes de que la puerta se abra y me permita ver quién se oculta en el interior.

La sorpresa que me causa descubrir a Aitor me paraliza unos instantes. Se tambalea y tiene que apoyarse en el marco para conseguir estabilidad. Su mirada se posa en mí, sus ojos se ven enrojecidos y vidriosos. Sus pupilas son pura oscuridad.

—¿Qué quieres? —arrastra las palabras. Está borracho, no tengo duda.

—He escuchado un ruido y... ¡Dios mío, estás sangrando! —me fijo en el oscuro fluido que le recorre el dorso de la mano izquierda y gotea hasta el suelo donde va formando un pequeño charco.

Gira la cabeza siguiendo la dirección de mi mirada. Alza la mano y la observa, confundido.

—Vamos, hay que cortarte la hemorragia —le agarró del brazo y me coloco junto a él para proporcionarle un punto de apoyo que le de estabilidad al andar.

Trato de dar un paso, pero no se mueve.

—Por favor, necesitas ayuda.

Me observa unos segundos, sus ojos perdidos recorren mi rostro rasgo a rasgo y siento como el rubor va conquistando mi piel.

—Nadie puede ayudarme. —Y el dolor y la desesperación que desprenden sus palabras cuando lo dice son tan palpables que se me pegan a la piel.

Tiro de él con más fuerza y, al fin, consigo que se mueva.

Me imagino que la distribución de la casa será similar a la de la mía y me dirijo a donde creo que debe encontrarse la cocina. Sin soltarlo, esquivamos los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo y la encimera, cojo el primer trapo que encuentro y lo enrolló presionando alrededor de su palma. Luego caminamos hasta el salón. Su respiración caliente y suave parece una caricia contra mi piel. Me pone nerviosa y suspiro aliviada cuando consigo que se siente en el sillón.

Me agacho a su lado y retiro el paño con cuidado. Un corte de varios centímetros surca su piel. Lo examino con más atención, el sangrado hace que parezca aparatoso, sin embargo, no se ve muy profundo.

—¿Tienes un botiquín?

Se ha recostado contra el respaldo del sofá y mantiene los ojos cerrados. Levanta el brazo ileso y señala hacia algún punto más allá del lugar donde nos encontramos. Me levanto y me dirijo al cuarto de baño. Me siento como una intrusa cuando comienzo a abrir armarios y cajones hasta encontrar la dichosa caja de primeros auxilios.

Con ella bajo el brazo regreso a su lado. Me siento junto a él y con cuidado tomo su mano y la llevo hasta mi regazo. Empapo una gasa en agua oxigenada y la paso por encima del corte con suavidad para retirar los restos de sangre. Aitor no se mueve y se deja hacer. Luego extendiendo un poco de Betadine y coloco unos puntos de aproximación que he encontrado dentro del botiquín. Parece que ha dejado de sangrar, pero, aun así, decido cubrirle la herida con una pequeña gasa y esparadrápalo. Cuando termino, recojo lo que he utilizado y me levanto para poner de nuevo cada cosa en su sitio.

Aitor continúa en la misma posición cuando regreso. Su pecho se mueve al ritmo de su respiración que ahora es más sosegada. Parece dormido. Le observo. La calma que le proporciona el sueño ha suavizado sus rasgos y escondido el dolor. No lo conozco apenas, sin embargo, su sufrimiento me afecta de las más diversas maneras. Puedo leer la desesperanza, el dolor y la desesperación que conviven en su alma herida. Y ese desconsuelo se clava en mi corazón como propio. Me gustaría consolarlo y después zarandearlo hasta hacerlo reaccionar.

Las palabras no pronunciadas me queman la lengua. Habría querido decirle que no está solo, que por difícil que le parezca la situación que esté viviendo la esperanza siempre se abre paso y la oportunidad de ser feliz

siempre estará ahí, aunque en este momento no pueda concebirlo. Sin embargo, no he dicho nada. Al fin y al cabo, quién soy yo para dar lecciones de vida. Por experiencia sé que las palabras no sirven a menos que quieran ser escuchadas y que él es la única persona capaz de ayudarse. Además, en el estado en el que se encuentra, no creo que las recordase.

Le miro unos segundos más y luego me pongo en pie. Tomo la manta que se encuentra doblada en el brazo del sofá y la extiendo sobre su cuerpo, con cuidado de no despertarle. Después voy a la cocina y recojo el desastre de cristales rotos y líquido derramado. En una esquina de la mesa llama mi atención un marco de fotos tumbado boca abajo. Lo levanto para asegurarme de que no esconde ningún fragmento de cristal. La fotografía que contiene podría parecer la típica que colocan de muestra para que veas el resultado; una pareja joven, sonriente y feliz, que se abraza en algún bello rincón del mundo. Solo que sé que la imagen que estoy contemplando es real, porque el hombre que estrecha a la mujer en sus brazos con una mirada rebosante de amor es Aitor.

Empiezo la mañana corriendo y no tengo tiempo de pararme a pensar en los acontecimientos de la noche anterior. La comida de los domingos supone toda una institución en mi familia. Se celebra en casa de mis padres. Mi madre pasa la mayor parte de la mañana cocinando y pone la mesa con la vajilla de porcelana con ribete de oro y la cristalería de Bohemia. Siempre me ha resultado curiosa la manera intercambiada en la que mis padres dan sentido a la palabra familia, pues a pesar de que mi madre solo tiene una hermana, para ella faltar a la comida semanal puede ser considerado alta traición; tiene una concepción muy napolitana del asunto. Por el contrario mi padre, que es el pequeño de ocho hermanos, resulta la parte comprensiva.

Lo habitual es que llegue a casa de mis padres con tiempo suficiente para ayudar a mi madre a poner la mesa, mientras mi padre y Jaime se sientan en el salón con una cerveza en la mano. Sé que es una costumbre machista y anticuada, pero mi madre está chapada a la antigua —aunque curiosamente solo en eso, porque en el resto es una firme defensora de los derechos de la mujer— y yo ya lo tengo tan interiorizado que ni me doy cuenta. Hoy me he levantado tarde y cuando entro por la puerta me encuentro con toda la mesa montada.

Saludo a mi hermano que es quien me abre y cuelgo el bolso y el abrigo en el armario que hay en el recibidor. Mi padre, según su costumbre, lee el periódico sentado en su butaca. Levanta la vista cuando me oye acercarme.

—Hola, papá.

—Hola, princesa —me inclino para abrazarle y aspiro el familiar olor de su colonia que siempre consigue transportarme a mi infancia.

—¿Qué? ¿Cómo va el mundo? —me acomodo en uno de los brazos del sillón y me recuesto contra él, disfrutando de su solidez.

—Como de costumbre: directo al desastre —me aprieta con cariño la mano que apoyo en su hombro y vuelve a su lectura.

Mi padre siempre ha sido una persona de pocas palabras y a la vez las correctas. Y por eso mismo le admiro y respeto. Transmite más con una sola mirada que otras personas en un discurso entero.

—A comer, chicos.

Abandono mi asiento improvisado y me acerco a mi madre que coloca una fuente sopera en el centro de la mesa.

—Hola, mama.

—Paula, cariño —se desata el delantal y lo apoya en el respaldo de una de las sillas—. No te he oído llegar. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien, mamá.

—Te veo más delgada. ¿Comes bien? Ya sabes que tienes que cuidarte.

Espero a que termine con su letanía de preguntas y observaciones para abrazarla.

—Estoy muy bien, mamá. Me encuentro fenomenal.

Nos sentamos a la mesa y la comida transcurre por los derroteros habituales. Hablamos un poco de todo: desde las elecciones en Estados Unidos hasta el último tipo de harina que Jaime se ha decidido a probar.

Espero a que mi madre sirva el postre antes de animarme a hablar. Pienso en Víctor, me hubiera gustado que estuviese aquí para apoyarme, o al menos creo que lo haría, porque a él tampoco le he contado mis planes todavía.

—He pensado que este verano voy a dedicar un tiempo para conocer mundo. Me gustaría ir a Jordania o India.

Mi madre detiene el tenedor a medio camino de la boca y me mira con cautela. Mi padre y Jaime siguen comiendo, pero puedo percibir la expectación en sus rostros. Por fin, mi madre apoya el tenedor en el plato y se gira hacia mí.

—Paula, no creo que sea muy buena idea en tu estado.

Ya me había imaginado que mi propuesta no iba a ser bien recibida. Tomo aire y cuento hasta diez en mi cabeza.

—Soy una mujer sana de veintiocho años, mamá. No creo que pase nada porque me vaya de viaje. No voy a tirarme de un avión ni a hacer *puenting*. Solo pretendo conocer otros lugares.

—Paula, tu corazón...

—A mi corazón no le ocurre nada. Los médicos me han dicho que puedo hacer una vida normal.

Mi madre aprieta los labios y busca a mi padre con la mirada.

—Mira, cariño, quizá debieras posponerlo un tiempo. La sanidad es muy precaria en esos países y no hay necesidad de correr riesgos.

—No estoy de acuerdo. Me encuentro bien. Estoy viva y quiero disfrutarlo. Llevo años retrasándolo porque siempre había algo más importante. Y ahora no quiero esperar más —trato de explicarlo con la mayor calma posible.

—Pues bien, no puedes ir.

—No os estoy pidiendo permiso, mamá. Ya lo tengo todo mirado. Solo quería que lo supieseis. —El mango del tenedor se clava en la palma de mi mano por la fuerza con la que lo sujeto.

—Venga, no discutáis. Es decisión suya.

Me giro con la sorpresa pintada en la cara, lo último que esperaba es que mi hermano se pusiera de mi parte.

—Es una adulta y nadie mejor que ella sabe lo que le conviene —me dedica una mirada cargada de cariño y yo se la devuelvo agradecida.

Mi madre murmura algo entre dientes, pero no continúa con la discusión. Se pone en pie, recoge varios platos y desaparece en la cocina, dando el tema por zanjado, al menos, de momento.

Tomamos café rodeados por una atmósfera un tanto enrarecida. Cuando acabamos decido que ha llegado la hora de marcharme a casa. Jaime me ayuda y entre los dos terminamos de recoger la mesa. Abrazo a mi padre, me despido de mi madre con un breve beso en la mejilla y me dirijo a recoger mi abrigo. No he terminado de ponérmelo cuando se abre la puerta del pasillo y mi madre aparece en el umbral.

—¿Lo has cogido todo? —su tono es conciliador.

Asiento, introduzco el último botón en su ojal y me cuelgo el bolso del

hombro.

—Cariño, yo solo quiero lo mejor para ti, lo sabes, ¿verdad?

—Claro, mamá —sonríó con tristeza, porque la quiero y me duele que no me entienda—. Pero quizá lo mejor para mí ahora es que me permitas volar sola.

Nos miramos durante un instante.

—No sé si estoy preparada para hacerlo —me acaricia el pelo como cuando era pequeña y me besa con infinita ternura—. Ten cuidado con el coche.

Me marchó con una sensación agrídulce. Sé que mi madre tiene miedo, estuvieron a punto de perderme, pero aquello forma parte del pasado y lo que necesito ahora de ellos es que confíen en mí. No es que vaya a cambiar de opinión, pero me hubiera gustado contar con su aprobación. Al menos, he encontrado un aliado inesperado en mi hermano.

Recorro el camino de vuelta pensando en si podría haberlo enfocado mejor y llego a la conclusión de que cualquiera que hubiese sido la manera de plantearlo hubiera generado el mismo recelo en mis padres. Me anima el hecho de que he sido capaz de mantenerme firme en mi decisión. Supone un paso adelante.

Me detengo frente al ascensor todavía reflexionando sobre ello cuando, a mi espalda, una voz masculina pronuncia mi nombre.

—¿Paula?

Me giro para encontrarme con Aitor y su inquietante mirada. Al parecer hoy no han terminado las situaciones incómodas.



# Capítulo 10

## Aitor

Joder. No puedo creer mi mala suerte cuando entro en el portal y la reconozco parada de espaldas esperando el ascensor. Siento la tentación de dar media vuelta y desaparecer por el mismo lugar por el que he venido, pero, nada más pensarlo, me doy cuenta de que no es una buena idea. Tarde o temprano vamos a terminar coincidiendo, dado el hecho de que somos vecinos. Eso no me hace muy feliz.

Me he despertado todavía vestido, en el sofá, con el cuerpo dolorido y la cabeza a punto de estallar. Lo que parecer estar convirtiéndose en una costumbre. Como daños colaterales me he encontrado con un corte en la mano. Al ver el apósito que lo cubre las imágenes de la noche han comenzado a desfilar por mi cabeza en lenta procesión. No he conseguido ordenar todos los recuerdos, no obstante, lo que sí he averiguado es que Paula estuvo en mi casa y que fue ella quien me curó. No ha sido agradable asumirlo.

Ponerme en marcha ha constituido todo un triunfo. Me he incorporado despacio y he tenido que permanecer unos segundos sentado hasta que el mundo se ha estabilizado a mi alrededor. Cuando he conseguido encontrarme seguro me he puesto en pie con la intención de prepararme un café bien cargado antes de ir a trabajar.

La cocina se veía inmaculada. Solo un vaso reposaba abandonado en el escurrerplatos. Al levantar la tapa del cubo de basura, para tirar la cápsula vacía que he encontrado en la cafetera, he descubierto decenas de fragmentos de cristal en su interior. No he dudado un segundo de que fue obra mía y me refiero a los fragmentos no al lugar en el que se encuentran.

Me he esforzado durante todo el día en tratar de recordar cómo mi vecina terminó en mi casa, de madrugada, ejerciendo de enfermera y limpiadora, pero mi memoria se ha negado a colaborar. Maldigo por lo bajo. Pienso que debería darle las gracias, aunque ni siquiera sé por qué, exceptuando lo obvio. Y malditas las ganas que tengo de hacerlo. Aunque quizá más que agradecerse debería recriminarle que meta las narices donde nadie se lo ha

pedido. Sea como sea, la tengo a un par de metros y cuanto antes zanjemos el asunto mejor para ambos.

Camino unos pasos y me detengo justo a su espalda. Cuando escucha su nombre se gira y puedo distinguir la sorpresa y el nerviosismo al descubrirme. Su rostro es demasiado expresivo, no esconde nada. Ya me he dado cuenta en nuestros anteriores encuentros. Todas y cada una de sus emociones se reflejan en su cara mostrando sus sentimientos, sin reserva.

—Hola. ¿Cómo estás? —Sus ojos van directamente al apósito que cubre el corte de mi mano.

—Bien, gracias —le muestro la palma y abro y cierro los dedos como demostración—. El caso es que... —me froto la mandíbula tratando de buscar las palabras adecuadas.

—No te preocupes —se retuerce los dedos y me ofrece una pequeña sonrisa—. No tienes porque darme las gracias. No fue nada.

La miro, parece incómoda.

—No era eso lo que iba a decir.

Su expresión se torna confusa. No le doy oportunidad de preguntar.

—Me gustaría, para posteriores ocasiones, que te mantuvieras al margen de lo que ocurre dentro de mi casa.

Sus ojos se agrandan y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Preferirías que lo hubiera ignorado? Sonó un ruido enorme y pensé que quien estuviese en el interior podría necesitar mi ayuda. Por eso subí. Ni siquiera sabía que vivías allí. Y el caso fue que la necesitabas.

—Pues te agradecería que en lo referente a mis asuntos no pienses, ni aunque escuches las paredes derrumbarse.

—Mira, no sé qué clase de problema tienes ni me interesa averiguarlo. Lo que tengo claro es que estás bien jodido. Pero sea lo que sea lo que te pase no te da derecho a comportarte como un autentico gilipollas —el enfado crispa su voz—. Por mí como si te mueres y encuentran tu cadáver momificado un año después.—Abre la puerta del ascensor que de forma providencial acaba de llegar y se marcha sin más, dejándome clavado en el sitio.

Tardo unos instantes en recuperarme, su explosión me ha pillado por sorpresa. Pulso el botón de llamada y mientras espero a que la cabina regrese a la planta baja escucho un portazo varios pisos más arriba, no me hace falta imaginar quién lo ha dado.

Entro en casa y todavía me parece oír las acusaciones de mi furiosa

vecina dentro de mi cabeza. Lo peor de todo es aceptar que tiene razón. Estoy fuera de control. La lista de pecados parece no tener fin, el último, herir a una buena persona que sin conocerme se prestó a ayudarme. Debo parar. Quizá yo merezca sufrir, pero no puedo permitir que mis fantasmas dañen a los demás.

Siguiendo un impulso voy a la habitación y abro el armario. Mis ojos buscan desesperados. Por un instante me cuesta localizarlas hasta que las veo semi ocultas en un rincón. Allí están, mis viejas zapatillas. Me agacho para cogerlas y las dejo apoyadas en el suelo frente a mí. Hace mucho tiempo que no las uso. El mismo que Teresa ya no está.

Las paredes del piso me asfixian. Noto una presión creciente en el pecho que casi me impide respirar. Tengo que salir. Tardo dos minutos en cambiarme de ropa y calzarme las zapatillas. Me encantaba correr, poner al límite mi cuerpo y mi mente. Sentir que solo yo tenía el control. Necesito recuperarlo. Lo necesito.

Mis pies golpean el pavimento. Me concentro en dar la próxima zancada. Una cada vez. Mi corazón late con fuerza golpeando contra mi caja torácica. Acelero el ritmo. Corro lo más rápido que puedo, sin rumbo fijo, permitiendo a mis piernas que me dirijan. Tratando de dejar atrás mis miedos. Corro hasta que mis músculos se quejan y me duele respirar. Corro hasta que no hay pasado ni presente y el futuro solo significa ser capaz de avanzar un metro más.

# Capítulo 11

## Paula

Una risa cristalina me llega nítida antes de ver el semblante de Alicia aparecer por el hueco de la puerta. Sonríe y le brillan los ojos. Viene hablando por teléfono. Hace un gesto con la mano a modo de saludo y se sienta tras su mesa. Un minuto más tarde termina la llamada y su mirada queda colgada en el vacío.

—No me digas que tienes novio nuevo y yo no me he enterado —mi voz la hace volver del lugar remoto en el que estuviese perdida.

—No digas tonterías. Ya sabes que yo no tengo novios. Eso es para los adolescentes.

—Pues cualquiera diría que habías vuelto a los quince por la cara que traías.

Se ríe a la vez que arruga un folio y me lo tira.

—Era un cliente.

—Si tú lo dices —no me lo creo. Nos conocemos demasiado bien. Claro que si es lo suficientemente importante para mentirme también lo es para dejarla que se tome su tiempo antes de hablar de ello.

Nunca he entendido la relación de mi prima con el sexo opuesto. Padece una extraña fobia a cualquier interacción con un hombre que sobrepase la barrera de un par de ratos de ocio, en todos los sentidos. Sin embargo, tampoco cumple el estereotipo de mujer fatal. Cualquiera diría viendo su historial amoroso, que al contrario de lo que pudiera parecer es bastante escaso, que padece algún tipo de deficiencia que le impide profundizar en las relaciones, pero el pasado demuestra que no es así ya que tuvo novio de los diecisiete a los veinte años. Una relación que ella terminó alegando que ambos habían madurado de manera diferente. La separación fue amistosa y poco traumática. Además es una estupenda amiga que se implica de corazón y lo da todo por las personas a quienes quiere, así que los traumas quedan descartados. Lo que sí que sé es que presionar no le va a ayudar y no lo hago.

—¿Tienes hambre? —pregunto. Echo un vistazo rápido al reloj en la

pantalla del ordenador que me desvela por qué mi estómago no deja de rugir desde hace rato.

—De lobo —gira la silla, mira por la ventana y se vuelve de nuevo hacia mí—. Y vamos a comer fuera. Yo invito —levanta la mano cortando la excusa que todavía no he comenzado, pero que mi cerebro ya tenía dispuesta—. Tengo que vestirme, solo es miércoles, luego hay que trabajar... ¿He acertado con alguna?

Una carcajada escapa de mi boca y Alicia sonrío satisfecha.

—Seguro que era la del día de la semana.

Me río porque está en lo cierto. O al menos así habría reaccionado mi anterior yo y aunque no puedo negar que mi primer impulso todavía ha obedecido a la fuerza de la costumbre, acto seguido a ese pensamiento lo ha sustituido la idea de que es una pena desperdiciar este sol, porque el otoño avanza y el frío no tardará en hacer acto de presencia, y más si lo puedo disfrutar en buena compañía.

Quince minutos después, que es el tiempo que tardo en vestirme con algo más presentable, abandonamos mi edificio. Inspiro y alzo un poco el rostro para recibir la caricia de los rayos del astro rey. Doy gracias a los hados por no haberme hecho nacer en Finlandia, pues creo con firmeza que me habría convertido en un número más de los que engrosan la estadística de depresiones y suicidios, y no, no exagero.

Cruzamos la calle y nos dirigimos a un local situado a escasos metros de mi portal. No he entrado nunca y tengo curiosidad por saber que hay más allá de las cristaleras que se divisan desde los ventanales de mi casa.

Empujo la puerta y una agradable calidez me saluda desde el interior del establecimiento. Es una mezcla elegante entre bar y restaurante, con mesas altas y taburetes y una amplia barra que domina el local. Se podría encuadrar en lo que en los últimos tiempos se denomina gastro-taberna. Su fuerte, según me ha dicho Alicia, es la cuidada carta de tapas de autor que sirven.

El lugar irradia paz y serenidad. A esta hora solo unas pocas personas se reparten por el luminoso espacio. Me gusta. Resulta acogedor. El estilo de la decoración, la música suave, las mesas espaciosas y las cómodas butacas; todo invita a arrellanarse en un rincón y pasar el rato, sin más. El tiempo parece perder su consistencia entre estas cuatro paredes.

Nos detenemos junto a la barra, que en este momento se encuentra vacía, y mi prima se alza sobre las puntas de los pies tratando de atisbar algo tras la

puerta que se encuentra al fondo de la misma. No se ve a nadie, así que camina decidida hacia una de las mesas que no se encuentran ocupadas y yo la sigo. Coloco la chaqueta y el bolso sobre el asiento de una de las sillas y me acomodo en la de al lado desde la que puedo observar todo el salón.

Mientras Alicia toma asiento me dedico a estudiar lo que me rodea, empapándome de la esencia del lugar. Una puerta se abre al fondo y, para mi total desconcierto y mortificación, Aitor la cruza con varias botellas en la mano. Recordar la escena ocurrida dos días atrás hace que me sonroje. Aunque soy consciente de que su conducta no fue precisamente amable mi comportamiento tampoco brilló por su elegancia. No es que me arrepienta, pero quizá pude haber actuado de otra manera.

Atraviesa la sala y accede a la barra por un lateral. Le observo desde el anonimato que me proporciona la distancia. Me parece distinto. Y no solo tiene que ver con la ropa, es la primera vez que le veo vestir tan formal, con una americana entallada y camisa blanca combinando con unos vaqueros oscuros, y he de reconocer que tiene clase. La cosa tiene que ver más bien con su actitud. Unos clientes pasan por su lado en dirección a la salida y se detienen para despedirse. Sus labios se extienden en una sonrisa cortés y despreocupada. Parece más serio, más formal. Pero a la vez carece de esa tensión y melancolía que desprendía en las anteriores ocasiones en las que nos hemos visto. Y entonces ocurre, en solo un segundo. Una chica entra al bar y es como si se transformase en otra persona, allí mismo, delante de mis ojos. Todo el dolor y la pena que un minuto antes quedaban ocultos se reflejan en su expresión y parecen manar del fondo de su alma. Hasta su postura cambia. Dura poco más de un instante, ya que al minuto siguiente le veo hablar con una de las camareras y vuelve a sonreír. Nunca he conocido a nadie con tal capacidad para ocultar sus sentimientos.

Percibo cómo desvía la mirada y parece detenerse un segundo más de lo necesario en nuestra mesa. Abro la carta y la sostengo frente a mí. Trato de concentrarme en el significado de las letras impresas sobre el papel, sin embargo, mis ojos tienen vida propia y no dejan de desviarse para tratar de anticipar su aparición.

Con disimulo miro a mi alrededor, no sé si buscándole o tratando de constatar que no se acerca. Tengo sentimientos contrapuestos respecto a él y todavía no he decidido si me gustan o no. Provoca emociones extrañas en mí que me conmueven e inquietan a la vez.

Cuando, tras diez minutos, veo acercarse a una de las camareras con una libreta en la mano respiro aliviada. La chica toma nota de lo que vamos a comer y se aleja con una sonrisa.

Vuelvo la vista hacia mi acompañante y me encuentro con una mirada de ojos entrecerrados que no presagia nada bueno.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada —digo con tono distraído y consulto el teléfono móvil para enfatizar mi desinterés.

—Ya, por eso te escondes tras la carta.

—Me había parecido ver a alguien.

Mi comentario lejos de desanimarla parece acrecentar su interés.

—Vaya. ¿Y lo conozco? —enarca una ceja y detiene su mirada en mis dedos que no dejan de tamborilear sobre la mesa. Me detengo y escondo las manos, entrelazándolas en mi regazo.

—No lo creo. Es un vecino.

—Y...

—Y nada más.

—Te juro Paula que es la primera vez que eres tan escueta. Tú que normalmente me das un informe que ni el CNI cada vez que conoces a alguien. ¿Es guapo?

Su rostro se aparece en mi mente como por encantamiento y me doy permiso para recordar su pelo, tan denso y moreno que estoy casi segura de como se sentiría su tacto al deslizarlo entre mis dedos; la nariz recta y los labios gruesos, pero en absoluto afeminados, que componen el conjunto perfecto junto a una mandíbula fuerte siempre cubierta, o al menos las veces que yo le he visto, de una barba oscura crecida de varios días; y sus ojos, esos ojos misteriosos que si sabes mirar en ellos muestran nada y todo a la vez. Mierda.

—Sí, supongo que no está mal.

Alicia ladea la cabeza y esboza una sonrisa.

—Vamos que está cañón.

—Yo no he dicho eso.

—Con palabras no —sonríe a la chica que acaba de dejarnos las bebidas sobre la mesa y se sirve un poco de agua—. Pero te estás ruborizando.

—No digas chorradas —le rebato, aunque sé que es cierto, puedo notar el calor en la piel.

—Chorradas o no te has ruborizado. Ay, Paula, impresionada por un desconocido.

Un pitido interrumpe la conversación y suspiro aliviada. Es un mensaje de Víctor. No hemos conseguido vernos desde que ha vuelto de Londres. Me informa de que tiene varias reuniones programadas a lo largo del día y una cena con clientes por lo que me llamará al día siguiente. Se despide con un «te echo de menos».

Termino de leer la última frase y me siento un tanto decepcionada. También le extraño. Me consuela pensar que solo quedan unos pocos días para que llegue el fin de semana y, esta vez sí, estaré con él.

Devuelvo la atención a la mesa y me encuentro a Alicia observándome sin rastro de la diversión anterior.

—¿Pasa algo?

—No, nada. Es Víctor. Tiene que trabajar hasta tarde.

Me mira. Se está conteniendo.

—Dilo.

—Deberías hablar con él.

—No creo que presionarle sea la solución. Bastante tiene ya con su empresa.

—No me refiero a que le exijas nada. Para que una relación funcione las cosas deben darse libremente. —Juega con el dedo a recorrer el borde de su copa—. Pero si creo que debería saber cómo te sientes. Hay veces que la costumbre nos hace que perdamos la perspectiva y tomemos malas decisiones.

—El caso es que no sé si al hacerlo voy a crear un problema de algo que no lo es.

—Nena, para ti ya es algo que está ahí incomodándote. No hablarlo solo puede hacer que empeore.

Lo sopeso. Tiene razón, como siempre que se pone en modo terapeuta.

—No te engañes, Paula. Tú no eres de las que saben dejar las cosas pasar —vuelve a acertar.

Pienso en ello hasta que la comida llega y nos dedicamos a charlar de cosas menos trascendentes. El tiempo pasa volando y cuando queremos darnos cuenta se ha hecho hora de volver al estudio. Recogemos las cosas que tenemos esparcidas por las sillas y nos encaminamos a la salida.

—Paula.

Reconozco mi nombre pronunciado por esa voz profunda y grave. Me



detengo con todo el cuerpo en tensión y al girarme veo a Aitor que se acerca a mí desde el fondo de la barra. Me he olvidado por completo de su presencia y me ha pillado desprevenida. Aguardo a que llegue a mi altura sin saber muy bien que esperar; su expresión no delata sus intenciones.

—¿Tienes un minuto? Me gustaría hablar contigo.

Le miro primero a él y luego a mi prima que nos observa con vivo interés. Se encoge de hombros de manera casi imperceptible y hace un gesto con la mano.

—Nos vemos arriba.

Mis ojos la siguen mientras avanza hasta la puerta y la cruza, dejándome sola. Mantengo la vista clavada unos segundos en la hoja de madera que recorre el camino para volver a su posición original. No puedo retrasarlo más. Inspiro y me giro para enfrentarme a esos ojos insondables.

Aitor me está mirando. Se apoya contra la barra con los brazos cruzados sobre el pecho. Le sostengo la mirada, pero permanezco en silencio. Puedo notar la tensión zumbando a nuestro alrededor. No obstante, no voy a dar mi brazo a torcer. Reconozco que no estuve muy acertada con mis palabras y que quizá, fueron un tanto ofensivas. Vale, dejémonos de eufemismos, le insulté. Pero él tiró la primera piedra, así que es quien debe hablar primero. Se pellizca el labio inferior con los dedos y suelta el aire de un golpe.

—Siento lo del otro día.

La frase es sencilla, pero su expresión transmite tanta sinceridad que me desarma y el enfado y el recelo desaparecen de un plumazo. Que no sea una persona rencorosa también juega a su favor.

—Yo tampoco estaba en mi mejor día y parece que tú has tenido una semana dura. Dejémoslo en tablas.

No sabría decir si mi respuesta resulta la esperada. Volvemos a quedarnos en silencio, parados uno frente al otro. Me aclaro la garganta y desvío la mirada. Me coloco el bolso.

—Bueno, pues si ya está todo aclarado debería irme.

—Te acompaño —me hace un gesto para que me adelante y él me sigue un paso por detrás.

—Ha sido un pacer charlar contigo —digo con ironía. Detecto un leve arqueado en su ceja izquierda —. Que tengas un buen día.

—Seguro —esboza una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos y me abre la puerta—. Hasta la próxima, Paula.

Salgo a la calle. El sol brilla alto en el cielo, a pesar de ello la piel de mis brazos se eriza. Me ajusto la chaqueta y cruzo la calle de vuelta al estudio sin entender qué ha ocurrido allí dentro.

# Capítulo 12

## Paula

Me queda cerca de una hora para arreglarme y todavía tengo mil cosas que hacer. Al fin ha llegado el viernes. Guardo el archivo en el que he estado trabajando y apago el ordenador. He quedado con Víctor. Vendrá a recogerme y saldremos a cenar. Casi como si fuera una cita. Parecerá una tontería después de cuatro años juntos, pero me hace ilusión que hagamos algo como una pareja normal.

Pongo algo de música suave para relajarme y me voy quitando la ropa. Acciono el grifo y regulo la temperatura. Cuando encuentro el agua a mi gusto, entro en la ducha, me coloco bajo el chorro y dejo que destense los músculos agarrotados de mi espalda, consecuencia de pasar muchas horas sentada delante de un ordenador o un bloc de dibujo. Salgo un rato después con la piel sonrosada y cierta sensación de languidez.

Cuando suena el timbre un cosquilleo de anticipación me encoge el estómago. Abro la puerta y Víctor me recorre de arriba abajo con la mirada.

—Estás preciosa.

Me rio y giro coqueta sobre mi misma antes de que me atrape por la cintura y me bese. Disfruto unos segundos del contacto de sus labios cálidos sobre los míos.

—¿Vamos? —todavía me retiene contra su cuerpo—. Me apetece presumir de novia.

Asiento y voy a por el bolso y el abrigo. Cuando paso delante de él para salir al descansillo me inclino y le beso en la mejilla.

—Tú también estás guapo.

Lo bueno de vivir en una zona céntrica es que puedes prescindir del coche para moverte. La noche no resulta muy fría y decidimos ir paseando. Caminamos con las manos entrelazadas hasta un restaurante italiano que se encuentra a un par de calles de distancia de mi casa.

El lugar resulta ser bastante romántico. La mayoría de las mesas son redondas y las han adornado con pequeños faroles de cristal. Nos sentamos en

una situada en un rincón que goza de cierta intimidad y una camarera se acerca para entregarnos las cartas. Antes de retirarse le dedica una sonrisa a Víctor. El gesto no me pasa desapercibido y ocurre en ese momento que una idea que hasta entonces ni se me había pasado por la cabeza comienza a tomar forma. Intento concentrarme en decidir qué plato voy a pedir, pero un solo pensamiento se repite cada vez con más fuerza, hasta que se convierte en un zumbido que no deja espacio para nada más.

—Víctor ¿tú piensas en otras mujeres?

—¿Perdona? —levanta la vista de la carta y me mira atónito.

Doblo y desdoblo la servilleta en un gesto mecánico. Le miro a los ojos y me explico.

—Sí, vamos, que si en todo este tiempo que llevamos juntos te has sentido atraído por otra persona.

Cierra la carta, la apoya sobre la mesa y me examina con atención.

—¿Y ahora a qué viene eso?

Me humedezco los labios y me armo de valor para formular la pregunta que en realidad quiero hacer. Porque nunca se me ha ocurrido pensar que Víctor pudiera serme infiel, pero ahora que voy juntando los detalles me parece que sería la explicación más lógica a nuestro distanciamiento.

—Pues viene a que ya no hablamos y apenas nos vemos. A que no me tocas. ¿Sabes cuántos meses han pasado desde la última vez que hicimos el amor? Y claro, si no lo buscas en casa...

—Paula, para. Echa el freno. No te estoy engañando.

La frase detiene el discurso que ya tengo preparado en la cabeza. Siento como el alivio va calando poco a poco en mi interior.

—Y entonces, ¿qué es lo que nos está pasando? —digo en apenas un susurro.

Víctor esboza una pequeña sonrisa, pero en vez de tranquilizarme noto cómo las lágrimas se me agolpan en los ojos.

—Han sido demasiados cambios. Tenemos que adaptarnos y puede que nos lleve un tiempo —alarga el brazo y con su mano cubre la mía que se ha quedado inerte sobre el mantel—. Somos tú y yo, lo resolveremos.

Asiento con un nudo en la garganta, porque a pesar de que sus palabras suponen un voto de confianza para nuestra relación, en el fondo de mi corazón lo que deseaba oír era que me quiere más que a nada en el mundo y que no hay nada mal entre nosotros.

—¿Quieres que pidamos? —me acaricia el dorso de la mano con ternura y yo sonrío y asiento tratando de dejar la aflicción a un lado. Por ahora tendré que conformarme con la sinceridad. Las grandes declaraciones de amor pertenecen al mundo de la fantasía.

Salimos del restaurante y Víctor pasa un brazo por encima de mis hombros. Me acurruco contra él buscando el calor de su cuerpo y disfrutando del contacto. Caminamos en silencio cada uno sumido en sus pensamientos. A pesar de que la cena no ha empezado con muy buen pie, al final, hemos conseguido reconducirla. Tras el mal rato del principio lo hemos pasado bien, me ha hecho recordar los viejos tiempos, aunque, también he podido darme cuenta de los diferentes que somos de esos dos chicos que empezaron.

Recuerdo que solíamos ir a un pub irlandés que había en mi viejo barrio y tomábamos un par de cervezas, mientras nos rompíamos la cabeza tratando de buscar temas de conversación, debía resultar hasta cómico. Nos sentíamos torpes e inseguros, tanto era así que hasta me planteé que Víctor no fuera la persona adecuada para mí.

Después de un par de semanas viéndonos, lo tenía casi decidido. Esperé a que terminase la noche y me acompañase a mi portal y justo cuando iba a decirle que era mejor dejar las cosas así me besó. Y, para mi sorpresa, me gustó el beso. Fue tierno y cálido y pensé que no me importaría que me besasen así durante el resto de mi vida. Sonrío saboreando las sensaciones que ha evocado el recuerdo.

Entramos en casa con las manos entrelazadas. Víctor tira de mí y vamos directos a la habitación. Nos detenemos en el centro del cuarto. Me rodea la cintura con sus manos y yo apoyo las mías sobre su pecho. Nos miramos y sonreímos.

Nos besamos despacio, suave. Sus labios acarician los míos. Sabe a vino y a él y resulta extraño y familiar a la vez. Como cuando vuelves a casa tras pasar mucho tiempo fuera. Hemos perdido la complicidad fruto de la intimidad compartida a fuerza de no usarla. No obstante, nos reconozco en la forma en la que nuestras bocas encajan y en la memoria de mi piel que da la bienvenida a las caricias añoradas.

Tenemos toda la noche para reencontrarnos y poco a poco redescubrirnos. Me aparto unos centímetros y le acaricio el pelo.

—Deja que me quite el maquillaje.

Asiento y me vuelve a besar antes de dejarme ir.

Entro en el cuarto de baño y avanzo hasta quedar frente al espejo. Despacio, me deshago de la ropa que me cubre de cintura para arriba y oculta al resto del mundo que yo ya no soy yo. Algo ha cambiado, y no solo a nivel físico, de alguna manera sigo siendo la misma Paula, pero a la vez soy una persona distinta. Una contradicción en sí misma.

Observo la imagen que el espejo me devuelve. Despacio—todavía me resulta una sensación extraña—, palpo la piel ligeramente abultada y de un tono sensiblemente distinto que me recorre el torso en vertical, marcando la línea del esternón. No sé si me acostumbraré alguna vez a verla ahí, no obstante, siempre resultará un recordatorio de la fragilidad de la existencia, a la vez que de su valía.

Me lavo los dientes, retiro el maquillaje con un disco de algodón y me paso el cepillo por el pelo que baila suelto y ondulado por mi espalda. Acomodo la ropa interior que he comprado de forma expresa para esta noche y regreso a la habitación.

La luz anaranjada de la lámpara de la mesilla de noche crea claroscuros sobre el cuerpo acostado de Víctor. Me acerco hasta la cama y me tiendo a su lado. Me giro hacia él y cuando me inclino para besarle descubro que se ha dormido. Sus parpados reposan mostrando la curvatura de sus pestañas y su pecho sube y baja con suavidad.

No me lo puedo creer. Me tumbo bocarriba y dejo que mi mirada se pierda entre las sombras. La decepción reaparece y corta como una hoja afilada mi confianza.

Me levanto y me pongo el pijama sin hacer ruido para no despertarle. Luego vuelvo a la cama. Paso un brazo por encima de su cintura y apoyo la cabeza sobre su hombro, sin embargo, termino separándome; la falta de costumbre me impide encontrar una postura que me sea cómoda. Me coloco en posición fetal dándole la espalda y trato de dormir.

Paso casi toda la noche en vela. Cuando ya no aguanto más salgo de la cama, me visto con ropa deportiva y tras escribir un breve nota a Víctor, que sigue durmiendo, salgo de casa.

# Capítulo 13

## Aitor

Hace rato que ha amanecido. Lo sé porque he estado observando cómo la luz que se filtra a través de las cortinas ha ido ganando en intensidad hasta desterrar por completo las sombras que cubrían la habitación.

Las sábanas me molestan y mi cuerpo me pide que abandone la cama. Es curiosa la manera en que salir a correr se ha vuelto a convertir en una parte indispensable del día. Me ayuda a mantenerme centrado y libera una parte de la rabia y la tensión que me acosan.

Me levanto dejando a un lado la pereza, me doy una ducha y en diez minutos salgo de casa. No me gusta correr por el centro de la ciudad, aunque siendo temprano un sábado por la mañana las calles no presentan el mismo ajetreo de los días de diario, no obstante, espero a encontrarme fuera del asfalto para dar las primeras zancadas.

Con el transcurso de los días he aprendido a utilizar este tiempo para pensar en todo lo ocurrido en los últimos meses y tratar de reconciliarme con mi realidad. Si soy sincero la mayoría de las veces no lo consigo, pero al menos me mantiene más calmado y me disuade de perderme por las calles buscando consuelo en lugares equivocados.

Mis zancadas son regulares. Me concentro en no perder el ritmo de la respiración. Casi he terminado el recorrido que suelo hacer y giro por una de las sendas para enfilarse un paseo más amplio que lleva hasta la salida, entonces la veo. Se encuentra a unos veinte metros sentada en el suelo.

Si no fuera porque no creo en deidades ni destinos, ya no, pensaría que forma parte de un retorcido plan diseñado para mí por un ser superior. Voy desacelerando y cuando llego a su lado me detengo.

Me mira y al reconocermela sus mejillas adquieren un ligero tono rosado. Hago caso omiso de su reacción y me agacho para ponerme a su altura.

—Buenos días ¿Estás bien?

—Hola. Sí, no es nada. No he debido calentarlo lo suficiente y me ha dado un tirón —se sujeta el gemelo.

—¿Puedes andar?

—Más o menos.

La rodeo con uno de mis brazos para que pueda incorporarse y caminamos hasta la zona de hierba que bordea el sendero.

—Túmbate.

Me mira dudosa unos segundos, pero, al final, asiente y se recuesta. Me acerco y con toda la delicadeza de la que soy capaz le flexiono la rodilla y la elevo llevándola hasta mi pecho. Me inclino y ejerzo una pequeña presión. Espero treinta segundos y repito el movimiento. Luego cambio de pierna. Paula me observa en todo momento sin despegar los labios.

Termino con un pequeño masaje y con suavidad coloco su pierna extendida sobre la hierba.

—¿Mejor?

Se incorpora para sentarse y se palpa el gemelo con las dos manos.

—Sí, muchas gracias. Eres bueno, ¿dónde aprendiste?

Retazos de recuerdos de otra época vienen a mi mente. La risa de Teresa mientras mis manos se deslizaban desde sus piernas hacia la curvatura de sus caderas sin poder evitarlo. Sus brazos extendidos reclamándome.

—Corro desde antes de que se convirtiera en una moda.

Le ofrezco mi mano para que se ponga en pie. Se levanta y pisa un tanto insegura al principio. Cuando comprueba que la pierna responde una enorme sonrisa le ilumina la cara. El gesto me atrapa y mis ojos se quedan prendidos al movimiento de sus labios. Mi reacción me desconcierta y tengo que obligarme a desviar la mirada.

—No creo que sea buena idea que fuerces ese músculo en unos días.

Baja la vista y unas pequeñas arrugas se dibujan en su frente.

—Sí, es probable que tengas razón. Será mejor que vuelva a casa —me mira inquisitiva.

Comenzamos a andar uno junto al otro. Recorremos unos cuantos metros en silencio. Según nos vamos acercando a las calles más céntricas su expresión va cambiando por una de felicidad absoluta.

—Me encanta esta ciudad —sus ojos brillan de placer mientras contemplan las fachadas de los edificios—. Me recuerda que, a pesar de los problemas, hay muchas cosas hermosas por las que merece la pena levantarse con una sonrisa cada día.

Desprende tal positivismo y ganas de vivir que por un momento siento



envidia.

—¿Hace mucho que vives aquí? Me refiero al barrio.

—Unos años.

Caminamos otro trecho antes de que rompa el silencio.

—Tú no hablas mucho, ¿verdad?

Ladea la cabeza y su rostro muestra tal expresión de frustración que por un momento tengo que contener una sonrisa.

—La conversación está sobrevalorada.

—Lo dices de broma. —Me observa con franco interés—. Y si no te comunicas ¿cómo vas a permitir a los demás que te conozcan?

Lo cierto es que no tengo ningún interés en mostrar nada de mí, pero no se lo digo. Me limito a seguirle el juego, me resulta divertido ver con que vehemencia defiende su postura.

—Hay cosas que definen mejor que las palabras. —El escepticismo se refleja en sus ojos verdes—. Por ejemplo, tú: seguro que eres la hermana pequeña y que tu trabajo consiste en algo creativo.

Su boca dibuja un gesto de sorpresa, pero, acto seguido, su mirada se vuelve recelosa.

—¿No te dedicarás a espiarme?

Lo dice con tal convicción que casi consigue hacerme reír y ya es la segunda vez. En los últimos tiempos la risa no abunda en mi vida.

—¿Crees que doy el perfil?

—Déjame ver —extiende los dedos y comienza enumerar—. Solitario, mal genio y claramente antisocial. Sí, podríamos decir que encajas en el perfil.

—Vale. Eres extrovertida y disfrutas con el arte —le explico lo que ha motivado mis anteriores conclusiones—. Y veo que no te he causado una muy buena primera impresión.

—Reconozcamos que no has sido muy amable, pero ¿sabes? Lo bueno de las primeras impresiones es eso precisamente, que son las iniciales y por ello mismo pueden cambiarse —se detiene y señala hacia su espalda—. Bueno, ya hemos llegado.

Nos encontramos delante de nuestro edificio y ni siquiera he sido consciente de que nos acercábamos. Me paso la mano por la nuca y luego la miro a los ojos.

—Te mereces una disculpa por cómo te traté el otro día.

Su sonrisa se ensancha.

—Ya me la diste. No te preocupes, hoy he descubierto que después de todo sí que tienes alma —asegura enigmática a la vez que coloca su dedo índice sobre mi corazón—. Hasta la próxima, Aitor.

Se gira y entra en el edificio. Y yo me quedo allí parado, como un idiota, observando su coleta bailar hasta desaparecer.

Cuando consigo reaccionar sigo sus pasos. Mientras subo los cuatro pisos que me separan de mi casa la certeza de que en este pequeño paseo algo ha cobrado vida entre nosotros va tomando fuerza. No sé de qué manera, Paula, consigue traspasar la armadura que me envuelve y aísla del mundo real, pero tengo claro que ha provocado una pequeña fisura por la que puedo vislumbrar algo de luz. Una punzada de culpabilidad me atraviesa el pecho. Por un momento me he dejado llevar y he olvidado quién soy. Soy el marido de otra persona. Lo único que me queda son mis recuerdos y si los dejo ir temo que me perderé para siempre.

# Capítulo 14

## Paula

Entro en el portal y me alejo de Aitor con un extraño burbujeo de felicidad bullendo en mi estómago. He salido de casa preocupada y abatida, pensando que un poco de ejercicio me ayudaría a aclarar las ideas, sin embargo, durante el escaso tiempo que hemos pasado juntos me he olvidado de los problemas. Problemas que ahora vuelven a materializarse a medida que me acerco a casa de nuevo.

El olor a café y tostadas recién hechos me recibe nada más cruzar la puerta. Dejo las llaves en el recibidor y siguiendo el aroma me dirijo a la cocina. Víctor me da la espalda concentrado en exprimir unas naranjas. Todavía lleva el pijama y tiene los pies descalzos. Ha puesto la mesa para el desayuno y encima de mi plato descansa una flor que ha hecho con papel. Me acerco y acaricio la delicada figura.

Una punzada de culpabilidad me atraviesa.

Me siento estúpida y desleal. Una egoísta inmadura que ante el menor atisbo de problemas escapa, en vez de luchar por lo que tiene en casa. Por un novio cariñoso y fiel, que ha estado a mi lado dándome apoyo en los peores momentos.

—Ya has vuelto —alzo la vista y me encuentro con la dulce sonrisa de Víctor—. Seguro que tienes hambre. —Se acerca y besa mis labios con suavidad.

Tengo un nudo en la garganta y no me salen las palabras. Voy hasta el grifo y me sirvo un vaso de agua tratando de ganar tiempo para serenarme. No soy consciente de que Víctor se ha acercado y se encuentra detrás de mí y cuando me doy la vuelta chocamos y el agua se desborda mojando su camiseta y la mía.

—Mierda. Lo siento —doy un paso adelante para quitarme la camiseta antes de que la humedad la traspase del todo y al pisar el agua derramada resbalo dando un traspies, por suerte dos rápidas manos me agarran antes de que pueda caer.

—¿Estás bien?

—Sí, menos mal que me has cogido.

Mi pecho está pegado a su torso, mientras uno de sus brazos rodea mi cintura y su otra mano me sujeta por el antebrazo. Nos miramos a los ojos.

—Vamos, torpe —dice con cariño entrelazando sus dedos con los míos y dando un paso atrás, pero cuando trato de seguirle la suela de mis zapatillas patina de nuevo y terminamos los dos tendidos en el suelo.

—¿Te has hecho daño?

Víctor me da la espalda y no se mueve. Me arrodillo a su lado y me inclino alarmada.

—Cariño, dime algo —entonces se gira hacia mí y puedo ver las lágrimas resbalando por sus mejillas justo antes de escuchar la primera carcajada.

—Serás idiota —le golpeo en el brazo, pero cuando el alivio desplaza a los nervios me uno a él.

Reímos abrazados hasta que nos duele el estómago y cuando las carcajadas se van agotando las sustituimos por besos. Me acaricia el cuello con los labios y baja hacia los pechos, se detiene un instante y rodea la cicatriz. Sus besos me hablan de cariño, de deseo, son como llegar al hogar. Y entre beso y beso nos vamos deshaciendo de la ropa y ni siquiera se nos pasa por la cabeza levantarnos del suelo e irnos a la cama, porque lo único que importa es la necesidad de encontrarnos piel con piel. Y da lo mismo que nos sintamos torpes y que no sea el mejor sexo de nuestra vida, porque tenemos el resto de lo que nos queda de ella para volver a construir esa intimidad que antes compartíamos. Porque el estar entre sus brazos me recuerda cómo hemos sido y lo que podemos conseguir. Que Víctor es mi faro en la tormenta, el puerto seguro al que siempre quiero volver.

Me levanto a la mañana siguiente con motivos más que suficientes para dejar mis dudas de lado. Una nueva complicidad flota entre nosotros, tanto es así que me ha costado un triunfo abandonar el refugio que nos proporcionaba mi casa para acudir a la comida familiar. He tratado de convencer a Víctor usando todas mis armas de mujer, pero no ha querido ni oír hablar de ello alegando que no puede despreciar así a mis padres.

No obstante, ahora me alegro de haberle hecho caso. Alicia también ha

venido y el hecho en sí mismo no me sorprende, ya que muchos domingos nos acompaña, sin embargo, esta mañana la noto más callada de lo habitual.

Aprovecho que mi madre ha desaparecido en la cocina y los hombres de la casa andan enfrascados en alguna discusión deportiva para tener una charla de chicas.

—Hola —saludo bajito y me siento a su lado en el banco adosado al mirador.

Es uno de mis sitios favoritos de la casa. De pequeña pasaba allí horas mirando el jardín a través de los cristales y dejando que mi imaginación volase sobre el bloc de dibujo. Hoy algunas nubes grises ocultan el azul del cielo y la estampa de los arboles que comienzan a desnudar sus ramas confiere una cierta melancolía a la atmosfera. La misma que detecto en los ojos de mi prima cuando me mira.

—Hola —esboza una leve sonrisa.

—¿Qué haces aquí tan sola? —observo su melena castaña que le cae en suaves ondas sobre los hombros.

Alicia es preciosa. De todas las maneras y con cualquier cosa que se ponga. Siempre resulta perfecta y encantadora. No es muy alta, sin embargo, sus curvas son suaves y están situadas en los lugares justos. Y a pesar de todo ello, lo que en realidad le confiere su mayor atractivo es su enorme confianza en sí misma y su vibrante personalidad, de la que hoy no hace gala.

—¿Sabes? Me encanta el otoño. Es época de cambios, de dejar atrás lo innecesario para dar espacio a lo nuevo que vendrá —sus ojos se pierden en el exterior.

La observo tratando de adivinar qué es lo que le pasa por la cabeza. Alicia suele ser vivaz e incluso irónica. No recuerdo haberla visto nunca triste, ni siquiera cuando rompió con su novio.

—A mí me parece una estación muy romántica. De dar paseos abrazados y puestas de sol de colores imposibles.

—Claro, porque tú eres una enamorada del concepto del amor y además siempre ves el lado bueno de los demás.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que algún día te romperán el corazón —su tono suena apenado y hace que me pregunte si en realidad se refiere a mí.

La estudio en silencio mientras su mirada vaga por el jardín. La expresión en mi rostro debe alertarla de lo extraño de su comportamiento,

porque me mira y puedo notar su turbación, pero antes de que articule una palabra la voz de mi madre nos interrumpe anunciando que la comida está en la mesa.

La languidez desaparece sustituida por una sonrisa, mientras Alicia se levanta y se sacude unas arrugas imaginarias de la falta del vestido.

—Me muero de hambre. ¿Vamos? —su voz contiene una leve suplica.

Acepto con un suspiro y le devuelvo la sonrisa.

—Claro.

Nos sentamos y pronto la charla y el ruido lo envuelven todo en su cálido desorden haciéndonos regresar a la normalidad. No obstante, antes de marcharnos, me acerco a mi prima.

—Te apetece una maratón de Poldark. Víctor tiene trabajo, así que me tienes para ti sola todo lo que queda de tarde.

Levanta la vista de la pantalla del teléfono móvil y acto seguido lo guarda en el bolso.

—Estoy cansada, mejor lo dejamos para otro día—me besa en la mejilla y tras despedirse del resto de la familia se marcha, dejándome con la sensación de que algo se me escapa.

—Ya hemos llegado.

La voz de Víctor me trae de vuelta. Miro por la ventanilla y puedo distinguir la silueta de mi edificio.

—Vaya, no me he dado ni cuenta.

—Sí, ya lo he notado—su mano se apoya en mi muslo.

—¿Quieres subir?

—Hoy no puedo.

—¿Seguro? —enlazo los brazos alrededor de su cuello y me acerco.

—Del todo —se ríe y me besa.

—¿De verdad de la buena?

—Aja —me da varios besos rápidos y uno más largo al final—. Mañana hablamos.

Rozo sus labios una última vez y salgo del coche. Agito la mano mientras arranca y se incorpora a la calzada.

Un movimiento en la acera de enfrente llama mi atención, tres personas charlan en la puerta del TTeam. Tardo solo un segundo en distinguir a Aitor.

No sé si me ha visto y no voy a esperar a averiguarlo. Me doy la vuelta y desaparezco dentro del edificio como alma que lleva el diablo.

# Capítulo 15

## Aitor

Acabamos de cerrar cuando un coche se detiene en doble fila frente a mi portal. No lo reconozco, pero a través de la ventanilla puedo distinguir al conductor; es un chico de mi edad o incluso algo más joven. Pasan unos minutos sin que salga nadie del vehículo. Le veo inclinarse y asumo que debe de tratarse de una parejita que se está despidiendo. Un instante después la puerta del copiloto se abre y baja una chica. Bingo. Se queda allí parada agitando la mano hasta que el coche desaparece. Cuando se gira y puedo ver su rostro algo similar al vértigo explota en mi estómago. No podría decir si me ha reconocido, porque al segundo siguiente ya ha desaparecido tragada por la oscuridad del portal.

Me despido de Nadia y Toni hasta el martes y pongo rumbo a casa. Subo en el ascensor. El día ha sido agotador. Quiero llegar cuanto antes, darme una ducha, cambiarme de ropa y a ser posible olvidarme por un rato del mundo y hasta de mí mismo.

Entro por la puerta y tiro de cualquier manera la chaqueta y las llaves sobre la mesa del salón. Voy directo a la cocina y abro la nevera, estoy a punto de tocar la botella de cerveza cuando cambio de opinión y cojo un refresco. Ya sé cómo termina ese cuento y el final no es feliz.

Me dejo caer sobre el sofá y de dos patadas me quito los zapatos, que quedan abandonados de cualquier manera a mis pies. Abro la lata, doy un largo trago y apoyo la cabeza contra el respaldo con los ojos cerrados.

Lo que tiene la memoria es que a veces te juega malas pasadas y hoy ha sido uno de esos días. Me he quedado clavado en el sitio con el tacto de seda de su pelo cosquilleando en los dedos y el rugido de la sangre corriendo a toda velocidad atronando en los oídos. No podía apartar los ojos. La melena negra suelta, la cintura estrecha que mis labios tantas veces dibujaron. Hasta que se ha girado y no he encontrado el rostro que tanto amo. Me pregunto si alguna vez dejará de ocurrir que mis ojos y mi corazón la busquen en cada figura, cada gesto familiar. Aunque prefiero eso a los días en los que de pronto



me doy cuenta de que no he pensado en ella y siento que la pierdo de nuevo.

Inspiro con fuerza y coloco el antebrazo sobre mis párpados cerrados. Cojo aire de nuevo. Un olor extraño flota en el ambiente. Huele a quemado. Huele mucho a quemado. Me levanto y recorro la casa, habitación por habitación. Cuando me cercioro de que el olor no proviene de dentro de mi piso, me calzo los zapatos y salgo al rellano.

Según voy bajando la escalera el matiz acre se acentúa. El tufo me lleva hasta el tercero A y pienso que el karma tiene un sentido del humor un tanto irónico. No dudo y pulso el timbre. Ya que estoy aquí, al menos, me aseguraré de que mi vecina no ha provocado ninguna catástrofe. Hasta ahora, de las veces que nos hemos visto, dos al menos, la he tenido que rescatar del suelo o de terminar cayendo en él.

Escucho un quejido seguido de una palabrota que desentona tanto en su voz dulce que me hace sonreír. La sorpresa se le dibuja en la cara cuando abre la puerta y me ve. Lleva la mano derecha envuelta en un paño húmedo que sujeta con la izquierda.

—Hola. No sabía si debía llamar a los bomberos y he preferido asegurarme. Ya sabes, son bastante quisquillosos con las falsas alarmas y todo eso.

Coloca los labios en una especie de puchero adorable y sopla hacia arriba para apartar un mechón que escapa del moño desordenado que lleva sujeto en lo alto de la cabeza.

—¿Tanto huele?

—Hum, sí.

Arruga la nariz y se muerde el labio inferior.

—Iba a ver una película y no sé que he hecho al poner las palomitas en el microondas que han quedado carbonizadas —se sujeta la mano herida contra el pecho.

—¿Puedo? —hago un gesto con la cabeza señalando el improvisado vendaje.

Me mira y baja la vista. Después asiente.

Con cuidado desenvuelvo el paño y le sujeto la palma abierta mirando hacia arriba. La piel enrojecida rodea una zona más abultada en la que se está formando una ampolla.

—¿Tienes botiquín?

—Algo de agua oxigenada y tiritas en la cocina. También tengo una crema

antiinflamatoria que puede que valga —camina hacia el interior y la sigo.

Sorteamos los trozos de cristal mezclados con el maíz ennegrecido que salpican el suelo. Paula se sienta en una banqueta alta y me señala uno de los armarios.

Abro una ventana para que se disipe el olor. Luego me dirijo a donde me ha indicado. Lo abro y encuentro una cantidad tal de medicamentos que serviría para abastecer a todo el edificio. Investigo entre las cajas hasta que doy con lo que busco y vuelvo a su lado.

—Parece que esto de que me rescates se está convirtiendo en una costumbre.

Me acomodo en una banqueta su lado y le coloco la mano extendida sobre la estrecha barra de desayuno.

—Te debía una. Tú fuiste mi enfermera primero —le limpio bien la quemadura con una gasa húmeda y soplo para que se seque.

—Bueno, pues ahora te la debo yo a ti —ladea la cabeza observando mis movimientos—. Si no recuerdo mal es la segunda vez que me salvas.

Al parecer no soy el único que lleva la cuenta.

—En realidad ya me la pagaste, solo que no la acepté —comienzo a extender la crema antiinflamatoria con todo el cuidado del que soy capaz. La veo fruncir el ceño. Sus mejillas se colorean y escondo una sonrisa.

—Ya está —doy una última vuelta a la venda y la fijo con esparadrapo para que no se mueva.

Levanta la mano y la examina complacida.

—¿Estás seguro de que no has sido enfermero o algo parecido antes de dedicarte a la restauración? Porque se te da de miedo.

—Tengo una buena amiga auxiliar, si te vale —recojo lo que he utilizado y me levanto. Tiro las gasas y coloco el resto en su lugar—. En realidad soy arquitecto, pero tengo dos hermanas pequeñas de armas tomar, mellizas para más datos, que se pasaban la vida llenas de heridas. ¿Dónde tienes el cepillo de barrer? —extiende el brazo señalando un rincón.

—¿Y cómo termina un arquitecto montando un restaurante?

—Alguien me aconsejó que siguiera mis sueños. —No le digo que ese alguien fue mi mujer ni que ahora ya no me quedan fuerzas para soñar.

—Entonces, ¿no te gustaba la arquitectura?, porque no es una carrera fácil para estudiarla por entretenerse.

—Sí y no. —Me doy cuenta de que, con toda probabilidad, está es la

conversación más larga que he mantenido en mucho tiempo, aun así continuo, me siento cómodo, casi normal. Con ella no soy el hombre que perdió a su mujer. Solo soy yo, aunque no sepa muy bien qué significa eso—. Me gusta dibujar, crear de la nada y ver cómo mis diseños se convierten en algo útil y a la vez estético. Es un tipo de arte. Sin embargo, no soportaba las expectativas. Mi padre también es arquitecto, ha diseñado algunos de los edificios más emblemáticos de este país. No quería tener que seguir siempre su estela. Quiero que lo que haga signifique algo por sí mismo y no por de dónde venga —o al menos antes era así.

Tiro a la basura los restos de cristal y palomitas y llevo el cepillo a su sitio.

—¿Quieres ver una película?

Me doy la vuelta muy despacio y la miro. Se encoge de hombros.

—Preferiría verla acompañada, es de terror.

—¿Te da miedo?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué la ves?

Se ríe y los ojos se le iluminan al hacerlo.

—No lo sé. Es como una adicción, me convengo que no voy a volver a poner una, pero termino haciéndolo, no puedo resistir la tentación. Al principio, me digo que solo voy a ver cómo empieza y si me da mucho miedo la quito, pero cuanto peor lo paso más me engancha y al final me las trago enteras. Lo peor es que luego me da miedo levantarme por la noche a hacer pis, si no fuera por eso no me importaría ser adicta.

Arqueo las cejas.

—¿Te quedas? —pregunta clavándome la mirada.

Me paso los nudillos por la piel áspera de la mandíbula y niego con la cabeza.

—Por qué no. —Y mientras nos trasladamos al salón me doy cuenta de que por una vez prefiero estar con otra persona que perderme en soledad.

Nos acomodamos cada uno en un sofá. Paula se tumba en el de tres plazas y yo me siento en el otro más pequeño. Al principio me noto un tanto tenso, la situación me resulta extraña, sin embargo, a medida que va transcurriendo la película empiezo a pasarlo bien. Al parecer, mi vecina disfruta comentando las escenas y verla es todo un espectáculo.

—No bajas. No bajas. Al sótano no. ¿No ves que se ha ido la luz? ¿Te lo

puedes creer? —se gira hacia mí y señala el televisor—. ¿Es que esta chica es tonta? ¿No sabe que en una peli de terror nunca debes bajar al sótano? —se vuelve hacia la pantalla de nuevo y continúa advirtiéndole a la protagonista sin esperar ninguna colaboración por mi parte.

Me relajo contra los cojines. Afuera ya ha caído la noche hace rato, pero no tengo prisa por marcharme. Mientras observo las expresiones que se van dibujando en su rostro me doy cuenta de que es la primera vez desde hace mucho tiempo en que la tristeza no ha hecho su aparición junto con las sombras nocturnas y, sin ninguna lógica, se me ocurre que la luz que desprende Paula no las ha dejado pasar.

# Capítulo 16

## Paula

Me despierto en el sofá en medio de la noche muerta de frío. La televisión sigue encendida y muestra el menú principal de Netflix. La manta ha debido resbalar hasta el suelo en algún momento privándome de su calor. Me estiro para desentumecer el cuello y me giro con pereza para recogerla. Me sorprende comprobar que tengo compañía y al parecer no soy la única a la que ha vencido el sueño.

Aitor duerme en el sofá de al lado. Su postura no parece muy cómoda, ya que se encuentra medio sentado, medio tumbado, sin embargo, su rostro se ve relajado, sin rastro de tensión. Estudio la línea obstinada de su mentón, la curva de los labios, sus pestañas, tan oscuras y tupidas que se me ocurre que debe ser pecado que las tenga un hombre cuando una mujer podría sacarles más partido. Sus rasgos son casi demasiado duros, demasiado masculinos, pero aun así he de reconocer que resulta muy atractivo, incluso más cuando está despierto, por la intensidad que desprende su mirada. Y ha sido esa misma mirada la que me ha llevado a invitarle a quedarse a ver la película conmigo.

Cuando he abierto la puerta no me ha pasado desapercibido el peso de dolor en sus profundidades, sin embargo, a medida que hablábamos parte de la tensión que normalmente le acompaña se ha ido suavizando y no me he podido resistir. Si algo tan sencillo como pasar un rato viendo la televisión en compañía ayuda a este hombre roto no voy a ser yo la que no le ofrezca un poco de consuelo.

Me incorporo, debería despertarlo. Dudo. Mis ojos resbalan por su rostro. Parece casi en paz. Me pongo en pie y con cuidado dejo caer la manta sobre su cuerpo. Le observo durante un instante y luego me marchó a mi habitación.

Abro los ojos con una sonrisa pintada en los labios. No recuerdo que he soñado, pero la sensación de bienestar todavía persiste. Disfruto unos segundos de la languidez que ocupa mis músculos tras una noche de sueño

reparador antes de salir de debajo del edredón y levantarme.

Camino descalza por el pasillo, todavía adormilada, cuando una voz masculina me hace dar un respingo.

—Buenos días.

Me giro para encontrarme con Aitor de pie en el vano de la puerta del salón. Las huellas del sueño reciente son patentes en su pelo revuelto y sus ojos ligeramente hinchados. Por un momento he olvidado que le dejé dormido en el sillón.

Esboza una sonrisa incómoda y se pasa los dedos por el pelo alborotándose todavía más.

—Siento haberme quedado dormido.

La situación es un tanto extraña y no sé muy bien cómo reaccionar. Al final, opto por quitarle importancia.

—No pasa nada. No quise despertarte, dormías muy profundo.

Dobla el brazo y se frota la nuca provocando que la camiseta se le suba dejando al descubierto una buena porción de su abdomen y el comienzo de su ropa interior.

Desvío la vista y me concentro en los dibujos que forman las placas de la tarima.

—Puede que tengas dolor de cuello el resto del día, ese sofá no es demasiado cómodo.

Sonríe, creo que es la primera vez que me muestra una sonrisa de verdad. Sus ojos cobran vida y me quedo embobada mirándole.

—La verdad es que me encuentro bien. Hacía mucho tiempo que no dormía una noche completa del tirón.

Apenas nos separan dos metros. El silencio nos envuelve. Su expresión me resulta indescifrable. Me muerdo los labios y me muevo inquieta. Los nervios oprimen mi vejiga ya de por sí repleta como consecuencia de la noche de sueño.

—Bueno, creo que debería marcharme. Gracias por la cama improvisada.

—No hay de qué.

Ninguno de los dos nos movemos. El timbre del portero automático rompe la singular atmósfera que se ha creado y nos devuelve a ambos a la realidad.

—Debe ser mi prima.

Asiente y guarda las manos en los bolsillos.

—Sí, yo ya me iba —se aparta para dejarme pasar y me sigue hasta el recibidor.

—Ya sabes, si necesitas que alguien revise tu armario y bajo la cama solo tienes que avisar.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Sonrío, le abro la puerta y espero a que salga.

—Nos vemos, Paula.

—Sí, nos vemos. Cuando quieras—y lo digo de verdad, porque creo que no le vendría nada mal una amiga y porque me gustaría poder ayudarle.

Me hace un gesto con la mano y en dos zancadas ha desaparecido escaleras arriba. Todavía tengo la vista fija en los escalones cuando el ascensor se detiene y Alicia sale de él.

Me basta una sola mirada para saber que algo le ocurre. Lleva la larga melena rubia recogida en una coleta baja y, en vez de los tacones kilométricos y los vestidos que le gusta usar para trabajar, calza unas sencillas bailarinas y unos pantalones negros de estilo *jogging*. Ni siquiera me pregunta que hago en el descansillo con la puerta abierta, solo pasa por mi lado y va hasta el sofá, donde se sienta sin quitarse el abrigo o soltar el bolso.

—Me he vuelto a dejar las llaves en casa —se recuesta y cierra los ojos.

Aparto los cojines y me siento a su lado. No tiene buen color de cara y unas sombras violáceas se dibujan bajo sus ojos azules. Poso la palma abierta en su frente para comprobar si tiene fiebre.

—¿Te encuentras bien?

Lleva la cabeza de un lado a otro.

—He debido de comer algo en mal estado. Tengo el estómago revuelto y antes de salir de casa he vomitado dos veces.

—Trae anda —le quito el bolso de la mano y la ayudo a deshacerse del abrigo—. Tumbate un rato. Te voy a preparar un té.

Me dedica una mirada agradecida y se deja caer sobre los cojines. La estudio unos segundos, preocupada. Alicia tiene muchas virtudes; es fuerte, sincera y divertida, pero también cabezota, cínica y muy celosa de su vida privada y esto último hay veces que me vuelve loca.

Después de llevarle la infusión y dejarla acostada en el sofá tapada con una manta desaparezo en el estudio.

Cerca de una hora después el rostro de mi prima asoma por la puerta, ha recuperado parte del color, pero sigue pareciendo enferma.

—¿Te encuentras mejor?

—No sé, parece que haya una tribu africana bailando la danza de la lluvia dentro de mi estómago.

Sonrío por lo gráfico de la expresión.

—¿Por qué no te marchas a casa? Seguro que lo que tengas en la agenda puede esperar a mañana.

Se muerde los labios y me mira con resignación.

—Sí, creo que va a ser lo mejor —cruza la sala hasta llegar a mi altura y me besa en la mejilla—. Mañana nos vemos.

—Vale, cuídate.

La observo caminar hacia la puerta con paso cansado y siento un estallido de cariño en el pecho.

—Ali, si me necesitas llámame. Da igual la hora que sea.

Gira la cabeza, asiente con una pequeña sonrisa y me sopla un beso antes de abandonar el estudio.

Paso el resto de la mañana sola. Tras la llamada de rigor de mi madre y un par de mensajes que cruzo con mi hermano me concentro en mis diseños. Las últimas semanas he estado un tanto dispersa y llevo las tareas algo atrasadas.

A las dos recibo un mensaje de Víctor. Me dice que viene de camino. Lo leo dos veces para estar segura de que lo he entendido bien.

Cuando llama a la puerta un rato después trae una bandeja enorme de sushi y la bolsa con el ordenador portátil colgada del hombro.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

—Hola a ti también —se acerca y me besa en los labios—. ¿Preferirías que no hubiera venido?

—Claro que no, tonto. Es solo que me sorprende, con lo liado que estás.

—He salido a una reunión y no me apetecía volver a la oficina. Se me ha ocurrido que podíamos comer juntos y luego podría trabajar un rato desde aquí —da una palmada en la funda del ordenador y deja la comida sobre la encimera de la cocina.

—Me parece genial —sonrío con una pequeña sensación de euforia flotando en la boca del estómago y enlazo los brazos alrededor de su cuello para besarle—. Más que genial, perfecto.

Preparo una ensalada con brotes de espinacas y frutos secos y nos sentamos a comer en la mesa pequeña del salón, yo me coloco en el suelo y



Víctor en el sofá. No encendemos la televisión y mientras damos buena cuenta del sushi nos dedicamos a hablar de las pequeñas cosas del día a día, esas que muchas veces nos parecen insignificantes, pero que su falta debilita los cimientos de la complicidad y la confianza.

—He pensado que un poco más adelante podríamos irnos unos días de viaje.

Detengo los palillos en el aire y le miro atónita. Creo que incluso he debido de quedarme con la boca abierta.

—Hay unos cuantos sitios que tienen buena pinta. Los he guardado en el ordenador por si luego te apetecía echarles un vistazo. —Ante mi silencio, levanta la vista del plato y me mira—. ¿Te parece bien?

Casi no le dejo ni terminar la frase, me abalanzo sobre él y caemos los dos sobre el sofá mientras me lo como a besos. Víctor pronuncia mi nombre entre carcajadas y, al final, consigo apartarme dejándole un poco de espacio para respirar.

—Lo dejaremos en que es un sí —dice con rastros de risa en la voz.

—Sí. ¡Sí, sí, sí! —termino gritando y pataleando como una niña pequeña—. Quiero verlos.

—¿Ahora?

—Sí —le pongo ojitos y junto las manos en súplica cual estampita del ángel de la guarda.

Niega con una sonrisa mientras coge un *maki* de su plato.

—Vale. Tengo una carpeta en el escritorio.

Me levanto de un salto, voy hasta la mesa del comedor y saco el ordenador de su bolsa. Me tiemblan las manos por la euforia y el corazón late a toda velocidad. Abro el portátil y tecleo la clave que Víctor me indica, impaciente por averiguar los destinos que ha elegido. En una esquina del escritorio veo una carpeta con el nombre «viaje» y pincho para abrirla.

Selecciono el primer archivo y aparecen varias fotografías del exterior de un edificio. Bajo por la página y lo siguiente que veo son imágenes de lo que parece el interior de una vivienda. Paso a un segundo documento y encuentro algo muy similar y también en el tercero. Sin duda me he debido de equivocar de carpeta. Estoy a punto de preguntarle a Víctor cuando mis ojos se detienen en el nombre del último archivo. Hago doble clic con el ratón y en el centro de la pantalla aparece una copia de un correo electrónico. A medida que voy leyendo el contenido una sensación de náusea se asienta en mi

estómago. Tiene que tratarse de algún malentendido. Cierro los ojos con fuerza como si al abrirlos las palabras pudieran haber cambiado a otras que no fuesen cuchillas atravesando mi corazón.

Víctor apoya la palma de su mano sobre mi hombro y siento como si cien mil voltios me atravesasen abrasándome por dentro.

—¿Has visto algo que te guste?

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Percibo la duda en su agarre que se tensa para luego relajarse otra vez.

—Buscaba el momento adecuado.

Tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que me aprieta la garganta.

—No creo que haya ninguno bueno para decirle a tu novia que has aceptado una oferta de trabajo para dirigir un proyecto de dos años en Londres.

—No lo entiendes —lo dice tranquilo como si mi reacción fuese el resultado esperado para uno de sus cálculos matemáticos—. Es una gran oportunidad, no puedo rechazarla —rodea la silla y se acucilla junto a mí. Nuestros rostros quedan a la misma altura. Miro en sus ojos y trato de encontrar un atisbo de lo que hemos compartido durante estos años.

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿Qué es lo que quieres que haga? Joder, Víctor, ni siquiera me has consultado antes de tomar la decisión. —La poca calma que he conseguido reunir se va esfumando y las últimas palabras casi se las grito.

—No lo sé. Tu vida está aquí. Tienes tu familia, tu trabajo y además has de seguir con las revisiones. No puedo pedirte que sacrifiques todo eso por mí.

—¿No puedes o no quieres?

Un silencio incómodo nos envuelve.

—¿Tú me quieres, Víctor?

—Pues claro que te quiero.

—No me refiero al cariño que sientes por un amigo o por un primo. Me refiero a amor, en mayúsculas. A que tu mejor momento del día sea el que estamos juntos. A que añores el calor de mi cuerpo si no despertamos en la misma cama y que quieras pasar el resto de tu vida conmigo porque no concibes no hacerlo.

Me mira y antes de que pronuncie la primera palabra sé que lo que va a decir me va a hacer daño.

—Hay días que me cuesta distinguirlo.

—Entonces ¿por qué seguimos juntos?

—Ya te he dicho que te quiero, nunca te hubiera dejado pasar sola por todo aquello.

El nudo en mi garganta se aprieta hasta casi no dejarme respirar.

—No necesito ser tu obra de caridad.

—No tergiverses mis palabras, Paula.

Me pongo en pie y cruzo los brazos sobre el pecho para disimular el temblor que los sacude.

—Parece que no queda mucho más que hablar. Al parecer hace tiempo que dejamos de ser una pareja y yo no me he dado cuenta.

—Eso no es cierto. No todo es blanco o negro.

—Puede, pero si estando enamorados casi no sobrevivimos al año que pasaste en Múnich no quiero levantarme todas las mañanas de los próximos dos años pensando si hoy será el día en el que finalmente te des cuenta de que ya no me quieres. Por mi parte puedes marcharte tranquilo sin nada que te ate a mí.

—¿Me estás diciendo que quieres que lo dejemos?

Mi decisión le ha cogido por sorpresa, casi tanto como a mí. He hablado siguiendo un impulso, pero aun así me doy cuenta de que no puedo aceptar otra cosa. No quiero medias tintas, ni contigo ni sin ti.

—Eso creo.

—No es necesario que tomemos decisiones precipitadas. Veamos cómo nos va los primeros meses.

Todavía me duelen sus anteriores palabras y no sé si es por eso por lo que me parece que lo dice sin demasiada convicción, quizá porque no era lo que tenía en sus esquemas.

—Víctor, no lo hagas más difícil. Ya está todo dicho. Ahora es mejor que te vayas —se me quiebra la voz y tengo que desviar la mirada, aunque puedo sentir sus ojos sobre mí. Unos segundos después le escucho suspirar y sus pasos al alejarse. Antes de salir de la habitación se detiene.

—Me marcho dentro de un mes. Hablaremos antes. Quizá entonces veamos las cosas con más claridad.

No me giro hasta que escucho la puerta cerrarse. Permanezco de pie unos segundos mirando a la nada.

El silencio que invade la habitación resulta opresivo. Un ligero temblor

me sacude el cuerpo provocado por la subida de adrenalina y tengo que sentarme. Me acurruco en el sillón y me abrazo las piernas contra el pecho.

Las lágrimas comienzan a caer, silenciosas al principio y, a medida que el llanto se vuelve más violento, un quejido sordo las acompaña. No entiendo lo que ha pasado. En un segundo la vida que creía tener organizada, de nuevo, ha dado un giro de trescientos sesenta grados dejándome confusa, dolida y desilusionada. Parece como si una ola me hubiese arrollado haciéndome perder pie. La apariencia de normalidad y fortaleza que he querido crear durante los últimos meses se ha derrumbado y me siento frágil, sin saber a qué puedo aferrarme en este mundo en el que nada es perdurable, empezando por la propia vida.

# Capítulo 17

## Aitor

—¿Qué miras con tanto interés ahí parado?

Me giro para encontrarme con Sebastián que acaba de entrar por la puerta y se pasa las manos por el pelo húmedo de lluvia.

—Observaba la calle.

Se quita la cazadora que apoya sobre la barra y se cuela en su interior donde se dirige a la máquina de café.

—Hace un día de perros. Parece que el otoño por fin quiere dejarse notar.

Asiento y devuelvo la vista al exterior, al aguacero que desdibuja los contornos de la ciudad. Como si tuvieran vida propia mis ojos se posan de nuevo en los ventanales del balcón de la tercera planta del edificio de enfrente. Han pasado unos días desde que nos despedimos en la puerta de su casa y no hemos vuelto a coincidir. A decir verdad, un silencio inusual parece haber invadido su piso. Si no supiera que Paula acaba de mudarse, pensaría que se ha quedado de nuevo vacío.

—¿Quieres un café?

—Ya he tomado, gracias—aregañadientes me despego de la cristalera y camino hasta sentarme en una banqueta frente a mi socio.

Es temprano y estamos solos, todavía faltan unas horas hasta que el restaurante abra. Una vez al mes solemos reunirnos para repasar las cuentas y comentar cómo va el negocio, aunque en realidad sé que estas reuniones son una de las excusas que utiliza Sebastián para que pasemos algo de tiempo juntos y así sacarme de mi auto impuesto aislamiento.

Permanecemos en silencio mientras se sirve el azúcar en el café y lo remueve. Parece abstraído, más serio de lo normal, y no puedo evitar preguntar.

—¿Va todo bien?

—¿Eh?—levanta la cabeza y me mira—.Sí, claro—saca la cucharilla de la taza y la apoya en el plato—. En realidad, no. ¿Te importaría cubrirme hoy?

Sebastián y yo nos turnamos para pasar unas horas todos los días en el TTeam, lo hacemos más por un motivo comercial, a los clientes les gusta vernos, que porque sea necesario, ya que el equipo que tenemos contratado se ha ganado hace tiempo nuestra absoluta confianza.

—Ya sabes que no. ¿Problemas en el paraíso?

—Hace un par de días que no me coge el teléfono. Estoy preocupado. Puede que haya presionado demasiado —aparta la taza y apoya los antebrazos sobre la barra.

—Por mí estate tranquilo, tómate el tiempo que necesites.

Asiente y veo la determinación en sus ojos, esa pobre chica no lo va a tener nada fácil si lo que quiere es deshacerse de mi amigo.

Charlamos durante media hora más, está vez de temas empresariales y luego Sebastián se marcha dejándome solo en el restaurante. No tengo nada que hacer allí, por lo que decido subir a casa. Puedo revisar las facturas para hacer tiempo hasta la hora de las comidas y aprovechar para cambiarme.

Apago las luces y echo el cierre bajo la protección que me proporciona el alero del edificio. La tormenta se ha convertido en una fina llovizna que se pega a mi piel y mi ropa cuando abandono mi refugio para cruzar la calle. Con el mismo impulso que traigo del exterior enfilo la escalera. El ascensor en estos edificios antiguos es estrecho y lento y no tengo ganas de esperar a que baje.

Cuando llego al tercer piso, me detengo. Miro la puerta bajo la letra A y estoy tentado de pulsar el timbre. No me da tiempo a decidirme a favor o en contra, porque la puerta se abre en ese momento y del interior sale un hombre vestido con ropa de trabajo.

Tras él aparece Paula. Lleva puestos unos *leggings* y una sudadera enorme para su tamaño y por la expresión de su cara parece agotada. El hombre le estrecha la mano, que parece engullirla con su enorme palma y acto seguido desaparece escaleras abajo.

Cuando su campo de visión queda libre nuestros ojos se encuentran. Los suyos parecen enormes y me doy cuenta de que resaltan en contraste con la palidez de su piel. Me acerco.

—Hola.

—Estás mojado.

—No es nada, cuatro gotas.

—Te ofrecería una toalla, pero las tengo todas ocupadas —hace una

mueca y señala el interior del piso.

Me asomo y veo un reguero de toallas extendidas por el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha roto la caldera y ha inundado media casa durante la noche. Tienen que pedir la pieza y hasta después del fin de semana no creen que puedan arreglarlo —se pasa la mano por la frente y se presiona la sien.

—¿Y qué vas a hacer?

Sus ojos se encharcan y aprieta los labios.

—¿Tienes dónde quedarte?

Toma aire y emite un leve gemido a la vez que dos gruesas lágrimas se desbordan y surcan sus mejillas.

—Vale, vamos. Coge algo de ropa. Hoy te quedas en casa.

La giro y con suavidad la empujo hacia el interior.

—No. Yo, no...

—Mañana cuando estés más tranquila ya decidirás lo que quieres hacer. —Mi tono no admite réplica, aun así niega con la cabeza y trata de hablar—. Por favor, déjame ayudarte.

Me mira unos segundos con las pupilas brillantes por las lágrimas no derramadas y suspira derrotada.

Espero en el salón mientras recoge lo necesario para pasar la noche fuera y luego la escolto escaleras arriba.

Entramos en mi casa y la guío hasta la habitación anexa a la mía.

—Puedes dejar aquí tus cosas.

Asiente, aferrada a su bolsa como si fuese lo único que la mantuviese a flote. Puedo notar su incomodidad, que no es menor que la mía. He actuado sin pensar. Por un momento la he mirado y solo he visto a alguien tan perdido como yo lo estoy. He querido aliviarla, ayudarla, ser el protector y no el protegido. Ahora viéndola aquí parada me pregunto si he hecho lo correcto.

—Gracias. Es muy bonita.

Sigo su mirada mientras recorre la habitación. Sí que lo es. Teresa la decoró para que mis hermanas pudieran venir a visitarnos. Desde que ella no está nadie la ha ocupado.

—Te dejaré que coloques tus cosas. Te espero en la cocina. Haré café.

—¿Puede ser descafeinado? —me mira, pero esquivo mis ojos.

—Claro —me quedo parado un segundo en la puerta y luego me alejo dándole un poco de intimidad.

Mientras preparo el café trato de no darle demasiadas vueltas al hecho de que haya invitado a una mujer, que es casi una extraña, a pasar la noche en mi casa. Quitando a mi familia o Sebastián no he permitido que nadie entrase en el que fue nuestro hogar. El lugar que conserva los recuerdos de cuando éramos dos partes de un mismo todo.

Coloco el azucarero y las tazas sobre la mesa y al darme la vuelta la veo parada en el vano de la puerta.

—¿Lo tomas con leche?

—Sí, si no es molestia.

Se acerca estirándose los puños de la sudadera y se sienta frente a la mesa. Trae los pies descalzos, solo cubiertos por unos gruesos calcetines de lana llenos de corazones de colores. Me parece tan pequeña y delicada que tengo que reprimir las ganas de envolverla entre mis brazos hasta que desaparezca ese velo gris que oculta el brillo que siempre desprende.

—Siento el número de hace un momento.

Le sirvo la leche y tomo asiento frente a ella.

—No suelo llorar a menudo, pero he tenido una semana horrible y lo de la caldera ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—No tienes porque disculparte. Todos lloramos. —Aunque yo ya no lo hago, he perdido esa capacidad. La pena ha quedado sepultada bajo capas de incomprensión y rabia.

Una lágrima solitaria rueda por su mejilla y se apresura a secarla con el dorso de la mano.

—Perdona. No sé qué es lo que me pasa. Se me hace todo muy raro. Hasta hace algo más de un año mi vida era fácil, incluso predecible. Y ahora..., ahora no sé porque me pongo a darte el tostón con mis problemas cuando salta a la vista que tienes los tuyos propios—abre mucho los ojos cuando se da cuenta de lo que ha dicho—. Perdona otra vez, ya te digo que hoy no es mi día.

—Mis problemas ya los tengo muy vistos, ¿por qué no me cuentas los tuyos?

Juguetea con los puños de la sudadera, al final, inspira y fija la vista en algún punto perdido de la habitación.

—Yo creía que las cosas iban mejor con Víctor.

Recuerdo al chico con el que se besaba en el coche y me imagino que se refiere a él.



—Víctor es tu novio.

—Lo era. Hasta hace tres días. Se va dos años a trabajar a Londres.

—Hay relaciones que funcionan a pesar de la distancia. Es complicado, pero no imposible.

—El problema no tiene solo que ver con los trecientos mil kilómetros que nos separarían. Ha tomado la decisión de forma unilateral, se va dentro de tres semanas y yo ni siquiera lo sabía.

Apoya el dedo índice en el asa de la taza y empuja muy despacio, girándola sin perderla de vista.

—El primer día estaba furiosa. Luego sentí una especie de liberación. Las cosas llevaban tiempo que no iban bien del todo y pensé que la distancia quizá nos ayudaría a aclararnos. Los dos hemos cambiado y no sé si nuestras aspiraciones y objetivos siguen caminando de la mano. De hecho, yo todavía trato de definir los míos. Estuve muy enferma, me trasplantaron un corazón y ahora trato de decidir qué es lo que quiero de la vida.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Quiero atesorar los pequeños detalles, para que puedan venir siempre conmigo. Quiero sentirme querida y querer hasta volverme loca. Y quiero ser feliz. El tipo de felicidad que no depende de lo que poseas sino de quien eres. ¿Fácil, no?—hace una pausa y da un pequeño trago—. Pero esta mañana cuando me he levantado y he visto el agua avanzando por el pasillo mi primera intención ha sido coger el teléfono y llamar a Víctor para contárselo. Y entonces me he dado cuenta de que cada cosa importante en mi vida adulta la he compartido con él. Y que de ahora en adelante ya no va a estar a mi lado. Y ese pensamiento me ha puesto muy triste. Me siento perdida y sobrepasada, porque he comprendido que mi vida ya nunca va a ser igual, pase lo que pase con Víctor, mi enfermedad lo cambió todo y eso me asusta.

—Míralo de esta manera. Ahora que no tienes nada seguro todo se vuelve posible.

Sus ojos me estudian un instante y luego esboza una pequeña sonrisa. El movimiento de sus labios atrapa mi atención y mis comisuras se elevan.

—Posible. Me gusta esa palabra.

Nos quedamos callados, cierta sensación de intimidad flota en el ambiente y siento la necesidad de escapar, de romper la complicidad que, sin buscarla, se crea entre nosotros con tanta facilidad.

—Tengo que ir a trabajar. Estás en tu casa —me levanto, recojo mi taza y

la coloco dentro del lavavajillas. Esa pequeña distancia que nos separa me devuelve algo de tranquilidad—. Hay un juego de llaves en la bandeja del recibidor. Yo no regresaré hasta dentro de unas horas. Puedes coger lo que te apetezca de la nevera. ¿Tienes móvil?

Introduce la mano en el bolsillo y me muestra un Smartphone. Me acerco, lo cojo y tecleo con rapidez bajo su atenta mirada.

—Este es mi número, si necesitas algo no dudes en llamarme.

Dejo el teléfono encima de la mesa y me doy media vuelta.

—Aitor.

Me detengo y vuelvo la cabeza.

—Gracias por todo.

Asiento y desaparezco por el pasillo rumbo a mi habitación. Entro y cierro la puerta detrás de mí. Me siento a los pies de la cama con los antebrazos apoyados sobre los muslos y apoyo la frente sobre mis dedos entrelazados. Su pena ha hecho que por un instante quisiera olvidar la mía propia y ser fuerte para ella. Me ha parecido tan correcto, tan adecuado sonreír para que ella sonría que lo he hecho sin dudar. Lo peor de todo: saber que si me quedo aquí conseguirá que por unas horas me sienta mejor y ese es un lujo que no me puedo permitir.

# Capítulo 18

## Paula

Escucho el chasquido de la puerta al cerrarse y me inclino apoyando la frente contra la fría superficie de madera lacada. Llevo un rato preguntándome por qué he aceptado el ofrecimiento de Aitor y la única conclusión a la que he conseguido llegar ha sido que se me antojó como la opción menos mala. Me pareció más atrayente que presentarme en casa de mis padres para darles un nuevo motivo de disgusto y preocupación y tener que sufrir las miradas angustiadas de mi madre. Mejor que someterme al tercer grado de Alicia acerca de mi ruptura con Víctor, ya que, incluso enferma, resulta más aterradora que la Gestapo. Y mucho mejor que ocupar el sofá de Jaime, porque además de antiguo e incómodo, mi hermano tiene una tendencia un tanto obsesiva a planificar y de lo último que quiero hablar ahora es de mi futuro.

No obstante, he de reconocer que mi vecino sabe escuchar y la pequeña charla que hemos mantenido ha logrado serenarme. Me termino el café que se ha quedado casi frío e imitando a mi anfitrión coloco la taza sucia junto a la suya en el lavavajillas. Me froto las palmas de las manos contra la suave tela de algodón de mis *leggings* y miro a mi alrededor. Me siento como una intrusa.

Dudo sobre qué he de hacer, desde luego no me puedo quedar de pie en medio de la cocina el resto del día, así que opto por realizar una pequeña inspección a la casa. No es que sea muy correcto, pero quien no haya dado rienda suelta alguna vez al *voyeur* que vive en su interior que levante la mano.

Camino hacia el salón y me detengo en la entrada. Observo los muebles, las estanterías llenas de libros, los cuadros que cuelgan de las paredes. No me cabe duda de que la mano de una mujer ha tenido mucho que ver con todo ello. El toque femenino se advierte en los pequeños detalles. Me llama la atención no ver ninguna fotografía.

Recuerdo a la chica que aparecía junto a Aitor en aquella imagen solitaria que encontré la primera noche que estuve en este mismo piso. Me pregunto qué habrá sido de ella. Los puedo imaginar juntos abrazados en el

sofá o cocinando entre risas en la cocina. Besándose contra este mismo marco en el que me apoyo. Haciendo gala de la felicidad y el amor que sus expresiones revelaban en la fotografía. Ese pensamiento me hace sentir extraña.

Recorro el pasillo y casi con miedo empujo la puerta del dormitorio principal. Me sorprende lo vacío que parece. Resulta tan impersonal que podría pasar por una habitación de hotel y a la vez desprende un aire decadente que un hotel nunca tendría, porque aquí la falta de todos esos objetos que narran las vivencias de sus propietarios nos habla de ausencia con tal contundencia que casi puedes sentir como se filtra bajo tu piel. Pienso en cómo sería Aitor antes de que le atrapase la oscuridad. Me cuesta reconciliar al hombre herido con el que abrazaba a su chica con el corazón visible en los ojos.

Voy a cerrar la puerta cuando me llama la atención un cuaderno de gruesas tapas de cartón que reposa solitario en la esquina de la mesilla de noche. Tiene el mismo aspecto que los cuadernos de dibujo que suelo usar para mis bocetos. Aitor me contó que era arquitecto, quizá su interior oculte algunos de sus diseños. Siento el cosquilleo de la impaciencia en las yemas de los dedos y, al final, cedo a la tentación.

Avanzo hacia el interior del dormitorio y me siento sobre la cama. Casi con reverencia, tomo el cuaderno y lo sitúo sobre mis piernas. Lo abro por la mitad y descubro una caligrafía masculina y elegante.

*Hoy casi te rozo. Sería la intensidad de los recuerdos, pero juraría que he sentido el tacto de tu piel suave bajo las palmas de mis manos. Tus caderas, las curvas y valles de ese cuerpo que he adorado tantas veces.*

*Tú, yo y una historia de amor de las que aparecen solo una vez en la vida, decíamos. He cerrado los ojos para escapar contigo, lejos, y al abrirlos te habías ido de nuevo. No he podido retenerte.*

*No lo estoy haciendo bien aferrándome. Soy consciente. Y sé que no lo aprobarías. Otro error, pero no estás aquí para guiarme.*

*El tiempo pasa muy despacio. Y cada mañana pienso que solo tengo que aguantar otro día, otra semana. No soy capaz de más.*

*Te extraño. Te quiero. Siempre.*

*Aitor*

Vuelvo hacia atrás y me detengo en una de las páginas del principio.

*Hoy me han dicho que tenía que despedirme, que había llegado el momento. He mirado a mi madre, que trataba de contener las lágrimas, sin entender bien a qué se refería. ¿Despedirme de ti? No es posible decirle adiós a una parte del alma. Luego lo he comprendido, tu cuerpo seguía aquí, pero tú ya no estabas, o al menos es lo que nos han dicho los médicos.*

*Han salido de la habitación dejándonos a solas. Te he mirado tumbada en la blanca cama de hospital, con el cabello suelto, extendido sobre la almohada y los tubos entrando y saliendo de tu cuerpo y todo me ha parecido ajeno a nosotros. Tú y yo, que somos vida, pasión, fuerza. Somos indestructibles.*

*El mundo se concentraba en el punto en el que nuestros dedos se han entrelazado y no he logrado saber si habían pasado minutos u horas cuando he escuchado la puerta abrirse de nuevo.*

*Esta vez era mi padre, me ha dicho que tenía que salir. No podían esperar más. He dejado un beso en tus nudillos y otro en tus labios cuando me he levantado y le he permitido que me guiase hasta la cafetería. Mientras estábamos allí solo podía pensar en volver a tu lado, cuando se lo he dicho he visto cómo su expresión se quebraba. He insistido. Sé que me ha hablado, pero no he conseguido comprender nada de lo que me ha dicho. Me he levantado y su mano se ha posado en mi antebrazo. He negado y resignado me ha dejado marchar, pero cuando he llegado a la habitación no estabas. Era solo un cuarto vacío de hospital con una cama desnuda. No quedaba nada de ti allí, como si hubieran descartado tu existencia junto con las sábanas sucias. Y ha sido en ese momento cuando me he dado cuenta de que no vas a volver, no vas a estar esperándome nunca más cuando regrese a buscarte. Y he querido gritar, hasta quedarme sin voz. Tú que prometiste que siempre me querrías y cuidarías me has dejado solo. Te necesito y no puedo despedirme de ti, porque eso significaría que jamás volveremos a encontrarnos. Y no es posible que dos partes de un mismo todo permanezcan separadas para la eternidad.*

*Te extraño. Te quiero. Siempre.*

*Aitor*

Termino de leer la última línea y cierro el cuaderno. Apoyo las palmas

sobre la tapa. Mis ojos no son capaces de apartar la vista del cartón negro. Inspiro hasta que el aire llega al último rincón de mis pulmones y con manos temblorosas lo coloco en el mismo lugar en el que estaba. Me levanto despacio, estiro el edredón y abandono la habitación. Un zumbido ensordecedor ha comenzado a sonar dentro de mi cabeza. Voy directa a mi bolsa, recojo las llaves de mi piso, me calzo unas deportivas y abandono la casa.

Abro la puerta ignorando el caos de toallas húmedas, el frío y el olor a humedad y me dirijo a mi cuarto. Me descalzo y sin quitarme la ropa me meto en la cama. Me coloco de lado, con las piernas dobladas y las manos bajo la almohada. Las lágrimas no tardan en llegar. Permito que caigan libres mojando la almohada. La congoja me duele en el pecho y me encojo sobre mí misma. Lloro por Aitor y por lo que ha perdido, por su sufrimiento y su falta de esperanza. Pero también por todas las cosas terribles e injustas que ocurren sin ninguna explicación. Y sobre todo lloro por mí, por mi pasado, por mi futuro, incierto a todos los niveles. Dejo salir las lágrimas de miedo y angustia que llevo meses conteniendo por pensar que la valentía consiste en no dejar ver tus temores cuando lo cierto es que no hay más valiente que el que es capaz de mostrarlos sin coraza, pues expone una parte del corazón. Lloro hasta que no me quedan más lágrimas y luego caigo dormida en un profundo sueño.

Despierto unas horas después con los ojos hinchados. Aún me siento triste, pero la naturaleza de esa tristeza ha cambiado. El llanto ha sido catártico de alguna manera y se ha llevado con él las inseguridades y las frustraciones. Puede que muchos de los sucesos que ocurran en mi vida no dependan de mí, pero sí está en mi mano cómo afrontarlos. Ser valiente no supone no sentir miedo, sino ser capaz de continuar a pesar de ello. Al fin y al cabo si lo siento es porque estoy viva.

Salgo de la cama con energías renovadas. El desastre en que se ha convertido mi casa me da la bienvenida en cuanto pongo un pie fuera de la habitación. Suspiro y me digo que no pasa nada, solo supone un pequeño contratiempo de fácil arreglo. Me remango y voy en busca de un barreño. Recojo las toallas mojadas esparcidas por el suelo y las meto en la lavadora. Después paso la fregona para terminar de eliminar el agua restante. Me lleva un buen rato dejarlo todo recogido, pero cuando acabo me siento mucho mejor. Puede que siga sin calefacción ni agua caliente y que haya que pintar alguna que otra pared, pero vuelve a parecerse a un hogar.

El vello de mis brazos se eriza y me abrazo el cuerpo. Empiezo a notar frío y eso me recuerda que no puedo pasar aquí la noche. Abro la nevera, cojo varios paquetes y me armo de valor para regresar a casa de Aitor. Ahora que conozco la fuente de su tristeza no puedo evitar sentirme apegada a él. Al fin y al cabo, los dos tenemos una estrecha relación con la muerte. No obstante, me siento un tanto culpable por haber hurgado en sus pensamientos más íntimos sin permiso. Se me ocurre que prepararle la cena supondrá una secreta compensación.

Me paro frente a los armarios con los brazos en jarras y comienzo a abrir puertas y cajones en busca de los utensilios que voy a necesitar. Durante un rato me concentro en picar, saltear, sazonar y aliñar. Sonrío satisfecha al contemplar el resultado y tras dejar todo preparado y la mesa puesta decido que me he ganado una ducha.

Cojo el neceser, una toalla de mi bolsa y me dirijo al cuarto de baño. Dejo que el agua caliente caiga sobre mi cuerpo aflojando la tensión y poco a poco me voy relajando. Me enjabono el cuerpo, me lavo el pelo a conciencia y cuando salgo me siento mucho mejor.

Mi mente se encuentra en blanco por primera vez en muchos días y disfruto del ritual post ducha. Envuelvo una toalla alrededor de mi cuerpo y me cepillo el cabello con suavidad, desenredando los largos mechones. Cuando acabo, saco el bote de crema hidratante y la extiendo con lentitud hasta el último centímetro de mi piel. En el momento que termino de cerrar el neceser soy consciente de que he cometido un pequeño error de cálculo: he olvidado coger la ropa limpia.

Me miro en el espejo y me reprendo por mi mala cabeza. La habitación se encuentra al otro lado del pasillo; no es tan grave. La casa está vacía, excepto por mí, y solo tengo que cruzar un par de metros vestida con una toalla. Hago una mueca y me encojo de hombros. Envuelvo en un pequeño paquete la ropa que me he quitado y el neceser, los abrazo contra mi pecho, abro la puerta y salgo al pasillo. No he dado ni dos pasos cuando alzo la cabeza y me encuentro a Aitor. Su expresión me resulta indescifrable. Sus ojos se mueven desde mi rostro y se deslizan por mi cuerpo semidesnudo, haciendo que me recorra un escalofrío. Cuando vuelve a mirarme un destello de furia brilla en sus pupilas oscuras.

# Capítulo 19

## Aitor

La mañana ha resultado eterna. No ha habido demasiado movimiento en el restaurante; la lluvia y el frío no constituyen los mejores reclamos para que la gente se anime a salir del resguardo de sus casas. A eso se ha unido el hecho de que mi pensamiento volara una y otra vez a mi improvisada inquilina. He tenido que apelar más de una vez a mi fuerza de voluntad para no volver corriendo a su lado. La soledad puede ser una mala compañera para la tristeza y me rompe el alma recordar la pena inundando sus ojos. A la vez, me pone furioso que sea capaz de colarse en mi cabeza a cada instante.

Termina el turno de comidas y decido quedarme un rato más. Repaso los pedidos, reviso los especiales de la carta para el fin de semana y vagabundeo de un lado a otro del local. Un par de horas después Nadia y Toni comienzan a mirarme raro y sé que no puedo retrasarlo más; ha llegado el momento de volver a casa.

Cojo mi abrigo y me despido de los chicos que me observan con preocupación mal disimulada. Cruzo de una carrera la calle y busco la protección del portal. Me sacudo las gotas de lluvia y pulso el botón de llamada del ascensor. Necesito el tiempo que me proporcionará el trayecto para hacerme a la idea de que Paula estará allí.

Un olor delicioso me envuelve nada más entrar por la puerta. Confuso cuelgo el abrigo de cualquier manera en el perchero de la entrada y me dirijo a la cocina. La imagen que descubro me deja clavado al suelo. Ha preparado la cena y puesto la mesa. Los aromas se entremezclan y la estancia desprende una calidez que había olvidado. Desprende sensación de hogar. Aprieto los puños. Me cuesta que el aire llegue a mis pulmones. El dolor me corta por dentro. Nadie le ha dado permiso para que irrumpa en mi vida.

Me giro dispuesto a dar rienda suelta a la rabia que me sube como bilis por la garganta. Avanzo por el pasillo cuando la puerta del cuarto de baño se abre y Paula sale solo envuelta en una toalla que apenas le cubre hasta la mitad de los muslos. La melena suelta, húmeda y brillante descansa sobre sus



hombros y tiene la piel de las mejillas sonrosada. Dejo que mis ojos se deslicen por su cuerpo. Es preciosa y la quiero castigar por ello. Por recordarme de una forma tan vívida que yo tuve una mujer preciosa en mi vida.

Se detiene al verme.

—Eh... Hola.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —pregunto en un siseo.

Me mira confundida con los ojos muy abiertos y aprieta contra el pecho el ovillo de tela que sujeta entre sus brazos como si pudiera protegerla.

—Perdona yo..., olvidé mi ropa en la habitación.

—¿Con qué derecho te atreves a interferir en mi vida? Déjame que te explique algo: no quiero que cocines para mí, no quiero que pongas la mesa para dos, no quiero que juegues a las putas casitas conmigo —la última frase sale como un rugido.

Nuestras miradas colisionan y puedo ver que mis palabras la han herido. Una débil alarma silba en el caos de furia y dolor que se agita en mi interior. Debo parar antes de perder del todo el control. Me doy la vuelta sin decir una palabra más, cojo el abrigo, las llaves y salgo del piso. Bajo la escalera casi corriendo, la adrenalina me sacude en oleadas y me tiemblan las manos. Según giro en el último descansillo estrello el puño contra el muro. El eco del impacto sube desde los nudillos hasta el hombro. Me apoyo con las palmas abiertas y la respiración agitada contra la misma pared que acabo de golpear y cierro los ojos. La imagen de Teresa se abre paso desde mis recuerdos: «Te quiero, Aitor, por tu ternura, tu honestidad y tu humanidad». Su cabeza apoyada sobre mi pecho y los ojos rebosantes de amor. Ahora no me siento merecedor de ese amor. Me paso las manos por el pelo y me concentro en respirar. Necesito pensar.

Salgo a la calle. La ciudad huele diferente tras la lluvia que parece haber decidido dar una tregua. Camino con el abrigo abrochado hasta el cuello y los hombros encorvados. Con cada paso la culpa me golpea más fuerte. La presencia de Paula a mi alrededor ha abierto una puerta a las emociones que me he esforzado mucho por mantener cerrada. Sentir significa sufrir y no creo que pueda soportar más dolor. No sé cómo manejarlo cuando mi cabeza se convierte en un caos de pensamientos contradictorios y, a pesar de eso, mi cuerpo reacciona al suyo sin ninguna contención. No he mantenido relaciones sexuales con ninguna mujer desde que Teresa murió. Ni siquiera he sentido

deseo en todo este tiempo. Y solo la insinuación de su cuerpo desnudo ha conseguido ponerme duro. Y me odio por ello, ya que siento como si traicionase la memoria de mi mujer.

También soy consciente de que Paula no tiene la culpa y mi explosión ha sido desmedida. Ella me ofrece amabilidad y yo termino por dejar que mis demonios la ataquen. Tengo que parar de comportarme como un cabrón.

Recorro las calles durante algo más de una hora pensando cómo pedirle perdón. Cuando entro en casa imagino que se habrá marchado, sin embargo, la encuentro sentada en el sofá con un libro abierto sobre las piernas.

Levanta la mirada cuando me escucha y me parece ver preocupación en sus ojos.

Me quedo parado en la puerta del salón con las llaves en la mano y sin saber muy bien que decir.

—Has vuelto —hace una pausa mientras sus ojos me examinan.

Como me mantengo en silencio, cierra el libro y se pone en pie.

—Solo quería asegurarme de que regresabas de una pieza.

Se inclina y en ese momento reparo en la bolsa de viaje que descansa en el suelo, junto al sofá. Se marcha. Una sensación desagradable se instala en mi estómago. Pasa por mi lado y no soy consciente de que he alargado el brazo hasta que noto el calor de su piel contra mi palma.

—Quédate.

—No creo que en realidad sea eso lo que quieres —esboza una sonrisa tan pequeña que casi no lo parece.

—Quiero dejar de sentirme como una mierda. Seguramente no es la mejor razón que pueda darte, pero si la única sincera.

El silencio se alarga durante unos segundos que me resultan insoportables, hasta que coloca su mano sobre la mía, que todavía aferra su antebrazo, y ejerce una leve presión.

—Con eso es suficiente.

Noto como el aire que no sabía que retenía escapa de mis pulmones.

—He guardado lo que cociné en la nevera. Ha sido un día muy largo. Si no te importa me voy a la cama.

Asiento y escucho sus pasos al alejarse. Antes de salir del salón se detiene.

—Buenas noches, Aitor.

—Buenas noches.

No creo que en realidad lo vayan a ser. Demasiados pensamientos se agitan en mi cabeza. Su generosidad de corazón me asombra y me humaniza, si ella consigue ver algo bueno en mí puede que todavía algo quede escondido en mi interior. Sospecho que si existe un lugar mejor que en el que me encuentro ahora, Paula sería la única persona capaz de llevarme allí.

# Capítulo 20

## Paula

Me despierto y me cuesta unos segundos ubicarme. Un gemido escapa de mi garganta cuando recuerdo dónde me encuentro. Apoyo el antebrazo sobre los ojos y los cierro. *¿Dónde te estás metiendo, Paula?* La respuesta resulta sencilla: no tengo ni la más mínima idea. La opción lógica hubiera sido que tras el estallido de Aitor, hubiera recogido mis cosas y me hubiera largado de esta casa para no volver. No fui capaz. Puede que me vayan los retos o los casos perdidos, aunque prefiero pensar que tiene que ver con el atisbo de luz que creo adivinar bajo el manto de oscuridad que le envuelve. Quizá esa pequeña llama lejana pueda terminar quemándome, no obstante, constituye un riesgo que ahora sé que voy a correr. Además luchar contra sus demonios mantiene alejados a los míos.

Me levanto y tras tomar una ducha rápida y vestirme me dirijo a la cocina. Aitor ya se encuentra allí con una taza en la mano. Me mira de reojo y musita un «buenos días». Le respondo con la misma fórmula parada en la puerta. Parece haber vuelto a su naturaleza habitual.

—Hay café. También tienes galletas o te puedo hacer unas tostadas.

—Tú desayuna. Ya lo hago yo —avanzo y me dirijo a la nevera.

Nos cruzamos en el camino, doy un paso a la derecha a la vez que lo hace él, lo intentamos hacia el otro lado y volvemos a entorpecernos el paso. Nos sonreímos y Aitor se retira. Camina hasta la mesa y yo continúo en busca de la leche.

—El café es descafeinado —murmura.

Escondo una sonrisa. Creo que usa la amabilidad como disculpa. Me sirvo y con la taza en la mano vuelvo a la mesa.

Permanecemos en silencio unos cuantos minutos. Aitor sujeta su taza distraído y yo me concentro en mojar las galletas en el café con leche. Puedo notar sus ojos fijos en mí.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Teniendo en cuenta que es viernes y, que yo sepa, no me ha tocado la

lotería, creo que debería trabajar—inclina la cabeza a un lado—. Soy ilustradora—aclaro.

Me mira con suficiencia. Su expresión grita «¿ves como lo sabía?»

—Fue un golpe de suerte.

—Si tú lo dices—arquea una ceja y da un sorbo a su café. Estoy segura de que trata de ocultar su sonrisa—. ¿Dónde trabajas?

—En realidad no trabajo para ninguna empresa. Soy *freelance*. Bueno tengo una socia, o algo parecido. Yo diseño y ella se encarga del resto, incluso de sacar el látigo cuando hace falta —apunto en una nota mental que tengo que llamar a Alicia. No sé nada de ella desde hace un par de días—. Trabajo desde casa —según termino de pronunciar la palabra «casa» me doy cuenta del inconveniente que eso supone hoy en mis planes. Mi expresión me debe traicionar, porque escucho decir a Aitor:

—Puedes trabajar aquí si quieres —lo sugiere con suavidad como si decirlo con más contundencia me pudiera asustar o quizás a él.

Sopeso mis opciones. Siguen siendo igual de pésimas que la noche anterior. Bueno, una ha mejorado algo, ya que la casa de Jaime debería encontrarse vacía toda la mañana, pero hay un inconveniente: las explicaciones que no tengo ninguna gana de dar. Seguir de *okupa* en casa de mi vecino vuelve a alzarse como la opción ganadora y la más cómoda. Solo tengo que bajar un tramo de escaleras y recoger el portátil y mis útiles de dibujo. Pese a que el ofrecimiento ha sido cosa suya, me cercioro de que no lo ha dicho por obligación.

—No quiero molestar.

Inspira y me mira a los ojos antes de decir con firmeza.

—Hace tiempo que lo que los demás opinen de mí dejé de importarme lo suficiente como para hacer algo que no quiero.

Siento cierta envidia, no por los motivos que provocan su indiferencia, sino porque querría poseer la valentía que me permitiese dejar de amoldarme a los deseos de los demás, incluso por encima de los míos.

Tras ir a por mis cosas, Aitor se sienta en un extremo de la mesa del comedor y yo ocupo el espacio frente a él. Las cortinas se encuentran descorridas y permiten que pase la tenue luz que consigue filtrarse a través de las pesadas nubes. Una suave música de fondo se mezcla con el rítmico sonido de la lluvia al chocar contra los cristales. Aitor trabaja concentrado revisando unas facturas, de vez en cuando levanta la mirada y nuestros ojos se

encuentran. Me siento en paz. No había imaginado ningún escenario y me sorprende la armonía que se ha creado a nuestro alrededor. Casi deseo que el tiempo se detenga.

Deslizo el lapicero por el papel y finjo que esbozo unos bocetos cuando en realidad llevo rato perdida en las líneas que dibujan los contornos de su rostro. Sus rasgos no son perfectos si los examinas por separado, pero en conjunto es muy atractivo. Posee una masculinidad que resulta magnética. Si tengo que resaltar algo me inclino por su mirada; tan oscura e intensa que te atrapa sin remedio.

Me encuentro tan absorta que el pitido proveniente del teléfono me hace soltar el lapicero. Se me forma un nudo en la garganta al leer el nombre de Víctor en la pantalla. Repaso las letras varias veces antes de decidirme a abrirlo. Contiene solo dos líneas:

## Te echo de menos. ¿Podemos hablar?

Esas simples palabras traen de nuevo la tristeza. Hemos compartido muchas cosas y supongo que nos debemos una conversación. No obstante, todavía no me encuentro preparada, necesito algo de tiempo para ordenar mis pensamientos. Eso mismo le digo en mi respuesta. Me propone que nos veamos en una semana y acepto.

Dejo el teléfono móvil sobre la mesa. Miro a Aitor y recordar lo que él ha perdido vuelve a poner mi mundo en perspectiva. La vida es demasiado corta para esperar a que la felicidad te encuentre. Somos responsables de cómo afrontamos las dificultades del camino y a cada razón para llorar, siempre se puede encontrar una más para sonreír. Respecto a Víctor, yo también le extraño, creo que llevo mucho tiempo haciéndolo, pero empiezo a pensar que quizá el amor debiera ser menos complicado y si una persona quiere que formes parte de su vida te hará un espacio en ella sin necesidad de que tengas que luchar por él con uñas y dientes.

Desvío la vista hacia la ventana y como me suele suceder la energía que irradia mi ciudad me atrae con su canto de sirena.

—¿Quieres dar un paseo?

Aitor ha puesto mis pensamientos en palabras. Vuelvo la mirada hacia él, sonrío y asiento.

En cinco minutos estamos listos. A pesar de que la lluvia ha suavizado la temperatura notamos el descenso de los termómetros en nuestras propias

carnes cuando dejamos el refugio que nos proporciona el edificio. Aitor se abotona el chaquetón de estilo marinero y se sube el cuello en un gesto que resulta tan sexy que durante unos pocos segundos me quedo embobada mirándole. Yo me enrolló el pañuelo hasta que me tapa la barbilla y comenzamos a caminar.

Lo hacemos en silencio, uno junto al otro. No resulta incómodo, sino extrañamente íntimo. Nuestras miradas tropiezan y nos sonreímos. No tengo ni idea de adónde nos dirigimos y tampoco me importa, me limito a dejarme llevar. Con cada paso la melancolía se va disipando un poco y comienzo a sentirme más ligera.

Recorremos las calles de la capital sin prisa, disfrutando del paseo. Tras un rato nos detenemos frente a las columnas de piedra que flanquean el paso al Real Jardín Botánico. Antes de que pueda preguntar, Aitor, ya ha pagado las entradas y nos adentramos en un universo de naturaleza escondido entre hormigón y asfalto.

A medida que avanzamos por las avenidas y la vegetación se vuelve más frondosa la atmósfera va cambiando, consiguiendo que te olvides de dónde te encuentras. La relajada belleza que confiere la paleta de colores del otoño mezclándose en perfecta armonía, unido a los juegos que las luces crean a nuestros pies y las últimas hojas que, todavía, resisten en las ramas le otorgan al paisaje una cualidad casi mágica.

—Madre mía. Esto es precioso. ¿Te puedes creer que nunca antes había estado aquí? —admiro las altas copas de los arboles que bordean el sendero por el que transitamos. No se ve a ninguna otra persona aparte de a nosotros y la sensación de paz casi se puede palpar.

Aitor camina relajado con las manos dentro de los bolsillos del chaquetón. Mantiene la mirada en el camino.

—Hubo un tiempo en el que pasaba muchas horas aquí. Era uno de mis lugares preferidos —hace una pausa y observa lo que nos rodea—. Fue hace mucho. En los primeros años tras mudarme a Madrid. Estaba terminando la carrera de arquitectura y trabajaba de becario en un gran estudio propiedad de un amigo de mi padre. Me sentía perdido, no sabía que quería hacer con mi vida y venir aquí me ayudaba a aclarar las ideas.

—¿Buscabas tu camino de baldosas amarillas? —señalo las hojas de ese mismo color que se acumulan en el suelo hasta ocultarlo por completo.

—Algo así.

—¿Y lo encontraste?

—Sí, alguien me lo mostró —sus ojos se iluminan y sus labios dibujan una sonrisa llena de ternura. Su rostro se transforma y puedo reconocer en él al hombre de la fotografía, al que no se esconde entre las sombras. Quiero que se quede aquí conmigo, que no se oculte de nuevo.

—¿Y tú qué buscas Dorothy? ¿Qué respuestas quieres encontrar al final del camino?

—No lo sé. Supongo que solo aspiro a encontrar mi lugar en el mundo. —Con la punta de la bota levanto un montón de hojas que se arremolinan y bailan en el aire antes de volver a caer—. Siento como si dos personas distintas conviviesen en mi interior. Por un lado está la Paula de siempre, la chica que lleva un vida rutinaria y tranquila, que se conformaba con una relación a medias, que se siente culpable por el sufrimiento y el temor que ve en los ojos de la personas que la quieren cuando la miran y que está asustada, porque no sabe que le va a deparar el futuro, ni siquiera si su cuerpo y este corazón prestado le van a permitir tener uno —. Me toco con el índice el lado izquierdo del pecho y suspiro—. Por el otro estoy yo, la nueva Paula, que siento que no encajo y casi hasta me alegro de ello, porque significa que he despertado, que tengo otra oportunidad para hacer algo mejor con mi vida, para vivirla. Quiero experimentar todo lo que se me ocurra y no tener que pedir perdón ni permiso.

—Si te vale de algo, yo no suelo hacer ninguna de esas dos cosas, así que cuando necesites un empujón o una opinión sincera puedes contar conmigo.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Claro, nunca actúo por obligación, ya no.

Sonrío ilusionada como una niña, porque siento que ha dado un paso para acercarse a mí. Siento la tentación de abrazarle, pero me contengo.

Un golpeteo suave suena sobre nuestras cabezas antes de que las primeras gotas caigan a nuestro alrededor. Sorprendida miro al cielo.

Noto como Aitor me sujeta del codo y tira de mí con suavidad. No me muevo. Cierro los ojos, alzo el rostro, estiro los brazos y comienzo a girar sobre mi misma mientras la lluvia cae mojando mi piel. Existe algo liberador en este simple acto y no me puedo detener.

—¿Se puede saber qué haces? —escucho la voz de Aitor que me grita, en ella no hay censura sino diversión.

—Buscar un motivo para sonreír.



# Capítulo 21

## Aitor

La miro queriendo grabar su imagen en mi memoria para siempre. Mis ojos recorren sus brazos extendidos que contienen el cielo entre sus dedos, el rostro alzado con una sonrisa capaz de vencer cualquier pena y las gotas de lluvia bailando con su pelo. Gira una y otra vez. No puedo despegar la mirada de ella.

Poco a poco las vueltas se van haciendo más lentas hasta casi detenerse. La veo tambalearse y mis manos rodean su cintura para ayudarla a recuperar el equilibrio. Se sujeta a mis antebrazos y me sonrío.

—¿Te has divertido? —susurro cerca de su oído, pues nuestros cuerpos han quedado casi pegados.

—Mucho. Gracias por dejarme bailar bajo la lluvia.

El agua ha oscurecido sus pestañas y sus ojos parecen más verdes que nunca. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Trago saliva para tratar de deshacer el nudo que se ha instalado en mi garganta, porque siento la necesidad de abrazarla, de apretarla contra mí y no dejarla ir, como si su simple contacto pudiera insuflar vida a mi agotado corazón. Y resulta una emoción tan desconcertante que no sé cómo lidiar con ella.

—Nos estamos empapando —me dice. Sin embargo, no se mueve, apoya la mejilla sobre mi pecho y desliza los brazos alrededor de mi cintura.

Me lleva unos segundos encontrar el valor y cuando lo hago la abrazo y la atraigo más cerca de mí. Permanecemos así un instante hasta que la lluvia arrecia y comenzamos a correr hacia la salida. Ya en la calle paramos un taxi. Lo que empezó como una leve llovizna ahora se ha convertido en un auténtico aguacero. Las gotas golpean con furia la luna delantera y los limpiaparabrisas casi no dan abasto para evacuar el agua. Dentro del vehículo la temperatura resulta agradable, aun así Paula se abraza el cuerpo.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Ven.

Le desabrocho el abrigo y le indico que se lo quite, luego abro el mío y la atraigo hacia mí. Se apoya contra mi costado y paso mi brazo a su alrededor cerrando el chaquetón sobre ella.

—¿Mejor?

Asiente con una sonrisa y apoya la cabeza sobre mi hombro. Cierro los ojos y disfruto de su contacto. Había olvidado lo bien que se siente el tacto de otro cuerpo. Su calidez, su suavidad, su olor. Sensaciones que despiertan mis sentidos y los devuelven a la vida. El taxi se detiene frente a nuestro edificio y cuando se separa para bajar del vehículo añoro su calor.

Entramos en casa, alargo la mano para pedirle el abrigo y la veo dudar.

—Ya he abusado demasiado de tu hospitalidad. Creo que debería marcharme. Tendrás planes y no quiero estorbar.

Su declaración me cae como un mazazo. No estoy preparado para dejarla ir, no aún. No quiero quedarme a solas con mis fantasmas. Estoy agotado de tanta oscuridad y ella es capaz de iluminar mis sombras solo con su presencia.

—En realidad no. Puedes quedarte hasta que te arreglen la caldera, por mí no hay problema. Puedo tolerar tu compañía—comprendo que no me he expresado bien al ver la expresión insegura que se dibuja en su rostro.

Mierda. Me froto la nuca y busco sus ojos.

—Lo que quería decir es que me gustaría que te quedases—hago una pausa—. De verdad.

Se muerde los labios, mientras sus ojos me estudian con atención, imagino que tratando de decidir si soy sincero. Luego esboza una sonrisa.

—Muchas gracias. Me encantará quedarme —se quita el abrigo y me lo entrega—. ¿Te importa que me dé una ducha?, me he quedado helada.

Extiendo el brazo en un gesto figurado de consentimiento y la observo desaparecer por el pasillo con paso alegre. Me quedo quieto mientras mi corazón recupera su ritmo habitual y cuando lo consigue cuelgo los abrigos y me dirijo a la habitación para quitarme la ropa húmeda.

Me da tiempo a cocer algo de pasta y hacer una ensalada antes de que Paula aparezca en la cocina. Comemos sin conversar demasiado, he cubierto mi cupo de confesiones para lo que queda de día y solo me siento capaz de cruzar algún comentario que no tenga demasiadas implicaciones personales. No obstante, su presencia al otro lado de la mesa me hace sentir bien. Cuando acabamos me ofrezco a prepararle un café, pero Paula declina mi oferta y tras ayudarme a recoger la mesa se acomoda delante del ordenador y se pone a

trabajar.

Me siento en el sofá y enciendo la televisión. Me dedico a saltar de canal en canal durante un rato. La apago y cojo el libro que descansa sobre la mesa auxiliar. Busco el marca páginas que señala la última hoja leída y trato de seguir con la lectura. No soy capaz de concentrarme, mis pupilas suben y bajan por la misma página una y otra vez. Cierro el libro y lo lanzo sobre la mesa.

Voy a la cocina y lleno un vaso de agua. Me apoyo en la encimera y bebo un trago mientras permito a mis ojos que vayan donde desean. Recorro la línea esbelta de su cuello que queda al descubierto, ya que lleva el pelo recogido en el típico moño desordenado sujeto con un lapicero que todas las chicas saben hacer con apenas dos movimientos y resulta tan sensual, porque te obliga a pensar cómo sería sacar el lapicero y ver caer todo ese cabello suelto por su espalda. Me detengo en sus labios. En un gesto que denota su concentración aprisiona el labio inferior con los dientes superiores y me veo deslizado la yema de mi dedo pulgar por las marcas que estoy seguro estos han dejado sobre la sensible piel. Apoyo el vaso con demasiada fuerza y el golpe seco que vibra contra mi mano me hace temer que se haya roto. El salón me resulta demasiado pequeño, puedo notar su presencia a mi alrededor de forma constante, envolviéndome.

—Voy a salir. Había olvidado que tengo que pasar por el restaurante.

Paula desvía la vista de la pantalla del ordenador. Una arruga se dibuja en su frente.

—Siéntete como en casa. Volveré en un rato —no quiero que se marche, solo necesito algo de espacio.

Antes de que pueda responder he salido del salón. Me visto con unos vaqueros y un jersey de lana y musitando un rápido adiós me marcho del piso.

Sebastián alza una ceja interrogante cuando me ve atravesar la puerta del TTeam. Ocupa un taburete al final de la barra y frente a él descansan una carpeta abierta y una botella de cerveza.

—¿Ha ocurrido alguna catástrofe de escala mundial y yo no me enterado? Porque no es muy normal que salgas de tu cueva sin ningún motivo.

Me siento a su lado e ignoro el comentario. Le hago una seña a la camarera para que me sirva lo mismo que bebe mi socio.

—Echaba de menos tu cara bonita.

—Me lo dicen todos.

—Capullo.

—Yo también te quiero.

Nuestros saludos terminan casi siempre de una forma parecida, como si fuera parte de un ritual. Ni en los peores momentos tras la muerte de Teresa, Sebastián permitió que alterásemos la costumbre. Esa parte de normalidad daba cierta consistencia de realidad a mis días.

—¿Qué haces?

—Barajaba nuevas opciones para la carta.

Le miro incrédulo. Llevo semanas pidiéndoselo y él dándome largas, objetando que si algo funciona bien no hay porque cambiarlo.

—Pues sí que va a ser verdad que ha debido suceder alguna catástrofe que ha desencadenado una serie de hechos de difícil explicación —aseguro asomándome por encima de su brazo para echar un vistazo a los folios llenos con su apretada letra.

—Como humorista no tendrías precio.

—Lo sé —mis comisuras se elevan en una sonrisa antes de dar un trago a la cerveza—. Y qué, ¿has decidido algo?

—Todavía nada. Tengo unas cuantas ideas y voy depurando por eliminación.

—Bien, si necesitas ayuda dímelo.

—Cuenta con ello —cierra la carpeta, coge su cerveza y se gira hacia mí—. ¿Sabes?, esto del amor es una mierda.

Sonríó ante la expresión de cachorro desolado que me muestra.

—Deduzco que no fue bien con tu chica.

Apoya los codos sobre la barra y deja resbalar la botella sobre la superficie de madera llevándola de una mano a otra.

—Ese es el problema. Estuve en su casa, dormí con ella, me desperté con su cuerpo pegado al mío y cuando me despedí me besó como si ese beso fuera lo único importante en el mundo. La he llamado hace un rato. Me ha dicho que no vuelva a marcar su número, que se ha acabado —me mira y puedo ver el dolor en sus ojos—. Joder, ni siquiera sé que he hecho mal.

Se pasa las manos por el pelo y su gesto delata lo enfadado que está.

—Ha jugado conmigo. Me ha tratado como si pudiera cogerme y dejarme a su antojo —aprieta los párpados y toma aire—. Lo peor es que me lo creí, pensé que podía funcionar. Quería que funcionase —y esta última frase la dice casi en un susurro.

—No te machaques. Puede que no fuera un espejismo, quizá solo no os

encontráis en el mismo punto y es cuestión de tiempo —se lo digo, en parte, porque quiero consolarle y que se disipe la rabia que siente y que por experiencia propia sé que no ayuda a cicatrizar las heridas, sino a dejarlas en carne viva y sangrando al mínimo contacto; y por otro lado, porque me cuesta creer que después de tanto tiempo sin que nadie fuese capaz de encontrar el camino a su corazón la persona que lo haya conseguido no tenga las cualidades para merecerlo.

Le hago un gesto a Nadia para que nos ponga dos chupitos. El alcohol no soluciona nada en estos casos, soy consciente, pero a veces y usado en su justa medida suaviza durante un rato el golpe.

Vaciamos de un trago los vasos y los dejamos sobre la barra.

—¿Te importaría que el fin de semana me quede yo al mando? Necesito mantener la cabeza ocupada.

La imagen de Paula sentada en mi salón con la luz del sol iluminándole el rostro aparece en mi mente. Doy un largo trago a la cerveza y luego miro a mi amigo.

—Claro, no hay problema. Por ti lo que sea —se lo debo.

Me quedo en el TTeam hasta que cerramos. Cuando regreso el silencio reina en el interior del piso. La única luz encendida proviene de la lámpara de pie del salón, aunque la estancia se encuentra vacía. Supongo que Paula se habrá acostado. Apago la luz y me dirijo a mi habitación. Cuando paso por delante de la puerta del dormitorio que ocupa me detengo un instante, no se escucha ningún sonido. Me siento tentado a abrir la puerta y comprobar que se encuentra bien. No lo hago, apoyo la palma abierta sobre la superficie de madera lacada y tras musitar un «buenas noches» sigo mi camino.

Un grito me despierta en medio de la noche. Me incorporo sobresaltado con el corazón atronando en el pecho. El sonido se vuelve a repetir y salto de la cama. Proviene de la habitación de al lado. Golpeo con suavidad con los nudillos antes de empujar la puerta y asomarme al interior. Paula me mira con sus preciosos ojos muy abiertos. El pánico todavía se refleja en su expresión y una opresión extraña se instala en mi pecho.

—¿Un mal sueño?

—Sí —la voz apenas le sale.

—Espera —voy a la cocina y vuelvo con un vaso de agua. Se lo entrego, bebe varios pequeños tragos y deja escapar un suspiro.

—Gracias —coloca el vaso sobre la mesilla de noche, se recuesta contra

el cabecero y cierra los ojos.

La observo en la penumbra. Parece tan frágil y tan joven envuelta en ese ridículo pijama de unicornios y con el pelo enmarañado cayéndole sobre la cara que tengo que contener las ganas de abrazarla y darme cuenta de ello me turba.

—Intenta dormir. Recuerda que estoy aquí al lado —me doy la vuelta con la intención de volver a mi habitación cuando la escucho susurrar.

—¿Puedes quedarte un rato conmigo?

Inspiro con fuerza. Mi cerebro me ordena a gritos que me vaya a la vez que mi corazón se resiste a hacerlo. Desando mis pasos y me siento en la butaca que hay junto a la cama. Paula ahueca la almohada y se tumba boca arriba.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no.

Me mira y aún en la penumbra de la habitación puedo leer la duda en sus ojos.

—Aitor.

—Dime.

—¿Sería abusar si te pido que te tumbes junto a mí? —se muerde el labio inferior y juguetea con el embozo de la sábana.

Los temores que la asaltan en sueños todavía se reflejan en la expresión tensa de su rostro. Me levanto de la butaca y me tiendo a su lado. Nuestras miradas se encuentran y una emoción intensa que no reconozco me quema en el pecho. Sus labios se elevan y dibujan una pequeña sonrisa.

—Buenas noches —se acomoda dándome la espalda y emite un suave suspiro.

—Buenas noches, pequeña.

Cierro los ojos y trato de dormir un rato. No lo logro. Me encuentro demasiado consciente de su cálida presencia junto a mí, así que desisto y me dedico a velarla en su sueño. Su respiración es tranquila, parece que las pesadillas permanecen apartadas en su mundo de oscuridad. Un mechón le cruza el rostro. Lo aparto con cuidado y no evito rozar la tersa piel de su mejilla. Me recreo en ese simple contacto.

Me siento en paz, como en un sueño, pero en uno de los bonitos que te dejan una sonrisa para todo el día, aunque cuando despiertas no recuerdes lo que has soñado. Me pregunto cómo ha pasado. Cómo consigue transportarme a

un lugar lleno de luz donde solo estamos ella y yo y en el cual logro sentir de nuevo.

La oscuridad de la noche va dejando paso a una tímida claridad y con ella regresan mis demonios. Por unas horas he olvidado quién soy y de dónde vengo. Mi mirada se pierde en sus labios. Me inclino, con cuidado de no despertarla, y cierro el espacio que queda entre nuestras bocas. Antes de que mi piel roce la suya me detengo, su respiración me acaricia los labios y un escalofrío me recorre la columna. Imagino por un momento que la puedo tener y entonces la beso. Mientras mis labios se deslizan sobre los suyos soy consciente de cada milímetro de nuestra piel que se toca, todo mi cuerpo parece vibrar y tengo que contenerme para no profundizar el beso. Me separo apenas, con el corazón latiendo acelerado y cierro los ojos deseando poder ser otra persona, alguien que no esté roto. Inspiro y recorro una última vez su rostro relajado a causa del sueño antes de abandonar la habitación.

# Capítulo 22

## Paula

Cuando despierto me encuentro sola en la habitación, si no fuera por las marcas en el edredón que atestiguan que ha habido un cuerpo tumbado en ese lado del colchón hubiera pensado que ha sido un sueño y que Aitor no ha pasado la noche en mi habitación o al menos una parte de ella. Bueno, por eso y por el olor que noto en la almohada cuando me giro. Es un aroma con matices de maderas y especias, muy masculino, que reconozco como suyo sin ninguna duda.

Recuerdo la solidez de su cuerpo junto al mío, el tacto cálido de su mano en mi pelo. Su callada presencia actuó como un bálsamo devolviendo la paz a mis sueños. De hecho, no recuerdo haberme levantado tan descansada desde hace mucho tiempo.

Hay algo en Aitor que me resulta extrañamente tranquilizador. Con él no me siento frágil, no me sobreprotege como si a la primera de cambio me fuera romper y no espera que me comporte de una determinada manera. Siento que me puedo mostrar tal cual soy en cada momento. Y eso supone un respiro hoy por hoy en mi vida.

Luchando contra la pereza me incorporo y alargo la mano para coger el teléfono móvil que descansa sobre la mesilla de noche. El reloj me muestra que son más de las diez de la mañana. Parpadeo sorprendida. No me imaginaba haber dormido hasta tan tarde.

Salgo de la habitación todavía en pijama, después de lo de anoche creo que esa barrera ya la hemos superado y tras una visita rápida al cuarto de baño me dirijo a la cocina. El café todavía está caliente, pero no hay rastro de mi anfitrión. Me sirvo una taza, añado un chorro de leche y cojo un par de galletas para acompañarlo.

Casi he terminado de desayunar cuando escucho la puerta principal abrirse y unos segundos después aparece Aitor. Viste ropa deportiva y su pelo está húmedo. Sin duda viene de correr. Pienso que en los últimos días he descuidado mis rutinas y no estoy haciendo el ejercicio que debiera. Rutinas y



rutina. Son el centro de mi vida de un tiempo a esta parte. Días que transcurren dentro de la misma monotonía y que ahora me parecen vacíos. Suspiro. Anhele hacer algo diferente, ser impulsiva, dejarme llevar sin miedo a las consecuencias.

—Ayer me dijiste que cuando necesitase un empujón contase contigo.

Aitor me dedica una mirada cautelosa mientras trocea un plátano en un bol de cereales.

—Sí.

—Hoy lo necesito. Quiero montarme en el coche y conducir sin rumbo fijo. Parar donde me apetezca, dormir en cualquier lugar y volver a casa con la mochila llena de nuevas experiencias.

Le miro nerviosa esperando que haya entendido el mensaje implícito; le estoy pidiendo que me acompañe. No me siento tan valiente todavía como para hacerlo yo sola. Y no sé lo que significa y tampoco quiero pensar en ello más de la cuenta, pero solo me veo yéndome con él a mi lado. El silencio se alarga y se me hace eterno.

—Vale, pero déjame desayunar primero —dice dejando caer el último trozo de fruta.

—¿Vale? —esperaba tener que convencerle y estoy tan sorprendida que siento la necesidad de comprobar que lo he entendido bien.

—Sí —me sonrío divertido y me quedo enganchada a esa sonrisa; son demasiado escasas las ocasiones en las que las muestra con sinceridad—. Vivamos tu aventura.

—Vale —repito y asiento con gesto circunspecto tratando de disimular el millón de mariposas que han empezado a aletear en mi interior como locas.

Me levanto con la taza vacía, Aitor me mira mientras toma el desayuno de pie apoyado en la encimera. Me detengo a su lado, aclaro la taza bajo el grifo de la pila y luego la coloco en el lavavajillas. Me voy a dar la vuelta, pero la emoción me supera y me lanzo a sus brazos. Levanta el cuenco en un acto reflejo sin saber muy bien a qué atenerse. Deslizo los brazos alrededor de su cintura y le abrazo. Todo su cuerpo se tensa y pienso que mi arranque de locura le ha molestado. Voy a separarme con el rostro ardiendo por la vergüenza cuando el brazo que tiene libre se enrosca alrededor de mi cintura y me aprieta. Siento el latido poderoso de su corazón bajo mi mejilla. Respiro aliviada.

—Gracias —le digo elevando el rostro para poder verle la cara.

—Quizá debería dártelas yo a ti —lo dice tan bajito que no sé si ha hablado para mí o para sí mismo.

Deja un suave beso en mi sien y luego me retira. Tengo la pregunta en los labios, pero algo en su mirada me hace desistir y callo.

—Deberíamos prepararnos —me rodea y guarda los cacharros sucios—. ¿Te importa que me duche yo primero?

Llevo la cabeza de un lado al otro y le observo mientras abandona la cocina. Espero unos segundos y cuando estoy segura de que no puede verme me pongo a dar saltos como una cría.

En menos de media hora bajamos en el ascensor cada uno con una pequeña bolsa de viaje en la mano y yo con una sonrisa de felicidad en los labios que no logro controlar. Salimos del portal y Aitor me guía hasta un garaje que se encuentra a solo un par de calles de distancia de casa. La única condición que ha puesto antes de salir ha sido que conduzese él. El resto depende de mí.

Nos detenemos junto a un coche negro tipo SUV y pienso que ha alguien como él le pegaría algo más deportivo. Lleva unas zapatillas blancas de Fred Perry, unos vaqueros desgastados y una camiseta bajo una camisa vaquera. Una cazadora de cuero y unas gafas de sol colgando del cuello de la camiseta completan el conjunto. Es increíble lo bien que le sienta.

Abre el maletero y me tiende la mano para que le de mi bolsa. La coloca junto a la suya en el interior. Cuando se incorpora niega con la cabeza y se ríe. Me imagino que es porque mi cara se debe parecer ahora mismo a una de esas de dibujos animados con ojitos brillantes y una sonrisa bobalicona en los labios.

—Monta, anda —dice abriéndome la puerta del pasajero. Luego rodea el coche y toma asiento tras el volante.

Cuando gira la llave en el contacto la música de The Killers inunda el interior del vehículo. Estira el brazo y baja el volumen. Luego me mira.

—Y bien. ¿Dónde quiere que la lleve hoy, Miss Daisy?

Me rio y me toco la coleta nerviosa. ¿Y si es una estupidez? Quizá debiéramos haber planeado una ruta y reservado un lugar para dormir. ¿Y si no encontramos nada y tenemos que pasar la noche en el coche? Comienzo a sentir cierta angustia. El toque de la mano de Aitor que se ha posado sobre mi rodilla me saca del bucle de mis pensamientos.

—Solo dime un punto cardinal —me sonrío con dulzura y ese simple

gesto me calma.

—Norte —digo con convicción.

Aitor me guiña un ojo y tras quitar el freno de mano y meter primera pisa con suavidad el acelerador y nos saca de la oscuridad del garaje. Conduce en silencio, parece relajado y me digo que aunque sea solo por verlo unas horas en paz el viaje habrá merecido la pena.

Me acomodo en el asiento y me dedico a observar a través de la ventanilla cómo vamos dejando el paisaje madrileño atrás. La lluvia nos ha dado una tregua y los rayos de sol que atraviesan el cristal me caldean la piel del rostro. Cierro los ojos para disfrutar la sensación.

A medida que las zonas urbanas van siendo sustituidas por campos de diferentes colores empiezo a tomar conciencia de la realidad. Lo estamos haciendo. Pienso en cuantos viernes, mientras veíamos alguna película, le he propuesto a Víctor coger el coche y hacer una escapada. Nunca aceptó, siempre había algún motivo que lo impedía, una excusa, un aplazamiento; la costumbre lo ocupaba todo y no dejaba espacio para nada más. Una frase de *El principito* me viene a la memoria: «lo esencial es invisible a los ojos», y me digo que no puede ser más cierta, porque lo que en realidad importa, lo que atesorarás cuando llegue el momento final son las experiencias, las emociones y lo que los acontecimientos vividos en tu vida te hayan hecho sentir. Sin embargo, cuando yo creí vivir mi final solo podía pensar en todo lo que me quedaba por hacer y que en mis veintiséis años de vida no había nada digno de recordar.

Miro a Aitor tras el volante. Su gesto de calma, el pelo alborotado, las gafas de sol cubriendo sus preciosos ojos. Tararea la canción que suena desde el reproductor concentrado en la carretera y la melancolía que trataba de abrirse paso se esfuma. Aquí, en este momento, dentro de un coche rumbo a quién sabe dónde y con él a mi lado me siento feliz. Lo tomo como una señal. Este viaje supone un nuevo punto de partida y voy a disfrutar cada paso del camino.

—Estás muy callada.

Aitor desvía la vista un instante de la calzada para mirarme. Me encojo de hombros.

—Pensaba.

—¿Algo que puedas compartir?

—Sí, aunque no sé si te apetecerá escucharlo.

Baja el volumen de la música y entiendo que es una invitación para que hable.

—Pensaba en Víctor y en cómo era mi vida con él —recojo las piernas sobre el asiento y me giro para poder verle la cara mientras hablamos—. ¿Tú crees que puedes dejar de querer a alguien y no darte cuenta?

—Sí, supongo que es posible que otros sentimientos sustituyan al amor y la costumbre lo enmascare. También hay ocasiones en las que resulta más sencillo no asumirlo y aferrarte a lo conocido.

—No entiendo por qué alguien querría continuar con una relación si ya no quiere a su pareja.

—Cariño, lealtad, miedo a la soledad e incluso interés económico. No lo sé. Los seres humanos somos complicados.

Me abrazo las rodillas y pienso en si Víctor y yo encajamos en alguna de las dos categorías, porque es cierto que lo echo de menos y me siento triste, pero no me siento desgarrada por el dolor, sino que el sentimiento se parece más a un pellizco de incertidumbre, mezclado con decepción. Recuerdo el primer día que encontré a Aitor en el parque, el dolor que parecía emanar de cada uno de los poros de su piel, la pena inmensa que transmitía, como si no hubiese fuerza capaz en este mundo de consolarlo. Trato de imaginarme como tiene que ser amar tan absolutamente para que ni siquiera la muerte logre romper ese vínculo y por un momento siento envidia de la mujer receptora de esos sentimientos.

—Ha llegado el momento.

Aitor me mira y una sonrisa traviesa baila en sus labios.

—Decide, derecha o izquierda, pero rápido.

Observo temerosa los carteles que flotan sobre nuestras cabezas y señalan dos desvíos a pocos metros.

—Vamos o serás la culpable de que tengamos un accidente —me azuza pasando del carril derecho al izquierdo para volver de nuevo al primero.

Me pellizco el labio y tamborileo con los dedos sobre mi pierna, más deprisa a medida que se acerca la bifurcación.

—Ey, tranquila. No importa dónde acabemos, solo que disfrutemos del viaje —dice con suavidad a la vez que su mano cálida cubre la mía y entrelaza nuestros dedos deteniendo mi movimiento frenético. Y pienso que aferrada a su mano todo me parece más sencillo.

Varias horas después nos detenemos en un pequeño pueblecito de casas

pintadas en diferentes tonos, todas ellas con techo de teja; las hay blancas con piedra rodeando las ventanas, rosas, amarillas, con balconadas de madera. Parecen amontonarse unas con otras sin orden ni concierto. El lugar tiene el encanto típico de los pueblos del norte de España. Todavía dentro del coche miro a mi alrededor. Al final me detengo en Aitor y le regalo una sonrisa satisfecha que él me devuelve. Cada vez que le veo sonreír una sensación cálida se extiende por mi pecho. Tendría que hacerlo más a menudo.

El trayecto ha servido para que nos conozcamos un poco más. He averiguado que nació en Bilbao y es el mayor de tres hermanos. Por la forma de hablar de su familia he podido deducir que están muy unidos, sobre todo adora a sus hermanas pequeñas; los ojos se le iluminan cuando habla de ellas. Su socio en el restaurante es su mejor amigo de la universidad, compartían piso y se hicieron inseparables. Su grupo preferido es Coldplay. Es un deportista nato. Y como más disfruta es rodeado de naturaleza.

Pero lo que no me ha dicho con palabras ha sido lo que me ha descubierto más cosas del verdadero Aitor. Tiene un carácter protector y cariñoso, cuando se aleja del mundo de sombras en el que normalmente habita. Es un magnífico oyente, cuando le hablas, se centra tanto en ti que podrías ser la única persona en el mundo en ese momento. Y lleva la música ordenada de forma alfabética y por estados de ánimo, demasiado metódico incluso para mí, que soy fan absoluta del orden. Yo también le he hablado de mi familia y de Alicia. Hemos compartido anécdotas de niñez y juventud. Para todo eso han dado de sí las seis horas de viaje. Tenemos una conexión que va creciendo a cada momento de forma natural. No obstante, la barrera no ha caído del todo, me sigue manteniendo alejada de sus sentimientos más profundos, los que le dañan y atormentan. Y no sé cómo encontrar el camino, al menos, no todavía.

# Capítulo 23

## Aitor

Aparco en una pequeña plaza que parece señalar el centro del pueblo. Han sido muchas horas tras el volante y, a pesar de que hemos parado un par de veces, cuando salimos del coche noto los músculos entumecidos. No obstante, una vitalidad que ya ni recordaba recorre mi cuerpo llenándolo de energía y haciéndome olvidar el cansancio.

Pequeños retazos de nubes han vuelto a tomar posición en el cielo, ocultando a intervalos la luz del sol y la temperatura, aunque no resulta desagradable, ha descendido unos grados en comparación con la de Madrid. Paula ha bajado del coche y observa todo a su alrededor con los ojos llenos de júbilo, empapándose hasta del último detalle que sus sentidos puedan captar. Su alegría se extiende alrededor como un halo y termina atrapándome. Solo ver la ilusión brillando en su rostro me provoca una profunda satisfacción.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunto disimulando la diversión.

Me mira con los ojos entornados y resopla.

—Para ya, por favor. Hemos llegado hasta aquí, me merezco un respiro. ¿O es que voy a tener que decidir hasta cuando tienes que ir a hacer pis?

Me rio sin disimulo, bajo la imagen de dulzura y serenidad que acostumbra a mostrar, se esconde un pequeño carácter. Me da la sensación de que suele mantenerlo bajo un férreo control, es demasiado considerada para hacer o decir, a la ligera, algo que pueda dañar a los demás. Sin embargo, quiero que este fin de semana se sienta libre y por eso llevo un rato provocándola.

—Pues ahora que lo dices, no sería mala idea buscar un sitio con un cuarto de baño.

Pone los ojos en blanco y musita unas palabras que me parece entender que dicen: «dame paciencia, Señor».

Ahogo una carcajada y agarrándola del codo con suavidad la dirijo hacia uno de los edificios que rodean la plaza. Entramos en un pequeño local que se

encuentra vacío, a excepción de dos hombres de edad indeterminada que conversan al fondo de la pequeña barra y que a juzgar por la breve mirada que nos dedican deben de estar acostumbradas a ver a menudo forasteros, y pedimos algo de beber. También aprovechamos para preguntar si conocen algún sitio cerca donde pasar la noche. El hombre que nos atiende nos informa de que hay una pequeña casa rural en el pueblo y nos indica cómo llegar hasta ella. Se encuentra solo a unas pocas calles de distancia y, según él, no tiene pérdida. Eso sí, es mejor que dejemos el coche donde lo tenemos, pues las calles son bastante angostas y resulta complicado aparcar en esa zona. Le damos las gracias y tras pagar las consumiciones volvemos al coche a recoger nuestras bolsas.

Abro el maletero, saco las dos piezas de equipaje y comienzo a caminar en la dirección que nos han indicado. A los pocos pasos siento la mano de Paula sobre la mía y me detengo.

—¿Qué haces?

—Coger mi maleta.

—No pesa, puedo llevar las dos.

—Y te lo agradezco, pero preferiría llevar la mía.

Su tono de voz es suave, sin embargo, sus ojos muestran un pequeño brillo desafiante. No entiendo por qué algo tan insignificante es importante para ella, no obstante, apoyo el equipaje en el suelo y dejo que lo coja. Comenzamos a caminar de nuevo y al poco vuelve su rostro hacia mí.

—Gracias —dice y esboza una pequeña sonrisa.

Tras recorrer una escasa distancia siguiendo las indicaciones que nos han dado, terminamos por detenernos delante de una casa rodeada por una alta pared de piedra en la que hay una placa metálica con el nombre del hotel. Atravesamos el portón de madera que permite acceder al interior y escucho la exclamación de sorpresa Paula. El muro esconde una casa de indios de tres plantas rodeada por un jardín exuberante, incluso en esta época del año. Y en mi interior algo muy cálido se extiende, me alegra que el lugar sea hermoso, aunque no habla apenas de ello percibo que en los últimos tiempos ha debido existir demasiada fealdad en su vida y me digo que si de mí dependiese siempre estaría rodeada de cosas bonitas, como lo es ella, de todas las maneras posibles.

El pensamiento pasa fugaz por mi mente antes de darme cuenta de que yo, que sobrevivo entre tinieblas, nunca podré formar parte de su vida. Siento

rabia. Por primera vez desde hace mucho tiempo existe una razón que hace que levantarme cada día no forme parte de la tortura que supone seguir estando vivo. Aun así, sé que no debo aferrarme a ella. No lo merece. Y no puedo imaginar cómo voy a ser capaz de decirle adiós. Desde el instante que accedí a acompañarla supe que era una equivocación, pero no podía dejarla ir, no tan pronto. Y me pregunto cómo es posible que eche de menos a mi mujer a cada instante y a la vez Paula se haya podido colar bajo mi piel. Miro su rostro sonriente y me digo que ya tendré tiempo de preocuparme de eso cuando llegue el momento.

En el interior del hotel la atmosfera resulta tranquila y acogedora y la decoración, aunque rural, se ve muy cuidada. Nos detenemos frente a un pequeño mostrador de madera que hace las veces de recepción y que en este momento se encuentra vacío. Paula mira hacia los lados y sus labios se curvan cuando descubre un antiguo timbre de bronce. Me doy cuenta de que una de las cosas que más me gustan de ella es su sonrisa y la facilidad con la que la regala. Podría conformarme con mirar su sonrisa durante el resto de mis días, sí, sería un buen destino.

Estira el brazo y pulsa tres veces el timbre, la primera suave, casi con miedo, las dos últimas parece hasta seguir algún tipo de ritmo y su sonrisa se ensancha tanto que le ocupa toda la cara.

—Siempre había querido hacer esto —asegura juntando las manos con la misma ilusión que una niña pequeña.

Me rio y con un brazo la atraigo hacia mí y le doy un beso en la coronilla. Justo en ese momento una mujer aparece tras el mostrador.

—Buenas tardes. Nos gustaría saber si tiene alguna habitación libre. No tenemos reserva —me adelanto a explicar antes de que pregunte.

La mujer teclea en el ordenador y nos indica que le queda una de las habitaciones de la buhardilla, pero no tiene cama de matrimonio. Creo que ha malinterpretado la situación y trato de corregirla.

—En realidad, querríamos dos...

Siento la mano de Paula sobre mi antebrazo y vuelvo la cabeza para mirarla.

—Por mí está bien así —tiene los pómulos sonrosados y me mira a los ojos.

Asiento y le indico a la recepcionista que nos quedaremos en la habitación de la buhardilla. Le entrego mi tarjeta de crédito y también mi



carnet de identidad y el de Paula para el registro. Cuando nos devuelve la documentación Paula me la quita de la mano y la observa con atención.

—Aitor Ugarte Díaz, nacido el dieciocho de noviembre de mil novecientos ochenta y tres. En esta foto tenías cara de pardillo, has mejorado mucho.

Sujeto el suyo en alto y leo.

—Paula Montes Esteban, nacida el diez de agosto de mil novecientos ochenta y seis. Tenías cara de listilla —levanto la vista del documento y examino su rostro—. Vaya, si lo sigues siendo —me da un pequeño golpe con la palma abierta en el hombro y entre risas nos dirigimos a la escalera.

La habitación en palabras de Paula «es encantadora». Los muros son de piedra y la parte de techo que tiene caída la ocupan varios ventanales. Los muebles son recios y dan calidez al conjunto. Paula se ha detenido en el umbral y lo observa todo con atención.

—¿Te gusta? —pregunto.

—Más que eso —responde con ojos brillantes.

Tengo que obligarme a desviar la mirada de ella, así que, abro el armario y coloco en su interior el poco equipaje que llevo. Paula se sienta en una de las camas y me observa.

—¿Qué te apetece hacer? ¿Damos una vuelta por el pueblo o prefieres que cenemos aquí? —ladea la cabeza y frunce el ceño—. Pareces cansado.

—Lo estoy, mejor nos quedamos aquí, si no te importa. Mañana tendremos tiempo de explorar —cojo algo de ropa limpia y cierro el armario—. Me voy a dar una ducha.

Asiente y se acomoda contra la almohada con el teléfono móvil en la mano.

Cuando salgo del cuarto de baño la encuentro tumbada de lado en la cama, todavía vestida. Tiene los ojos cerrados y su respiración es acompasada. La observo unos segundos desde la puerta. Suspiro y me acerco. Me siento junto a ella, apoyo la palma abierta sobre su rostro y la llamo con suavidad. Sus pestañas aletean varias veces hasta que sus parpados se elevan y me permiten ver sus ojos, que se clavan en mi rostro, todavía confundidos por el sueño. Pestañea varias veces más tratando de enfocar y sé que está despierta por completo cuando una sonrisa lenta se dibuja en sus labios al reconocerme. Mi corazón se salta un latido.

—Me he quedado dormida.

—Eso parece —le retiro un mechón del rostro con delicadeza y se lo coloco tras la oreja—. Si quieres puedo bajar a por algo para cenar. No hace falta que salgamos.

Niega con la cabeza y se incorpora.

—Me doy una ducha rápida y nos vamos. No he venido hasta aquí para quedarme encerrada en una habitación —se levanta, recoge su bolsa y desaparece por la misma puerta por la que yo acabo de salir.

Me quedo mirando la hoja de madera que separa las dos estancias. Escucho el agua golpear contra la bañera. Una imagen de su cuerpo mojado y desnudo se empeña en aparecer en mi cabeza. Cierro los ojos con fuerza. ¿Qué me has hecho, pequeña?

# Capítulo 24

## Paula

Cuando salgo del cuarto de baño una extraña tensión flota en la habitación. Encuentro a Aitor de espaldas con la vista perdida en el paisaje que se vislumbra más allá de los ventanales. Vuelve a mostrar su habitual expresión taciturna; parece que cargue el peso del mundo sobre los hombros. Me pregunto si he hecho algo que le haya molestado; quizá debí dejar que pidiese dos habitaciones, pero no quería correr el riesgo de despertarme gritando desorientada en medio de la noche en un lugar desconocido y con él a mi lado sé que las pesadillas se mantendrán alejadas de mis sueños.

Se halla sumido en sus pensamientos y carraspeo para llamar su atención. Vuelve el rostro y su mirada indescifrable se clava en mí con intensidad. Creo que me olvido de respirar hasta que sus comisuras se elevan en una sonrisa y sus rasgos se relajan.

—¿Lista?

Asiento, cojo el abrigo y dejo que me guíe fuera de la habitación. Bajamos hasta el comedor del hotel que al igual que el resto resulta encantador y muy acogedor. Las paredes son de la misma piedra que las de nuestra habitación y de ellas cuelgan numerosos cuadros, la mayoría pinturas al óleo. Mis ojos vuelan de uno a otro mientras seguimos al camarero que nos dirige a una mesa pequeña situada en un rincón junto a un ventanal. Nos sentamos uno frente al otro y el amable empleado nos entrega las cartas antes de marcharse y dejarnos solos.

—Es bonito, ¿verdad?

—Sí, quién hubiera dicho que en este pueblo perdido encontraríamos un lugar así —me sonrío fugaz y concentra la atención en la carta.

A medida que avanza la cena crece la sensación de que somos tres los que estamos sentados a la mesa. Parece que la parte oscura de Aitor se ha colado en la maleta y a ratos me parece verla asomar en su mirada. Trata de seguir la conversación, pero le noto más taciturno, menos hablador.

Cuando llega el postre me siento exhausta. Es como si se hubieran bajado

dos personas de su coche unas horas atrás y otras totalmente distintas se encontraran sentadas frente a esta mesa.

Salimos del comedor y caminamos en silencio. Al llegar al pie de la escalera no me encuentro con las fuerzas suficientes para subir y seguir compartiendo espacio con el fantasma en que se ha vuelto a convertir. Me doy cuenta de que estoy enfadada, muy enfadada, y necesito tiempo y espacio para comprender las emociones que bullen en mi interior.

—Sube tú. Yo voy a quedarme un rato.

Se detiene con un pie en el primer escalón y sus ojos buscan los míos queriendo leer en su interior. Le sostengo la mirada, sé que refleja la tristeza que siento en este momento y no trato de ocultársela.

Coge aire y lo suelta de un golpe. Se inclina y me besa en la mejilla.

—Está bien. Buenas noches, Paula.

Me quedo observando cómo sube hasta que desaparece en el primer recodo y luego salgo al exterior. Cuando hemos llegado he visto una terraza acristalada adosada a uno de los laterales de la casa y hacia allí dirijo mis pasos. Empujo la puerta y compruebo que no hay nadie dentro. Tomo asiento en una butaca colocada en un rincón desde el que puedo vislumbrar el cielo estrellado a través de los cristales y dejo que mi mirada se pierda en su inmensidad.

Analizo con frialdad la amalgama de sentimientos que se suceden dentro de mí, tan enredados unos con otros que no acierto a definirlos. Frustración, pena, rabia, compasión. Mucho de unos y más aún de otros. Y agazapada bajo todos ellos, escondida en una esquina queriendo mantenerse oculta distingo una emoción diferente a todas las anteriores, que ha logrado pasar desapercibida hasta este instante. Y ahora que soy capaz de verla no puedo dejar de preguntarme cómo no la he reconocido antes. Es atracción. Con seguridad no sea conveniente ni llegue en el momento adecuado, ni siquiera sé que va a suceder en mi relación con Víctor y tengo demasiados frentes abiertos como para añadir montar las piezas del puzzle que representa Aitor, no obstante, existe y, si soy sincera conmigo misma, desde el primer momento. Y constituye el motivo principal de mi enfado. Deseo con todas mis fuerzas traspasar las barreras que alza como un escudo, pero de alguna manera cuando parece que lo estoy logrando vuelve a dejarme fuera.

Soy lo suficientemente lista como para saber que esta atracción no va a llevar a ningún lado. Aitor es tan inalcanzable y potencialmente peligroso

como las estrellas que brillan encima de mí. Eso no impide que quiera ayudarlo. Mostrarle lo que el mundo le puede ofrecer.

El chasquido de la puerta al abrirse, hace que vuelva la cabeza. Una figura se recorta a contraluz y sé que es él. Se detiene un instante en el umbral. A pesar de que la penumbra no me permite distinguir sus ojos noto que se encuentran fijos en mí. Cierra y avanza por la estancia hasta llegar al punto donde me encuentro sentada. Cuando se detiene a mi lado veo que lleva una manta en la mano. Se inclina y la extiende dejándola caer sobre mi cuerpo.

—Así que es aquí donde te escondes.

Le miro unos segundos y luego devuelvo la vista al firmamento. Escucho el crujido de la butaca al sostener el peso de su cuerpo y luego su voz.

—Al principio no te lo puedes creer, resulta absurdo e incluso ridículo. La idea no te cabe en la cabeza —su tono es profundo y contenido. Me giro para poder ver su rostro—. Te parece escuchar el sonido de la llave en la cerradura y te das la vuelta esperando verla entrar por la puerta. Luego llega el dolor, tan inmenso y desgarrador que no crees que vayas a poder soportarlo e incluso te alegras de que sea así, porque no se te ocurre cómo vas a ser capaz de seguir sin ella. Pero te vuelves a despertar cada mañana y por unos instantes, muy breves, todo parece haber ocurrido en tus sueños, hasta que la realidad te golpea con toda su fuerza. Y cada día se vuelve una pesadilla igual a la anterior. Todos te dicen que pasará, pero ni siquiera sé si quiero que sea así, porque con cada detalle que olvido me parece como si la estuviera perdiendo de nuevo.

Un nudo enorme me oprime la garganta y tengo que respirar hondo para tratar de contener las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Sus rasgos tensos reflejan el esfuerzo que está haciendo para contener sus emociones. Mantiene la mirada baja, fija en sus dedos entrelazados.

—Teresa —lo dice despacio, sintiendo cómo cada sílaba acaricia sus labios—. Nadie pronuncia su nombre y yo hay días que querría gritarlo hasta quedarme sin voz —alza la mirada y su tristeza me desgarrar por dentro. Quiero rodearlo con mis brazos y apretar muy fuerte hasta volver a unir sus pedazos.

—Nadie debería morir antes de empezar a haber vivido —su voz ha recuperado cierta serenidad. Se apoya contra el respaldo y sus ojos se pierden en la oscuridad de la noche.

No tengo palabras. Nada de lo que pueda decir expresaría con exactitud

lo que su sufrimiento me provoca.

—No quiero hacerte daño —su mirada preocupada busca la mía—. Ya me ves. Estoy hecho tantos pedazos que no sé cuando uno de ellos va a dañar a quien esté cerca.

—No te preocupes, no lo harás. No te dejaré —coloco mi mano, que parece diminuta, sobre las suyas. Inspira y la acuna entre sus palmas.

El silencio nos envuelve. Pienso que me gustaría que se pudiera ver a través de mis ojos. Queda generosidad y ternura en su interior. Su corazón está herido, pero siempre hay esperanza mientras siga latiendo.

Un escalofrío me sacude el cuerpo terminando en las manos que aún mantenemos unidas. Llevamos un rato cada uno sumido en nuestros pensamientos, pero conectados uno al otro a través de la piel.

—¿Estás bien?

—Sí, solo cansada y un poco congelada.

Entrelaza sus dedos con los míos, se pone en pie y tira de mí.

—Vayamos a la cama. Ha sido un día muy largo.

Asiento y dejo que me guíe, encabezando la marcha con mi mano cogida tras su espalda. Subimos la escalera sin prisa y recorremos el pasillo que se encuentra desierto. Una vez en la puerta de la habitación desliza la llave en la cerradura y se aparta para cederme el paso. Nos turnamos para usar el baño, no hablamos apenas, sin embargo, los silencios ya no son tensos. Como si al transformar sus miedos en palabras las cartas se hubieran descubierto y todos tuviéramos claro el lugar que ocupamos en esta nueva relación que estamos definiendo.

Termino de guardar en la maleta la ropa que he llevado durante el día y cuando me doy la vuelta me lo encuentro esperando de pie detrás de mí. Clava sus pupilas en las mías y pienso en si algún día lograré acostumbrarme a su mirada. Enseguida esboza una sonrisa que aún con un matiz de tristeza se le refleja en los ojos.

—Gracias —susurra.

—¿Por qué?

—Por cruzarte en mi camino —alarga el brazo y me acaricia el pelo dejando resbalar los dedos entre los mechones ondulados hasta acabar posando su palma abierta sobre mi mejilla.

Parpadeo varias veces con los ojos muy abiertos y contengo la respiración. Inclina el rostro y durante un segundo creo que me va a besar. Mi corazón golpea tan fuerte contra las costillas que es imposible que no lo note. Sin embargo, termina posando sus labios sobre mi frente y atrayéndome contra su pecho. *Estúpida*. Inspiro su aroma y me relajo, mientras su calor me envuelve. Noto su respiración en mi pelo. Coge aire y tras soltarlo se aleja.

Nos metemos cada uno en nuestra cama y tras darnos las buenas noches apagamos la luz. El sueño lucha por abrirse paso y los párpados me pesan, pero me da tiempo a pensar que parte de la muralla ha caído.

Un leve cosquilleo me despierta. Es una caricia tan suave como el aleteo de una mariposa. Empieza en la frente y baja por la nariz, se desliza delineando el contorno de mi rostro y vuelve a empezar. Mantengo los párpados cerrados y me quedo muy quieta. El corazón me late desbocado y mi respiración se ha vuelto más rápida. No le veo, pero su calor y su olor que me rodean.

—Aitor —murmuro.

Sus labios bajan por mi cuello y recorren mi escote, dejando pequeños besos en el nacimiento de mis pechos que se yerguen ansiosos por el contacto. Un leve quejido escapa de mi garganta cuando se aleja, pero al segundo siguiente su respiración agitada cae sobre mis labios justo antes de que su boca cubra la mía. Sus labios me tientan y su lengua me incita jugando con la mía, acariciándola. Sus manos aprietan mi cintura y ascienden con una lentitud desesperante por mis costados. Se detienen al llegar a mis pechos. Sus pulgares rozan la curva inferior y ese mínimo contacto me resulta insuficiente. Gimo contra su boca y el beso se vuelve más intenso. Ignora mi protesta y yo me siento arder. Quiero sus manos acariciando hasta el último centímetro de mi piel. Quiero su cuerpo sobre el mío, dentro del mío.

—Abre los ojos —me lo susurra con voz ronca al oído. Siento los párpados pesados, pero obedezco.

Su rostro se cierne sobre el mío. Sus ojos son más oscuros que nunca y me atrapan. Sin apartar la mirada va bajando por mi cuerpo. Me besa el cuello, la línea de la clavícula, las costillas, el ombligo. Se detiene cuando llega a mi ropa interior. Me acaricia con suavidad sobre la tela y me tengo que morder el labio inferior para no gritar. Aparta las manos y con sus pupilas fijas en las mías introduce los pulgares bajo el elástico de mis braguitas y las va deslizando por mis piernas hasta dejarme desnuda de cintura para abajo.

Mi respiración se ha convertido en un jadeo entrecortado. Solo siento una palpitante necesidad que crece por segundos.

—Por favor.

Sus ojos destellan cuando se inclina. Noto su respiración sobre mi sexo antes de que sus labios lo acaricien y un grito escapa de mi garganta.



# Capítulo 25

## Aitor

Me despierto de golpe cuando la escucho gritar. Me levanto y me acerco a su cama. Se mueve inquieta y respira muy deprisa. Parece que las pesadillas han vuelto.

—Paula —la llamo. Me siento a su lado y la zarando con suavidad—. Paula.

Abre los ojos de golpe. Me mira y se sube la sábana hasta el cuello.

—¿Estás bien?

—Sí, bien —desvía la vista hacia algún punto detrás de mí y retuerce la sábana entre los dedos—. ¿Estás segura? —la noto rara. Asiente, pero sus ojos me esquivan y sus mejillas se van coloreando por momentos.

—Sí. Voy a darme una ducha —sale de debajo de las sábanas como una exhalación, abre el armario y con la bolsa de viaje al completo desaparece tras la puerta del cuarto de baño.

Me quedo sentado mirando la puerta cerrada sin entender nada. Si no fuera porque no encuentro el motivo diría que está avergonzada. Cuando sale, casi una hora después, parece ser ella misma de nuevo. La dejo guardando el pijama y ocupo su lugar en el cuarto de baño. Me doy una ducha rápida, para compensar que nos hemos levantado tarde y el tiempo que Paula ha tardado en arreglarse, y en menos de media hora estamos sentados en el mismo comedor donde cenamos anoche, solo que ahora lo que ocupa la mesa es el desayuno.

—¿Qué quieres hacer hoy?

Frunce el ceño mientras termina de untar la mantequilla en una gruesa rebana de pan que estoy seguro de que no ha salido de ningún supermercado.

—La verdad es que no lo sé. Nunca se me ha dado muy bien lo de improvisar.

Reprimo el impulso de alargar el brazo y pasar los dedos por las pequeñas arrugas que se dibujan en su frente. Me estoy volviendo adicto a su contacto. Su calor, su aroma; despiertan mis sentidos y me recuerdan como era sentirse humano. Recuerdo el tacto de sus labios bajo los míos y me

estremezco. *Basta*. Saco una moneda y la coloco sobre la mesa.

—Dejemos que elija el azar. Cara: mar. Cruz: montaña.

Lanzo la moneda y mientras Paula la observa bailar en el aire, yo la miro a ella. El primer día no lo vi y ahora no podría ignorarlo. Es preciosa. Bonita por dentro y por fuera. Especial. Posee una luz interior capaz de iluminar la noche más oscura.

—Cara —me informa con una sonrisa feliz. Y yo sonrío solo por ella.

Terminamos la comida que queda en nuestros platos y salimos del hotel para coger el coche, ya que la costa queda a unos cuantos kilómetros. Nos recibe una mañana soleada y, aunque el abrigo no estorba, pasear al aire libre resulta agradable. Caminamos uno junto al otro, despacio recorriendo las calles empinadas. Paula está más silenciosa de lo habitual. De vez en cuando, la sorprendo observándome por el rabillo del ojo y si nota que la miro vuelve la vista al frente de inmediato.

Cuando llegamos al aparcamiento me dice que tiene que hacer una llamada. Así que, le doy las llaves del coche y me alejo para concederle un poco de espacio. No obstante, según me alejo una sensación desagradable se instala en mi estómago. No soy tan tonto como para no reconocerla. Son celos al pensar en quién será la persona al otro lado de la línea telefónica. Su ex novio quizá. Casi me dan ganas de reír por lo absurdo de la situación.

Cuando regreso la veo apoyada en el coche, con el teléfono móvil todavía en la mano, absorta en sus pensamientos.

—¿Todo bien?

Abro el maletero y dejo una bolsa con comida y bebida que he comprado en el mismo bar en el que paramos el día anterior.

—Sí —asiente y me dedica una sonrisa.

—Vamos allá —le tiendo la mano, me devuelve las llaves y nos subimos al coche.

Hago un par de maniobras para salir de la plaza de aparcamiento y tomo la calle que nos llevará de vuelta a la carretera principal. Hemos recorrido cerca de cinco kilómetros cuando Paula rompe el silencio.

—Me gusta tenerte cerca.

—¿Qué? —alargo la mano para bajar el volumen de la radio y vuelvo la vista hacia ella.

—Me haces sentir fuerte, valiente. Me gusta tenerte cerca —repite mientras baja las gafas de sol que lleva en la cabeza a modo de diadema y con

una sonrisa satisfecha sube el volumen, dejando que la música inunde el interior del coche. Algo muy cálido se derrama en mi interior.

Pasado el medio día nos detenemos en un pequeño pueblo bañado por el mar. Buscamos una calle que lleve directa a la costa y nos dirigimos a la playa. Aparcamos y Paula se baja del coche, coge aire y examina fascinada el paisaje. Pienso que me encantaría fotografiarla con el mar de fondo. Saco una manta y la comida del maletero y buscamos un rincón dónde colocarnos, no es difícil, pues solo unas pocas personas se reparten por la arena. Comemos sentados sobre la manta, con los pies descalzos y la brisa salada acariciándonos la piel. Después nos tumbamos uno al lado del otro.

Tengo los ojos cerrados y los rayos del sol caen sobre mis párpados, adormeciéndome. De vez en cuando, noto el roce del brazo de Paula contra el mío cuando se mueve. No se escucha nada más que el sonido de las olas batiendo contra la orilla. Me siento en paz.

—Estoy pensando cómo voy a poder compensarte por acompañarme este fin de semana.

—No tienes por qué hacerlo.

—Pero me gustaría. Quizá podría haceros algún diseño para la imagen del restaurante.

Abro los ojos y me coloco de lado para poder verle la cara mientras hablamos.

—No es necesario.

—Vale, di lo que quieras —se gira y quedamos frente a frente—. Si no te gusta lo tiras.

—¿Siempre eres tan tozuda?

Se encoge de hombros y sonrío.

—¿Por qué TTeam? No es un nombre muy común.

Me coloco boca arriba con los brazos doblados bajo la cabeza.

—Lo elegimos una noche de borrachera. Hicimos un montón de papelitos con todos los nombres que se nos ocurrieron y sacamos uno al azar. Al principio nos sonaba raro, pero luego le cogimos el gusto. Simboliza nuestra amistad, nuestro nexo común: Sebastián, Teresa y Aitor —nos quedamos en silencio.

—¿Cómo era ella? —su tono es suave y dulce.

Cierro los ojos con fuerza.

—Era única. Divertida, atrevida. No he conocido a nadie como ella —

me sorprendo cuando las palabras comienzan a brotar de mis labios sin esfuerzo.

No sé durante cuánto tiempo hablo. Navego por mi memoria rescatando imágenes y sensaciones que ya creía olvidadas. Cuando termino no estoy triste, ni enfadado. De alguna manera compartir todos esos recuerdos me ha ayudado a reconciliarme un poco con mi pasado y a sentirme más cerca de Teresa. Me ha hecho recordar que aprovechamos cada segundo del tiempo que tuvimos juntos y nos amamos sin reservas. Y eso es mucho más de lo que otras personas tienen en toda una vida.

El sol comienza a ponerse y seguimos tumbados sobre la arena. Paula juega a echarse montoncitos y enterrarse los pies. Nos hemos quedado solos. En nada anochecerá.

—Deberíamos volver —odio ser quien rompa la atmósfera de complicidad que se ha creado, pero tenemos unos cuantos kilómetros de carretera por delante.

Paula mira al horizonte y se abraza las rodillas contra el pecho. De repente se levanta y comienza a quitarse la ropa. Primero el jersey, luego la camiseta, el resto de prendas siguen el mismo camino y van cayendo en un pequeño montoncito a sus pies. Sus movimientos son rápidos y bruscos. No puedo dejar de mirarla. Está preciosa frente a mí en ropa interior, con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes y me tiende la mano.

—Vamos.

—¿Qué?

—Báñate conmigo. Disfrutemos del momento.

La veo caminar hacia el mar y detenerse en la orilla. Las olas rompen en sus tobillos. La escucho reír y chillar a medida que el agua sube por su cuerpo. Y no me puedo resistir al hechizo de su risa cristalina y de esa luz que me atrae sin remedio. Me deshago a toda prisa de la ropa, a excepción del bóxer, dejándola caer junto a la suya y me zambullo en el agua cerca de ella. Me acerco buceando y presiono su pantorrilla antes de emerger. Sonríó al escuchar su grito.

—Soy yo, tranquila.

—Idiota —me salpica con las dos manos y yo la imito iniciando una guerra. Nos hundimos el uno al otro y salimos a la superficie abrazados y riendo a carcajadas. El agua está fría, pero apenas lo noto. Todos mis sentidos se centran en el cuerpo que se encuentra entre mis brazos. Me siento joven y

despreocupado, como si no existiese nada más allá que este momento y nosotros dos. Parece que hace una vida que no disfruto de un instante así.

Acarició la longitud desnuda de su espalda.

—Tienes la piel de gallina —sus piernas rozan las mías por debajo del agua.

—Estoy bien.

Me miro en sus ojos de gata y me pierdo en su calor. Alza el rostro hacia el cielo donde las primeras estrellas ya ocupan su lugar.

—Deberíamos salir —insisto pasando las manos arriba y abajo por sus brazos que rodean mi cuello.

Flotamos a merced de las olas, una de ellas nos acerca tanto que puedo notar cada una de sus curvas rozarse contra mí. Inspiro con fuerza y cierro los ojos. Noto como mis barreras caen. No puedo oponerme más. La deseo como no he deseado nada en mucho tiempo, excepto haber sido yo el que se quedó en aquella carretera que se llevó lo que más quería.

# Capítulo 26

## Paula

No quiero que este instante termine. Podría flotar eternamente a salvo entre sus brazos con las estrellas como únicos testigos. A su lado la incertidumbre y los miedos desaparecen y me siento más yo que nunca. Miro al cielo y me concentro en disfrutar del momento.

Me agarro con más fuerza a Aitor cuando una ola nos impulsa. Noto como sus manos me ciñen contra su cuerpo, sujetándome. Se crea un silencio extraño. Los dos nos mantenemos muy quietos, al menos todo lo que podemos para no hundirnos. De pronto soy demasiado consciente de cómo su cuerpo firme envuelve el mío y de nuestras respiraciones agitadas. Busco su rostro casi con miedo. Tiene el pelo húmedo echado hacia atrás, los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Creo que nunca le he visto tan guapo y me doy cuenta de que me muero por besarle.

Dudo solo un segundo antes de rozar mis labios con los suyos. Probablemente, será una de las peores ideas que he tenido, pero la vida es para los valientes. Y yo he decidido serlo. Prefiero equivocarme a preguntarme qué hubiera ocurrido. Aitor se tensa ante mi contacto, duda solo unos segundos y al instante siguiente reacciona entreabriendo los labios para recibir a los míos. Una de sus manos se mete entre mi pelo y la otra baja por mi espalda pegándose a él. Su lengua se mueve contra la mía y el beso se hace más íntimo. Todo desaparece, excepto él y yo. Las emociones se agolpan y me abruman. Me pierdo en su olor, en su sabor, en el roce de sus manos sobre mi piel. Mi cuerpo reacciona a él y se abre como una flor en primavera. Poco a poco, las caricias van bajando de intensidad y los movimientos se vuelven más lentos y dulces hasta que nuestros labios se separan. Aitor inspira hondo y apoya su frente contra la mía. A pesar de que su cuerpo me indica lo contrario, sé que no quiere continuar.

Permanecemos en la misma posición hasta que conseguimos serenarnos y luego nadamos hasta la orilla. La luz del crepúsculo nos guía por la playa. Aitor espera mientras me deshago de la ropa interior y me visto. Cuando

acabo le tiendo la manta y él me imita. Terminamos de recoger y en silencio caminamos hasta el coche.

Tenemos que recorrer más de la mitad del camino hasta que Aitor se decide a pronunciar la primera palabra. No estoy segura de si quiero escuchar lo que tiene que decir. No obstante, no hay escapatoria. Somos él, yo y kilómetros de asfalto por delante.

—Deberíamos hablarlo.

—Por mi parte no es necesario —prefiero dejar las cosas según están. No me hace falta escuchar cómo me rechaza.

—No lo entiendes.

Solo alcanzo a ver su perfil que se encuentra sumido entre sombras apenas atenuadas por la luz que emite el cuadro de mandos.

—Yo creo que sí.

Un pulgar delicado empuja mi barbilla hasta que nuestros ojos se encuentran.

—No hay nada que pueda ofrecerte —murmura con suavidad—. Ni una sola cosa. No me queda corazón.

Quiero decirle que se auto engaña, que es el miedo el que habla y no él, pues en unos pocos días me ha dado mucho más de lo que puede imaginar. Ha sido un amigo, un hombro sobre el que llorar, un compañero de aventuras. Con un solo beso ha conseguido que me sintiese especial. Solo una persona con un corazón enorme podría haberlo logrado. No obstante, prefiero callar por ahora. Puedo ver su angustia y no quiero presionarle.

—Tu vida ha sufrido demasiados cambios. Necesitas asumirlos, adaptarte. Y yo no puedo ser el salvavidas al que te aferres, ni siquiera soy lo bastante valiente para salvarme a mí mismo.

—Eres valiente. Solo tienes que creértelo —se lo digo desde el corazón y desde el fondo del mismo espero que lo haga.

Recorremos el resto del trayecto en silencio, arrullados por la música suave que sale por los altavoces del coche. Parece que por ahora está todo dicho.

Cuando llegamos a la habitación la atmósfera ha cambiado respecto al día anterior. Nos movemos de puntillas uno alrededor del otro, como si fuésemos dos adolescentes avergonzados por haberse besado. Me giro con el pijama en la mano para toparme de frente con Aitor, que también sostiene el suyo.

—Iba a darme una ducha —carraspea y se pasa la mano por el pelo—. Mejor entra tú primero.

—No hace falta.

—Ya, no importa —sus ojos se clavan en las prendas que sujeto y luego en mi cuerpo.

Miro con disimulo y descubro que mis braguitas se han escapado por entre la tela del pijama y cuelgan a la vista. Aprieto la ropa contra mi pecho siendo muy consciente de que voy desnuda bajo los pantalones vaqueros.

—Tú..., solo entra —veo cómo su nuez sube y baja, mientras busca desesperado a su alrededor hasta que da con el mando a distancia del televisor.

Sigo su consejo y ruborizada como una colegiala desaparezco en el interior del cuarto de baño cerrando la puerta tras de mí.

Cuando salgo de nuevo lo hago con el pijama puesto y más calmada tras la ducha. Después de guardar la ropa y dejar preparado el equipaje para el día siguiente, apago todas las luces, excepto la de la mesilla de noche de Aitor, y me meto en la cama. Pasa un rato hasta que escucho la puerta abrirse y sus pasos al entrar en la habitación. Cierro los ojos fingiendo dormir. Se mueve de un lado al otro y cuando pasa por delante de mi cama se detiene. Aguanto la respiración. Le oigo acercarse entre los latidos que me palpitan en los oídos. Su mano acaricia mi pelo y sus labios se posan con suavidad en la comisura de los míos.

—Descansa, pequeña.

Aguanto en tensión hasta que se mete en la cama y apaga la luz. Solo entonces, amparada por la oscuridad, me atrevo a rozar con los dedos el punto en el que me ha tocado su boca.

El camino de vuelta transcurre sin incidentes. No hemos vuelto a hablar de lo sucedido en la playa, aunque, al menos, yo lo tengo muy presente. Cada vez que mis ojos se posan en sus labios no puedo evitar acordarme de cómo se siente su tacto sobre los míos.

Creo que necesito llegar a casa, volver al mundo real fuera de la burbuja que hemos creado a nuestro alrededor este fin de semana y poner en perspectiva los sentimientos que han brotado en mi interior. Darme cuenta de que en realidad solo ha sido atracción sacada de contexto. Porque pensar otra



cosa hace que me muera de miedo. Es imposible competir con un amor tejido de recuerdos, que no entiende de costumbre ni desacuerdos. Sería de locos albergar cualquier otro tipo de sentimiento hacia un hombre que sigue enamorado de otra mujer, su esposa, una esposa muerta.

No obstante el silencio se hace más denso a medida que nos acercamos a nuestro destino. Creo que los dos tememos el momento del adiós. En mi caso porque, a pesar de todo, ha sido uno de los fines de semana más especiales de mi vida y presiento que cuando nos separemos algo importante se va a romper.

Hemos salido del garaje y caminamos uno junto a otro. Cuando nos encontramos a unos pocos metros del TTeam, Aitor se detiene.

—Yo me quedo aquí —inclina la cabeza señalando la puerta del restaurante.

Podría jurar que quiere evitar la intimidad que nos brindaría el interior del edificio. Lo entiendo y no le juzgo por ello.

—Lo he pasado genial. Muchas gracias por acompañarme —me cambio la bolsa de mano tratando de controlar las ganas que tengo de abrazarle. No quiero abrumarlo e intento disimular lo mucho que ha significado para mí estos días a su lado.

—Yo también lo he pasado muy bien.

Me muerdo los labios, miro al suelo y luego subo la vista hasta que nuestras miradas conectan.

—Bueno... —un «nos vemos» está a punto de abandonar mi boca cuando me rodea la cintura y me pega a su cuerpo. Apoyo la mejilla contra su pecho, cierro los ojos y me aferro a él. Me abraza con fuerza y posa sus labios en mi sien. Es una sensación agridulce.

Nubes de tormenta nos han dado la bienvenida al entrar en la Comunidad de Madrid, a pesar de la amenaza no habían descargado una gota de lluvia hasta este momento. Aitor alza la vista al cielo.

—Tienes que irte —me lo susurra al oído antes de besarme en la mejilla y soltarme.

No quiero marcharme, sin embargo, asiento y salgo corriendo hacia el refugio del portal con ganas de llorar y una sensación de pérdida inmensa.

Entro en la seguridad de mi hogar y me digo que tengo que serenarme. No ha llegado el fin del mundo. No es mi novio, técnicamente podría decirse que ni siquiera somos amigos, no nos conocemos el tiempo suficiente, y por supuesto no es amor. Yo estoy enamorada de Víctor, ¿o no? Y además, nadie

puede enamorarse en tan poco tiempo, eso solo ocurre en las películas. Aun así no soy capaz de deshacerme de la tristeza que me invade.

Comienzo a sacar la ropa de la bolsa de viaje mientras trato de centrarme. La semana comienza y hay que volver a la normalidad. El sonido del timbre interrumpe mis pensamientos y mi corazón parece saltarse un latido para luego reiniciar su movimiento al galope. Suelto de cualquier manera sobre la cama la camiseta que tengo en la mano y corro a la puerta. Cuando la abro la decepción me golpea. El fontanero y dos operarios más me miran desde el descansillo. ¿Qué esperaba?

Tras terminar de deshacer el equipaje, dejo a los tres hombres trabajando y pongo rumbo a casa de Alicia. La he llamado varias veces y un mensaje me indica que el teléfono se encuentra apagado o fuera de cobertura. Paro un taxi y mientras nos confundimos entre el tráfico madrileño con alguna emisora de noticias de fondo me doy cuenta de que hace varios días que no sé nada de ella y he estado tan perdida en mis propios problemas que ni me he dado cuenta. Me reprendo mentalmente y me digo que la voy a invitar a comer para compensarla.

Una vez en su edificio, llamo al portero automático. No recibo respuesta. Repito la operación con el mismo resultado. Le envío un mensaje y menos de un minuto después suena un pitido que me franquea la entrada. Cuando llego a su planta me encuentro la puerta de su piso entreabierta, así que la empujo y accedo al interior. Dejo el abrigo en el perchero del recibidor y voy hasta el salón. La imagen que me da la bienvenida hace que se me encoja el estómago de preocupación. Nunca antes he visto a mi prima en este estado. Se acurruca en el sofá baja una pesada manta de lana, vestida con una sudadera enorme y el pelo recogido en lo alto de la cabeza en un moño desgreñado sujeto de cualquier manera. Bajo sus ojos hinchados se dibujan unas enormes ojeras y los pómulos se ven más afilados en su preciosa cara. El desorden habitual se ha convertido en un caos de envases de comida a domicilio a medio vaciar y vasos sucios.

La culpabilidad me ahoga. Ella siempre ha estado a mi lado cuando más lo necesitaba y yo ni siquiera he sabido darme cuenta de que era algo grave lo que la preocupaba. Me acerco y me siento a su lado. Me mira con sus enormes ojos azules y se echa a llorar. La abrazo con fuerza y dejo que se desahogue.

Permanecemos así un buen rato, hasta que se separa de mí con los ojos enrojecidos, pero ya secos de lágrimas. Coge un pañuelo de papel de una caja

que descansa sobre la mesa y tras sonarse se recuesta en el sillón con el agotamiento reflejado en la cara.

—Soy un desastre, Paula —hace una mueca y suspira—. Siempre lo estropeo. Y esta vez lo he hecho a lo grande.

Tomo una de sus manos, que tiene helada, y la aprieto entre las mías.

—Seguro que no es para tanto. Sea lo que sea entre las dos lo arreglaremos.

Baja los ojos al pañuelo que retuerce entre sus dedos y luego me mira.

—Estoy embarazada.

Abro la boca y luego la vuelvo a cerrar. Es una verdadera sorpresa. Y también un alivio, ya que por mi imaginación han ido pasando todo tipo de tragedias.

—Vaya. —Sé que en mi obligación como amiga debería tratar de decir alguna palabra que le de consuelo, pero me he bloqueado.

—Con lo difícil que es dejarte a ti sin palabras —esboza una sonrisa triste.

—¿Cómo ha sucedido?

—Pues papá pone una semillita y mamá contra todo pronóstico y a pesar de los métodos anticonceptivos se queda embarazada.

Respiro aliviada al ver que todavía es capaz de bromear. Suspira y continúa.

—Ni lo sé. Me imagino que algo falló —concentra su atención en estirar los puños de la sudadera—. Qué más da.

Bien mirado eso es lo de menos en este momento.

—¿Y has pensado lo que vas a hacer?

—Durante tres días con sus tres noches —aprieta los labios y sus ojos se encharcan de nuevo—. No puedo ser madre.

—Cariño, puedes ser lo que tú decidas —le aprieto la mano y me dedica una sonrisa trémula.

—Esto me viene muy grande, Paula. Tengo treinta años y nunca me había planteado ser madre. Ni siquiera he tenido una relación seria en cuantos, ¿nueve años?

Se reflexión deja una pregunta flotando en el aire.

—¿Sabes quién es el padre?

Entrecierra los ojos y mueve la cabeza incrédula.

—Perdona, cielo, pero tenía que preguntarlo.

—No te preocupes, dentro del absurdo de todo este asunto solo es una gota más —recoge un cojín que descansa sobre sus piernas y lo aprieta contra el pecho—. Claro que lo sé. Y supone un gran problema, porque he hecho todo lo posible por echarlo de mi vida.

Trata de esconderlo, pero nos conocemos demasiado bien, leo la tristeza en su rostro. Sea quien sea le importa.

—¿Y lo merecía?

—No, imagino que no.

Clavo mis ojos en ella y espero. Supongo que la insistencia de mi mirada la hace continuar.

—Le conocí una noche hace algo más de dos meses. Había quedado con una amiga, pero no llegaba y él, al verme sola, se dedicó a darme conversación hasta que esta apareció media hora después. Fue encantador y muy atento y ahí quedo la cosa. El caso es que me debió pillar con el día tonto, porque le di mi teléfono. Me llamó al día siguiente. Y así empezó todo —se inclina para coger un vaso de la mesa, bebe un trago y prosigue—. Al principio estaba bien, nos divertíamos y ya, pero al poco algo cambio y fue como ir en una montaña rusa sin frenos. Todo pasaba demasiado deprisa y lo que de inicio era una relación física sin más se complicó con un montón de sentimientos que ni quiero ni puedo permitirme tener.

—Me lo vas a tener que explicar, cielo, porque no lo entiendo. Conoces a un tipo fantástico, con el que te va de fábula y le mandas a la mierda, porque ¿surgen sentimientos? Si no me equivoco a eso se le llama tener una relación.

—No creo en las relaciones, Paula —lo dice casi con fiereza—. Ya tuve una y no salió bien.

—Vale, las cosas no fueron como esperabas aquella vez, pero no tienes por qué renunciar a compartir el resto de tu vida con alguien porque otra persona te decepcionase.

—No lo entiendes. Soy yo la que no soy de fiar. Soy yo la que hizo que la relación con Eduardo fracasara. Le fui infiel. No una ni dos, sino tres veces, después de que él me perdonara. Le quería y le engañé. Era tonta y egoísta y no sabía lo que quería.

Recuerdo esa época, creo que fue la única en la que Alicia y yo hemos estado distanciadas. Ella tenía novio y yo seguía saliendo con el mismo grupo de siempre. Nos veíamos poco, aunque hablábamos de vez en cuando por teléfono. Cuando su relación se rompió la nuestra volvió a estrecharse. Ella

nunca me lo contó y yo no me di cuenta.

—Jamás me dijiste nada.

Una carcajada carente de alegría sale de su garganta.

—No me sentía muy orgullosa. Hice daño a una buena persona y a mí misma por el camino.

Miro a mi prima echa un ovillo con las lágrimas encharcando sus ojos y me parece una niña triste y asustada. Por primera vez, puedo percibir que bajo la fachada de seguridad que proyecta se esconde una mujer herida y con una baja opinión de sí misma.

—No creo que seas la misma persona. Todos cometemos errores, pero también maduramos. No deberías castigarte por algo que sucedió hace tantos años. La vida pasa demasiado deprisa, no la desperdicies —le seco las lágrimas y nos fundimos en un abrazo.

La obligo a darse una ducha y mientras lo hace me dedico a recoger el desastre en el que ha convertido el apartamento. Luego preparo algo sano de comer con lo que encuentro en la nevera, porque, por lo que he podido ver, debe llevar días mal alimentándose a base de comida precocinada y a domicilio, aunque la mayoría de los envases se encontraban medio llenos.

Cuando vuelve tiene mejor aspecto, aunque su mirada ha perdido la alegría que solía mostrar. Decido que no hay mejor manera de distraerla de sus problemas que compartir los míos, así que mientras sirvo la comida me dedico a ponerla en antecedentes de todo lo que ha ocurrido en esta última semana.

—Has roto con Víctor y te has marchado de fin de semana con tu vecino —dice a modo de resumen.

—Así dicho suena fatal.

He bajado a por dos tarrinas gigantes de helado y estamos dando buena cuenta de ellas apoltronadas en el sofá.

—Nena, no esperes que sea yo la que te lo critique. Sabes que aprecio a Víctor y odio que lo pases mal con todo esto de la ruptura, pero creo que no es la persona adecuada para ti.

Me meto una cucharada de helado en la boca para evitar darle la razón, porque lo cierto es que yo también empiezo a pensar si no será cierto. Por otro lado, ¿quién es el adecuado para mí? ¿Aitor? Mi corazón aletea ante la posibilidad a la vez que mi cerebro le quita la razón.

—Respecto a Aitor, ¿tengo que preocuparme? Porque no parece una

persona emocionalmente disponible y no me gustaría que te hiciese daño. Tiendes a involucrarte demasiado con los demás, no sabes protegerte.

—Estoy bien —siento que se preocupe y a la vez me hiere que me vea tan frágil.

—Además, ¿no crees que es demasiado pronto, cielo?

—Sí y no. No hay nada. Solo... me gusta —digo en voz baja.

Pasamos el resto de la tarde viendo películas tumbadas en el sofá. Decido que ha llegado la hora de marcharme cuando veo que a Alicia comienzan a pesarle los párpados.

—Todo va a salir bien, cielo —le susurro mientras le coloco la manta y no sé si lo digo porque ella necesite escucharlo o por mí misma. Asiente adormilada y se gira buscando una postura más cómoda. Le doy un beso en la frente y salgo tratando de no hacer ruido.

Cuando llego a casa mi hermano me espera viendo la televisión sentado en el sofá del salón.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —suelto el bolso sobre la mesa y me dejo caer a su lado apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Los obreros me han dejado pasar. No puedes faltar a la comida de los domingos con una simple llamada y sin dar ninguna explicación, si no quieres que salte la alarma materna —sus dedos me revuelven el pelo con cariño—. Por cierto, el fontanero y los pintores me han dicho que ya han acabado.

—Genial. ¿Mamá está enfadada?

—No, solo preocupada. Ya la conoces —junta su cabeza con la mía—. He hablado con Víctor. Como no te localizaba le llamé. ¿Cómo estás?

—Bien, creo.

—Lo siento mucho, peque.

—Sí, yo también.

Nos quedamos callados los dos con la mirada fija en la pantalla del televisor.

—¿Qué vas a hacer? ¿Crees que lo podéis arreglar?

—No lo sé. Tenemos una conversación pendiente. Resulta confuso, porque me entristece el pensar que no va a estar junto a mí de ahora en adelante; pero por otro lado me he dado cuenta de que llevo tiempo viviendo mi vida sin él, porque no nos veíamos apenas.

Mi hermano entrelaza sus dedos con los míos y me besa en la coronilla.

—Eres inteligente y una luchadora. Decidas lo que decidas saldrás

adelante.

Suspiro y me abrazo a su cintura reconfortada por su confianza. Permanecemos así un rato, disfrutando de este vínculo que cada día se fortalece un poco más.

—Jaime.

—Dime.

—Vendrás el día en que se lo vaya a contar a mamá, ¿verdad?

Su pecho se agita por la risa.

—Claro, peque. Allí estaré.

# Capítulo 27

## Paula

La semana ha pasado en un visto y no visto. Ha entrado un proyecto urgente y hemos volcado todas nuestras energías en entregarlo a tiempo. Hemos trabajado una media de catorce horas diarias y Alicia ha estado durmiendo en casa. El apartar por unos días todos los asuntos que giran a nuestro alrededor y la mutua compañía nos han venido bien. Alicia se encuentra más animada, aunque todavía no ha tomado ninguna decisión sobre el bebé y yo por mi parte he estado evitando pensar en Aitor.

No sé nada de él desde que nos despedimos bajo la lluvia seis días atrás, parece que se lo hubiera tragado la tierra. Resulta curioso cómo algunas personas se te meten bajo la piel y es que, aunque me diga que no, me muero por verle y me sorprendo escrutando a través de los cristales del balcón por si le sorprendo entrando o saliendo del restaurante.

El timbre suena. Cojo aire, me levanto del sofá y camino hacia la puerta sintiendo que el nudo que tengo en el estómago se aprieta un poco más.

—Hola.

—Hola —susurro casi con timidez y me aparto del vano para dejar libre el paso.

Víctor se inclina y durante un momento incómodo dudamos dónde posar nuestros labios. Al final, me besa en la mejilla.

—Estás muy guapa.

—Gracias —no me he arreglado especialmente, llevo unos vaqueros ajustados y un jersey blanco que sé que me favorecen y me he puesto un poco de maquillaje. Lo justo para sentirme más segura—. Tú también —no miento, está guapo con la camisa azul cielo y unos vaqueros desgastados.

Caminamos hasta el salón. Víctor espera de pie hasta que le pido que se siente. Se acomoda en uno de los sofás y yo lo hago en el otro. Me pregunto cuándo nos hemos convertido en dos extraños.

—¿Qué tal la mudanza? ¿Ya lo tienes todo listo?

—Sí. En realidad me llevo poco más aparte de la ropa. El piso que me



alquila la empresa ya tiene muebles y todo lo básico para poder entrar a vivir —hace una pausa—. ¿Tú cómo te encuentras?

—Bien, muy bien.

El silencio invade la sala y nos removemos incómodos.

—Me alegra que hayas accedido a quedar. No quería marcharme sin verte antes.

—Hemos estado juntos cuatro años. Nos lo debíamos.

Se inclina hacia adelante apoyando los antebrazos sobre los muslos y toma aire.

—Creo que te debo una disculpa. No debería haber aceptado el puesto sin consultarlo contigo, al menos por respeto, pero era una gran oportunidad y he trabajado muy duro para poder optar a ella —se pasa las manos por el pelo desordenando los mechones castaños.

—Si te hago una pregunta, ¿me contestarás con sinceridad?

Me mira y asiente.

—¿Hubiera cambiado en algo tu elección saber mi opinión?

Inspira, cierra los ojos un instante y luego responde.

—No, creo que no.

Sus palabras de alguna manera no me sorprenden y tampoco provocan el latigazo de dolor que esperaba sentir al escucharlas. El sentimiento resulta más parecido a la tristeza.

—Entonces volvemos al punto de partida y me parece que no tienen sentido que le demos más vueltas. —Él no me va a pedir que le acompañe y yo no me ofrezco a hacerlo.

—Eres mi mejor amiga, Paula, y no quiero perderte. —El dolor en su expresión me lastima. Duelen los momentos compartidos y el amor que no regresarán.

—Dicen que el tiempo lo cura todo. Dejemos que transcurra y a ver qué pasa. —Ahora mismo no me veo capaz de comprometerme a más.

Suspira y se pone en pie.

—Tengo que irme.

Me levanto para acompañarle a la puerta. Nuestros ojos se encuentran.

—¿Puedo abrazarte?

Asiento, porque el nudo que tengo en la garganta no me permite hablar, y sus brazos me envuelven pegándome a su cuerpo. Entierro el rostro en su pecho y aspiro su olor, tan familiar. Una lágrima surca mi rostro. Sus labios

tocan los míos con suavidad. A esto se reduce todo. A una breve conversación y un beso. Termina igual que comenzó.

El domingo por la mañana el sonido del timbre me sobresalta. Me levanto del sofá y en pijama, según me encuentro, voy a abrir la puerta. Los ojos de mi prima me recorren de arriba abajo.

—¿Unicornios? —niega con la cabeza y se echa a reír. Entra en el piso, directa a mi habitación y yo me limito a seguirla. La Alicia segura y llena de energía ha vuelto. Saca varias prendas del armario y me las tiende—. Te he dado veinticuatro horas para lamerte las heridas. La vida sigue, tú misma lo dijiste. Te espero en el salón.

Me quedo sola parada en el medio del cuarto, con la ropa en la mano y sin reaccionar. Poco a poco, una sonrisa se abre paso hasta mis labios y pongo rumbo a la ducha.

Pasamos la mañana paseando y viendo escaparates. El sol luce en el cielo madrileño, aunque las temperaturas han empezado a bajar y nos arrebujamos en nuestros abrigo en busca de un poco de calor. Terminamos sentadas junto a una estufa de gas en una terraza cerca del Retiro. Hemos acabado de comer hace rato y dos infusiones descansan sobre la mesa.

—¿Cómo has dicho que se llama esto? —Alicia llena la cucharilla de líquido y lo deja caer de nuevo en la taza con una mueca.

—Té de Rooibos.

—Pues a mí me parece agua sucia. Dónde esté un café bien cargado. Claro que me voy a tener que acostumbrar —me mira de reojo.

Tardo unos segundos en procesar el significado de sus palabras. Cuando lo hago me levanto y la abrazo con mucha fuerza. Sus carcajadas resuenan junto a mi oído y sonrío feliz.

—Voy a ser tía —digo incrédula mientras vuelvo a mi asiento.

—Técnicamente el parentesco es tía segunda.

—Cállate aguafiestas —digo tirándole un sobre de azúcar entre risas. Cuando estas se agotan, dudo un instante, pero, al final, me decido a formular la pregunta—. ¿Y el padre? ¿Se lo has dicho ya?

Su rostro se torna serio y baja los ojos.

—Necesito un poco más de tiempo.

—Lo entiendo, pero no lo dejes mucho. No sería justo para ninguno.

Asiente y parte de la alegría que lleva mostrando toda la mañana se desvanece. Me siento culpable por no haber mantenido la boca cerrada y

busco un plan con el que arreglarlo. Recuerdo que en el Centro Conde Duque proyectan *Como agua para chocolate*. Es una de las películas preferidas de mi prima y la distraerá de sus preocupaciones, al menos, durante un rato.

El taxi nos deja en la entrada del antiguo cuartel reconvertido en centro cultural. Al ser domingo un buen número de personas llenan sus salas. En los carteles que hay en la puerta de acceso leo que una de las exposiciones en curso muestra diferentes ilustraciones provenientes del mundo de la publicidad. Falta media hora para que de comienzo la película y decido entrar a echar un vistazo. Alicia, menos interesada que yo, se ofrece para ir a informarse de si se encuentra abierta ya la sala de proyección y así hacerse con dos asientos bien situados.

Me muevo por la estancia y voy pasando de una lámina a otra, admirando los detalles. Una sensación incómoda me hace girarme. Soy invisible para el resto de personas que ocupan la sala. Nadie me presta atención. Sonrío y devuelvo la mirada a la ilustración que tengo delante, que muestra a un niño sosteniendo un gran bote de Cola Cao.

Alguien se detiene a mi lado. Giro el rostro y el estómago me da un vuelco al ver a Aitor.

—Hola —se inclina hacia mí y lo pronuncia bajito, casi como si ese simple saludo fuera un secreto solo para nosotros dos.

—Hola —le respondo en el mismo tono y sus labios se elevan en una media sonrisa que acelera mi corazón.

Me muero por perderme en su rostro. Llevo días deseando tenerle justo como ahora, sin embargo, me obligo a desviar la vista al frente.

—¿Vienes mucho por aquí?

No soy capaz de contener la sonrisa ante su parodia de flirteo. Me doy por vencida y le miro. Sus ojos están fijos en mí y desprenden tal calidez que casi puedo sentir que me acarician.

—Tu técnica resulta un poco anticuada.

Su sonrisa se ensancha y sus pupilas brillan.

—¿Entonces no da resultado?

Dudo qué debo responder. Me doy cuenta de que he tenido pareja tanto tiempo que no sé si soy capaz de interpretar las señales, si es que hay alguna que interpretar. Mi dilema desaparece de golpe cuando un hombre se acerca y coloca la mano sobre el hombro de Aitor.

—Perdona que te interrumpa, pero la demostración está a punto de

comenzar.

Aitor se gira y siento cómo la magia del momento se desvanece.

—Claro, no te preocupes.

El intruso es tan alto como él, solo que donde Aitor resulta todo oscuridad el otro es todo luz, con el pelo y la barba rubios y unos ojos azules que me miran sin disimular el interés. Los dos juntos parecen una representación física del infierno y el cielo.

—Paula, él es mi socio, Sebastián. Sebastián, ella es Paula, una amiga.

Sebastián se acerca para darme dos besos.

—Así que ahora soy solo tu socio. Interesante.

—Es un poco inseguro y hay que darle una palmadita en la espalda de vez en cuando, ¿verdad, mejor amigo? —Aitor extiende la mano y escenifica el movimiento.

—No te dejes engañar por tanta amabilidad, en realidad es un capullo. Aunque a veces se comporta como un tipo decente.

Aitor sonrío y cruza los brazos sobre el pecho.

—Gracias, tío, yo también te quiero.

Disfruto observando el pequeño teatrillo que los dos representan. Nunca he visto a Aitor en este rol y he de reconocer que me divierte y me sorprende. Queda patente que ambos se profesan un gran cariño. Y solo por eso, Sebastián, se gana de inmediato mi respeto y aprecio.

Alicia entra en la sala y le hago un gesto para que se acerque.

—Me han dicho que podemos... —la frase muere en sus labios cuando se gira y ve la cara de mis acompañantes.

—Alicia. —Sebastián la mira y una mezcla de emociones cruza su rostro.

—Yo...Tengo que irme. Luego hablamos —me da un beso que casi no me roza y se aleja antes de que pueda responder.

—Pero... —La veo caminar a paso rápido hacia la salida—. Debería ir con ella.

Sebastián coloca una mano en mi antebrazo con delicadeza.

—Si no te importa prefiero ir yo. Tenemos una conversación pendiente.

Asiento y tras musitar un «gracias» desaparece siguiendo la estela de mi prima.

Le observamos hasta que su imagen se esfuma al cruzar el umbral.

—Bueno, así que tú prima es Ella. —Aitor se pasa la palma abierta por la nuca.

—Y tu socio es Él.

Nos miramos en silencio tratando de asimilar la información.

—Parece que nos hemos quedado sin acompañantes.

—Eso parece —digo confirmando lo obvio.

—¿Qué planes teníais?

—Íbamos a ver una película.

—Nosotros una demostración de coctelería, pero ya ha empezado.

El silencio vuelve a caer sobre nosotros y me siento incómoda. Aitor me mira y sonrío.

—Anda, vamos. —Entrelaza nuestros dedos y tira de mí hacia la salida.

Yo me dejo hacer, disfrutando del sencillo contacto de nuestras palmas unidas. Me suelta cuando salimos a la calle. Flexiono los dedos añorando su tacto. Se ha levantado viento y la sensación térmica ha caído varios grados. Me doy varias vueltas a la bufanda y Aitor mete las manos en los bolsillos del chaquetón. No hemos andado más de cuatro pasos cuando mis dientes comienzan a castañetear. Aitor sonrío ante el pequeño concierto que hay en mi boca y arquea el brazo.

—Agárrate, estás helada.

Sigo sus indicaciones y paso mi brazo alrededor del suyo. Él lo pliega y me acerca a su cuerpo, proporcionándome calor.

Quiero dejarle claro que soy muy consciente de que no he sabido nada de él en toda la semana. Y me gustaría que me explicase el por qué. No obstante, opto por no ser demasiado directa.

—¿Qué tal? ¿Has tenido una buena semana?

—No sabría decirte. ¿Y tú?

—No sabría decirte.

Gira la cabeza y arquea una ceja. Le devuelvo la mirada, retadora. Caminamos unos metros más. No sirvo para dar rodeos, así que me armo de valor.

—¿Por qué no has dado señales de vida en todos estos días? Te he echado de menos —confieso en un susurro.

Tarda tanto tiempo en contestar que pienso que no lo va a hacer. Finalmente, coge aire y lo suelta con fuerza antes de hablar.

—No lo sé. Puede que por eso mismo.

Una pequeña llama de esperanza prende en mi interior.

—¿Me has echado de menos? —espero su respuesta con el corazón

encogido.

—Mucho y eso me da miedo —debe notar mi confusión, porque se explica de inmediato—. Llevo dieciséis meses deseando cada noche no abrir los ojos a la mañana siguiente. Y, de pronto, llegas tú con el corazón en la sonrisa y los ojos llenos de ilusión y lo cambias todo. Me haces pensar que puede haber esperanza para alguien como yo. Y aunque quiero creérmelo, en el fondo sé que no lo merezco. —Baja el tono y la pena se filtra a través de su voz—. Son muchos los errores que he cometido en los últimos tiempos. El peor permitir a mi mujer participar en una carrera para la que no estaba preparada. Yo soy el culpable de que ella ya no esté a mi lado.

—Las tragedias ocurren, Aitor, no son culpa de nadie.

Veo cómo aprieta la mandíbula, sin embargo, no contesta. Quiero abrazarle, acariciar su rostro, su cuerpo y cada parte de su piel hasta llegar a su alma herida. Consolarle y expulsar sus temores sustituyéndolos por besos, decenas de ellos, hasta que deje de pensar que no tiene derecho a recibir amor. No lo hago, solo me aferro más fuerte a él y continuamos caminando.

Entramos en el portal y nos montamos en el ascensor. Voy contando cada segundo, temiendo que pasen y Aitor se aleje de nuevo, puede que para siempre. Desde que le conozco no ha parado de exponer las razones por las que debo apartarme de él y no se da cuenta de que lo único que necesito es que me quiera a su lado para quedarme.

Nos detenemos en mi planta y puedo leer la duda en sus ojos antes de decidirse a abrir la puerta y acompañarme.

—Es de locos ¿Cómo es posible que eche tanto de menos a Teresa y a la vez tú te cueles de forma constante en mis pensamientos?

—Porque estás vivo.

Coloco mi palma abierta justo sobre el punto donde late su corazón y puedo percibir cómo su ritmo se acelera ante mi contacto.

—Dios, me muero por besarte —baja los ojos a mis labios y siento que el calor se propaga por ellos—. No puedo soportar más el vacío en mi interior y tú eres la única que consigue hacerme sentir. Ayúdame, por favor. —Se ha ido acercando. Nuestras frentes se tocan y las respiraciones se mezclan. Nuestros labios se encuentran a milímetros—. Deberías salir corriendo. Ahora que todavía puedes.

—Deberías saber que no pienso ir a ninguna parte —dejo que mis dedos se enreden en el cabello de su nuca y tiro de él con suavidad animándole a

cerrar el espacio entre nuestras bocas. Justo antes de que se toquen pienso en que no sé si esta es la decisión más valiente o la más estúpida de todas las que he tomado en mi vida. Me da igual. Nunca me lo perdonaría si, al menos, no intentase explorar lo que se está creando entre los dos.

Me besa. Con una mano rodea mi cintura y la otra la apoya en la pared. Sus labios rozan los míos con suavidad, tentando, probando. Tiemblo. Nunca antes un beso me ha hecho temblar. Apenas nos tocamos y puedo sentirlo en cada milímetro de la piel. Su mano se desliza hasta mi trasero y me acerca a su cuerpo. Noto su excitación y cómo se estremece cuando me aprieto contra él. En cuestión de segundos, la naturaleza del beso cambia y se vuelve más intenso, casi furioso. De pronto, Aitor separa nuestros labios. Los dos jadeamos.

—No sé si puedo hacerlo. —Soy capaz de ver su lucha interior y la sombra de la culpa asomar a sus pupilas, tan oscuras que parecen negras. Los fantasmas que viven en su interior le reclaman.

Me siento impotente, me duele verlo atrapado entre las garras de un monstruo contra el que no puedo luchar.

—No te alejes. Te necesito —uso las palabras para abrirme paso entre el muro de recuerdos que está erigiendo entre nosotros.

Cierra los ojos y le acaricio el rostro.

—Quédate conmigo —susurro—. Quédate conmigo.

# Capítulo 28

## Aitor

La veo en la sala, rodeada de gente y me parece perder pie. Seis noches y casi siete días recordando sus besos, su sonrisa, el tacto de su piel; tratando de deshacerme de ellos. Y con solo un atisbo de su perfil, vuelven con la misma fuerza del primer día. Me doy por vencido y me acerco. Se gira y la sorpresa se dibuja en su rostro, junto a algo más. Placer. No obstante, trata de ocultarlo y desvía la vista.

No puedo dejar de mirarla. Hay algo en Paula que me hace querer acercarme y no solo me refiero al plano físico. Me atrae, eso hace tiempo que lo acepté, pero además me siento conectado a ella de una forma que no sabría explicar con palabras. Y esa sensación me confunde.

Trato de sacarle una sonrisa para comprobar si siguen siendo tan maravillosas cómo en mis recuerdos. Cuando, al fin, lo consigo tengo que contenerme para no cogerla entre mis brazos y besarla hasta que desaparezca este anhelo que palpita en mi interior sin darme tregua.

Sebastián se acerca y rompe el hechizo. Creo que nunca he tenido tantas ganas de pegar un puñetazo a alguien. No obstante, disimulo y me dedico a bromear con mi amigo. Mientras conversamos mi cerebro busca una excusa para no tener que despedirme de ella. Como si hubiera atendido a mis ruegos, la prima de Paula aparece para al instante siguiente desaparecer seguida por Sebastián. A pesar de lo extraño de la situación, sonrío por mi buena suerte.

Tomo su mano y tiro de ella, quiero tenerla solo para mí durante un rato. Ya en la calle caminamos uno al lado del otro. Cogerla de la mano no ha sido buena idea, porque ahora solo puedo pensar en tocarla de nuevo. Escucho el entrechocar de sus dientes cuando empieza a tiritar y aprovecho la ocasión para pegarla a mi cuerpo y disfrutar del inocente contacto.

Me pregunta por mi semana y me voy por las ramas. No puedo decirle que me he estado comportando como un cobarde, escondiéndome de ella. Queda claro quién es la valiente de los dos cuando me pregunta a bocajarro por qué no he dado señales de vida. Aunque lo que de verdad derriba mis



barreras son sus últimas palabras.

—Te he echado de menos.

Y yo, hasta la desesperación. Se lo digo, pero lo suavizo. Reconocer la intensidad de las emociones que me provoca me haría sentir desprotegido y frágil, porque lo peor no ha sido el extrañar su compañía o sus risas, sino extrañar a la persona que soy cuando estoy junto a ella. Y no puedo permitirme el lujo de depositar mi felicidad en las manos de otra persona nunca más.

El ascensor se detiene en su piso y por un segundo siento la tentación de huir. De ella y de la capacidad que tiene para hacerme sentir. No puedo hacerlo, me toca y sé que he perdido la batalla. Lo único en lo que puedo pensar es en perderme en ella. Y no me importa suplicar.

Siento su respiración sobre mis labios y en un esfuerzo por no perder la lucidez trato de advertirla. La deseo, mucho, pero no sé cuánto podré dar de mí mismo, porque no sé si queda algo que no esté roto en mi interior.

Tira de mí y el último resquicio de mi fuerza de voluntad desaparece. La beso. Acaricio sus labios con los míos y me adentro en su boca, jugando con su lengua, recurriendo su interior, saboreándola. Tiembla contra mí y es cómo si me hubiesen prendido fuego. No me puedo contener y la pego a mi cuerpo. Necesito sentirla. Sin previo aviso, una imagen de Teresa pasa por mi mente y siento como si un puño me golpease el estómago. Siento como si la estuviese perdiendo de nuevo. Como si el permitirme ser feliz me la arrebatase y al crear nuevos recuerdos estuviese desterrando los que creé con ella. Me alejo de Paula.

—No sé si puedo hacerlo.

—No te alejes. Te necesito.

Cierro los ojos y sus dedos se mueven con delicadeza sobre la piel de mis mejillas, mi frente, mi barbilla. Su contacto me consuela y me calma.

—Quédate conmigo —susurra—. Quédate conmigo.

La culpa se mitiga y entiendo que no es posible que nada de lo que estamos sintiendo sea algo malo, porque estar con Paula me hace querer ser mejor.

Alzo los párpados y puedo ver su alma asomando a través de la mirada. La necesito. Abro sus dedos con suavidad y tomo las llaves en mi mano. Deslizo la correcta en la cerradura y entrelazando sus dedos con los míos la llevo al interior. Me detengo en el salón y me coloco a su espalda para quitarle el abrigo y la bufanda. Los dejo doblados en el respaldo de una silla.

Alzo mis manos para acariciar sus hombros. Desplazo una de ellas hacia la nuca y le retiro el pelo con suavidad. Beso un punto junto al nacimiento de su cabello y su piel se eriza. La giro y nos miramos con los ojos cargados de deseo. Le ofrezco mi mano y la acepta sin dudar.

La habitación nos recibe en su silenciosa penumbra. El aire parece palpar a nuestro alrededor y el único sonido que se escucha es el de nuestras respiraciones. Acaricio la línea de su mandíbula y su mejilla. Sus párpados caen velando sus ojos. Me inclino y coloco mis labios sobre los suyos. Nos besamos, casi con miedo, al principio. Poco a poco nuestras bocas se reconocen y se vuelven más atrevidas, mientras nuestras lenguas se enredan y acarician.

Mueve sus dedos por mi pecho y comienza a desabrocharme los botones de la camisa. La imito y dejo caer su blusa al suelo. Nos miramos y sonreímos, parecemos dos críos asombrados que descubren el sexo por primera vez. Coloca mi palma abierta sobre su corazón que late frenético y yo llevo la suya al mío. La mayoría de mi ropa sigue puesta, sin embargo, me siento desnudo, ya que con su mirada Paula puede leer en mi alma.

Mis ojos se van llenando de ella con cada prenda que le quito a la vez que acaricio la suave piel que va quedando al descubierto. Termino de deshacerme de mi ropa y la ayudo a tumbarse de espaldas en la cama. Mis ojos se deslizan sobre todo su cuerpo y respiro hondo. Es preciosa.

Me coloco junto a ella y le acaricio los pechos. Mis labios se hunden en el hueco de su cuello y la escucho gemir. Sustituyo las manos por la boca y trazo delicados círculos sobre las areolas que alterno con tiernas succiones de mis labios. Vuelvo a su boca y la beso y en cada roce de nuestros labios se escapa el dolor, la ira, la desesperación, todos los sentimientos que se agitan en mi interior. Paula me devuelve las caricias y en cada uno de sus besos me entrega la esperanza, la ternura, la pasión. Rodea mi cuello con sus brazos y me coloco sobre ella. Mi mano se desliza por el interior de sus muslos buscando su calor. La acaricio y siento como se tensa de placer. Coloca su mano sobre mi erección y un escalofrío me hace estremecer. Nuestros labios se buscan desesperados. Vibramos al unísono con una necesidad que va más allá de un simple desahogo físico. No puedo darle nombre, pero es algo más, lo puedo sentir.

Sus piernas presionan alrededor de mis caderas y guía mi erección hacia su interior. Me quedo quieto, dándole tiempo para acostumbrarse a mí,

mientras reparto decenas de pequeños besos por su rostro. Me abraza y retiro mis caderas para volver a perderme en su cuerpo al segundo siguiente. Dejamos que las emociones y el placer nos envuelvan y creen una burbuja de magia donde solo existimos nosotros dos y en la que los pedazos de mi corazón roto vuelven a latir.

La noche avanza sigilosa y seguimos en la cama, desnudos y abrazados. Me da miedo soltarla por si se desvanece como en un sueño. Nuestros cuerpos se enredan uno con el otro; sus dedos con mis dedos, su pierna entre mis piernas y su cabeza sobre mi pecho. Siento un cosquilleo en mi interior que se parece mucho a la felicidad y me pregunto si no será un espejismo que se evaporará cuando salgamos de esta cama. Con la mano que tengo libre le acaricio la espalda.

—No sé que me has hecho, pero no quiero que se acabe.

—No voy a ir a ningún sitio —se gira para dejar un beso encima de mi corazón y vuelve a acomodarse sobre mi cuerpo.

—Apenas se nada de ti, sin embargo, me siento más cerca de ti que de nadie —escucho su risa suave.

—Eso tiene fácil solución, solo tienes que preguntar—se sienta de lado, sosteniendo la sabana contra su pecho y me mira con sus enormes ojos verdes —. Vamos, ¿qué quieres saber? ¿Mi color favorito? ¿Mi comida preferida? ¿La fecha de mi cumpleaños? Rosa, pasta en cualquiera de sus versiones y diez de agosto y catorce de junio, ya sabes, soy una chica con suerte y eso hay que celebrarlo. No puedo olvidar el día que mi nuevo corazón me hizo volver a la vida.

Me incorporo hasta que mi espalda se apoya sobre la almohada y mi mirada se desliza desde su cuello a su hombro desnudo y de ahí al nacimiento de sus pechos. El deseo reaparece y tiro de ella para acomodarla sobre mis piernas.

—Ya te dije una vez que la conversación está sobrevalorada —froto la punta de mi nariz contra la piel de su cuello y aspiro su olor. Paula echa la cabeza atrás para permitirme el acceso—. Además, lo más importante ya lo sé —tiro de la sábana dejando su torso al descubierto—. Ven, aquí pequeña —coloco la mano en su nuca y la atraigo a mis labios.

Nos damos un beso profundo y lento que despierta todas mis terminaciones nerviosas. Mis manos sujetan su cintura mientras mi boca desciende por su cuerpo. Me detengo cuando llego a la piel un poco más

abultada que marca una línea sobre su esternón. Muy despacio me inclino y la beso con suavidad. Noto como Paula se tensa sobre mí.

—¿Qué haces?

—Esta cicatriz cuenta tu historia y te hace única. Eres hermosa, y no lo eres a pesar de ella, sino que por ella sigues siendo hermosa y especial.

Vuelvo a sus labios y la beso rindiéndome al placer y con la certeza de que no hay ningún lugar en este momento en el que prefiriese encontrarme.

Paula duerme relajada a mi lado, ajena al tumulto que hay en mi cabeza. Me he despertado con una sensación extraña de alarma pulsando en mi cabeza que he tardado un rato en reconocer. Llevo horas dándole vueltas. Comprobando en mi mente fechas y hechos. Llegando siempre a la misma conclusión. Resulta demasiado cruel para ser cierto. Me levanto. El sol apenas ha hecho su aparición por el horizonte. Me visto en silencio, no quiero despertarla. Observo la paz en su rostro y la curva de su hombro desnudo. Solo la veo a ella, nada más. Me inclino y dejo un beso en su pelo antes de abandonar la habitación.

Subo a mi casa y envío un mensaje antes de meterme en la ducha. Estiro el tiempo bajo el agua caliente retrasando el momento. Compruebo el teléfono al salir, me visto, cojo las llaves del coche y cruzo la puerta de nuevo en dirección a la calle. Me lleva una media hora llegar a mi destino. Aparco, pero no me bajo de inmediato del coche. Me quedo sentado en el interior con la mirada perdida en la nada. No quiero que sea verdad. Cojo aire, me armo de valor y saco la llave del contacto. Ya no hay vuelta atrás.

Mi amiga Irene me espera sentada delante de una taza en la cafetería. Hace tiempo que no nos vemos, pero no me pasa desapercibida la preocupación en su mirada cuando me acerco a besarla. No se anda con rodeos y coloca encima de la mesa una carpeta con el anagrama del hospital Gregorio Marañón. Trabaja allí en la unidad de trasplantes.

—No me parece una buena idea —me advierte antes de retirar la mano de encima para permitirme cogerla—. Si esos datos se mantienen confidenciales es porque existen motivos de peso para ello.

La dejo terminar, pero aun así recojo la carpeta y la abro.

—Está toda la información que he podido conseguir.

Mis ojos se deslizan por el papel saltando de un párrafo a otro.

Donante: «mujer» Nacida el 14 de septiembre de 1986

Receptor: «mujer» Nacida el 10 de agosto de 1988

Fecha de trasplante: 14 de junio de 2015

Cierro los ojos con fuerza. Noto como la bilis me sube por la garganta. Me pongo en pie. No soy capaz de decir nada, de escuchar nada. Empiezo a andar hacia la salida. Me parece ver a Irene ponerse en pie. Acelero el paso hasta casi correr y solo me detengo al llegar al coche. Conduzco sin rumbo no sé durante cuánto tiempo. Me siento a punto de explotar. Cruzo dos carriles a la vez y me detengo en un puesto de SOS en el arcén. Noto que me falta el aire y un zumbido constante me taladra los oídos. Grito, una vez, dos, tres y golpeo el volante con los puños hasta que me derrumbo sobre él.

No quiero dejarla. Sin su luz la oscuridad me devorará sin remisión. Tampoco puedo continuar a su lado y mirarla cada día recordando que un corazón late en su pecho porque perdí a la mujer que más he amado. No sería justo para ninguno de los dos. Tengo que alejarme, aclarar las ideas, y he de hacerlo ahora. Giro la llave en el contacto y pongo el intermitente. Noto un golpe en el pecho y comprendo que ya no me queda corazón.

# Epílogo

## Paula

Me siento y observo a través de los cristales del balcón la lluvia caer. Miro más abajo, hacia la calle, y mi corazón se resiente. Coloco la palma encima para sentir sus latidos, estos que ahora sé que no son solo míos. Recuerdo cuando llego la carta, fue después de dos días llenos de angustia e incomprensión. Después de dos días de haberme levantado en una cama vacía. Solo unas líneas sobre un papel y una copia de una hoja con el membrete del hospital Gregorio Marañón.

*Siento no poder quedarme y siento no haberme despedido. Lo que no lamento es que te hayas cruzado en mi camino ni cada uno de los besos que te he dado, porque eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Te mereces que te quieran mucho y bien y yo no soy lo bastante valiente para correr el riesgo. No puedo hacerlo si aún estando a tu lado no logro dejar de sentirme a un latido de ti.*

*Siempre te recordaré.*

*Aitor*

Esas palabras se llevaron un pedazo de mí. Y a pesar de ellas y de cómo han salido las cosas, no logro enfadarme con él, ¿cómo podría hacerlo sabiendo que su mayor falta ha sido amar demasiado?

Han pasado ya dos meses. La tristeza ha dado paso a una emoción que me cuesta definir y que a veces me hace despertarme con la sensación de haber perdido algo muypreciado. Trato de no pensar en lo que fue o pudo haber sido ni culpar a la vida o al destino. La vida no es justa o injusta, tan solo es vida. Con sus momentos buenos y malos; acontecimientos felices y desgracias; con sorpresas maravillosas que hay que atesorar. A pesar de lo que Aitor pudiera pensar, conocerle fue una de esas sorpresas y hoy por hoy me quedo con eso.

Algunas personas forman parte de tu historia, pero no de tu destino. Prefiero verlo así. Mi vida sigue y yo con ella, más firme en mi propósito de ser feliz que nunca. Poco a poco voy encontrando mi camino y no estoy sola

para recorrerlo. Tengo a mis padres, que aunque no entienden bien mi necesidad de poner límites y todavía continúan asimilando mi ruptura con Víctor, están más a mi lado que nunca; a mi hermano, un puerto seguro al que siempre puedo acudir; y a Alicia, que ha emprendido la aventura de ser madre soltera y necesita de todo mi apoyo. Y sobre todo me tengo a mí, más valiente, más decidida y cómoda en mi propia piel. Dispuesta a descubrir todo lo que la vida me vaya a ofrecer.

# Aitor

Miro como los nubarrones grises que cubren el cielo de Bilbao descargan la lluvia con la que llevan horas amenazando. En las calles se van formando charcos y las personas que transitan por las aceras apresuran el paso. La lluvia trae recuerdos con ojos verdes y sonrisa llena de estrellas. No trato de escapar de ellos, sino que permito que campen a sus anchas por mi mente; me hacen sentir y me recuerdan que sigo estando vivo. No quiero olvidarlo de nuevo.

Han pasado dos meses. Dos meses en los que me he permitido dar rienda suelta al dolor y la culpa. He dejado de aferrarme a la rabia para mantenerme en pie y me he dado cuenta de que mis cicatrices no me hacen menos humano. Nunca dejaré de querer a Teresa, pero no puedo usarla como excusa para no afrontar mis miedos. La persona que fui se quedó junto a ella en aquella carretera y ya nunca volverá. Ahora tengo un nuevo camino que recorrer en el que debo aprender a convivir con el pasado sin perder de vista el presente, porque alguien me mostró que un corazón que cree estar muerto puede anhelar un soplo de vida.



# Agradecimientos

Terminada una historia más llega el momento de agradecer a quienes dan forma a este sueño.

A mi familia y amigos, por hacer más ameno el viaje con su amor y apoyo incondicionales. Sobre todo a mis dos chicos, que siempre están a mi lado.

A Ediciones Kiwi y, en especial, a mi editora, Teresa, por seguir confiando en mí y hacer posible que mis personajes habiten en nuevos hogares. También a Borja, por sus preciosas portadas.

A mis «Chicas Kiwi»: Irene Ferb, Kate Danon y Mabel Díaz. Por acogerme con los brazos abiertos, por su paciencia y sus consejos. Han sido uno de los mejores descubrimientos de este mundo de letras.

A todas las personas que me siguen y apoyan en redes sociales y emplean un poco de su tiempo en ayudar a difundir mi trabajo.

A ti, lector, porque si no existieras mis historias solo serían letras sobre un papel. Gracias, gracias y mil veces gracias.